



FLACSO – ARGENTINA / ÁREA DE EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
FACULTAD DE PSICOLOGÍA



EL CUERPO EN LA COGNICIÓN Y LA COGNICIÓN EN EL CUERPO:

Aproximaciones entre la Psicología Cognitiva y la Antropología a
través de la habilidad de Referencia Social Compartida.

Camilo Ernesto LOZANO-RIVERA

Dirección:

Dr. Carlos REYNOSO
Universidad de Buenos Aires

Tesis presentada para optar al título de *Magíster (Mg.) en Psicología Cognitiva y Aprendizaje*. Calificada como Sobresaliente por los Miembros del Jurado.

Buenos Aires, Argentina
2014

A María, Daniela y Carlos

“Esta pobreza [la de las relaciones entre la sociología y la psicología] se debe ciertamente a las disputas estériles que apuntan a determinar hasta qué punto la acción y el pensamiento de la gente están basados en factores sociales y hasta qué punto son resultado de la iniciativa individual. Ahora bien, ya que toda persona es socializada, aún el más solitario de los investigadores, y ya que toda sociedad está conformada por individuos que tienen sistemas nerviosos que no son producto de la vida social, junto con el continuo funcionamiento que los sistemas nerviosos permiten, debe quedar claro que los problemas reales se encuentran en un plano diferente” (Piaget, 1979: 6)

Tabla de Contenido

RESUMEN 5

INTRODUCCIÓN 6

CAPÍTULO 1: La Psicología Contemporánea 9

 1.1 El procesamiento de la información: consecuencias de una analogía. 11

 1.2 La Psicología Evolucionaria: Fundamentos psicológicos de la cultura..... 25

 1.3. Neurociencia Social Cognitiva 31

CAPÍTULO 2: Hacia una Antropología Naturalista, Minimalista y Cognitiva. 44

 2.1 Hacia una Antropología Naturalista 45

 2.2 Hacia una Antropología Minimalista..... 52

 2.3 Rumbos en Antropología Cognitiva 58

 2.3.1 Estructuralismo Antropológico..... 61

 2.3.2 Nuevos Rumbos 63

CAPÍTULO 3: La Referencia Social Compartida (*Social Referencing*) 73

 3.1 Significado y contexto en la Referencia Social Compartida: Potencial etnográfico. . 86

 3.2 La acción significativa y la intersubjetividad secundaria. 93

CAPÍTULO 4: La habilidad de Referencia Social Compartida (RSC) como Campo Integrador..... 97

 4.1 Elementos e Hipótesis sobre la RSC..... 99

 4.1.1 Búsqueda de Información..... 99

 4.1.2 Imitación..... 101

 4.1.3 Contagio de estados Anímicos 102

 4.1.4 Regulación-Acoplamiento..... 103

 4.2 Hacia una Integración 105

 4.2.1 La RSC como mecanismo. 106

 4.2.2 Acción Conjunta..... 110

5. A MODO DE CONCLUSIÓN 117

INTER-ALIA: Esclarecimiento Metodológico 122

 Población y muestra/unidad de análisis 126

 Técnicas de recolección de datos 126

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 128

7. AGRADECIMIENTOS 140

RESUMEN

Este trabajo de tesis propone una exégesis de la habilidad de *Referencia Social Compartida* (**RSC**) tal y como ha sido caracterizada en la investigación experimental durante las últimas tres décadas. Para ello, recorre descriptivamente programas de investigación en Psicología Cognitiva y Antropología del Conocimiento a través de los cuales es posible sugerir un cruce disciplinar basado en la relevancia que tiene la **RSC** para la comprensión de procesos de socialización temprana y semiosis. Además, aporta argumentos a favor de que las situaciones que son producto de diseños experimentales son también “segmentos de realidad” socio-cultural. Aquellos diseños orientados al estudio de la **RSC** se abordan por medio de la caracterización de un común denominador: la identificación de la *atención conjunta* como mecanismo clave. Por último, el análisis postula la dimensión de la *acción conjunta* entre los mecanismos que hacen posible la emergencia de la **RSC** en la ontogénesis, con miras a proponerla como variable a considerar en indagaciones futuras sobre esta temática.

INTRODUCCIÓN

En la edición del 9 de Octubre de 2013 del diario *The New York Times*, fue publicada una entrada de blog¹ a propósito de la influencia que tiene la lectura de obras literarias de ficción, para mejorar nuestro rendimiento en las habilidades vinculadas con la empatía, la percepción social y la inteligencia emocional. Psicólogos del New School for Social Research en la ciudad de Nueva York, hallaron que el rendimiento con respecto a la medición de habilidades sociales y emocionales por medio de *tests*, aumentaba en función de lecturas hechas previamente. Es decir, que lo que se lee tiene una influencia en el desempeño de nuestras capacidades sociales y emocionales. Es bien sabido en la actualidad que estas capacidades tienen un papel central en la interacción social y la intersubjetividad. Las obras literarias parecen estimular nuestro potencial para realizar atribuciones sobre los estados emocionales subyacentes a la acción, incluso sobre personajes someramente descritos o caracterizados como es el caso de los personajes de ficción. Pero, ¿cómo exactamente se puede objetivar esta centralidad? ¿Hasta qué punto nuestras interacciones están determinadas por las capacidades sociales y emocionales? ¿Cuál es la particularidad de este tipo de habilidades en los humanos en comparación con otras especies sociales? ¿Nuestros entornos estimulares cotidianos resultan igualmente sugestivos como los personajes e historias de Chejov, Munro, Dostoievski, Borges o Kostolányi?

Aunque las respuestas a estos cuestionamientos son múltiples y se encuentran dispersas en un gran número de investigaciones que continúa aumentando a la fecha, el lector de este trabajo recorrerá una forma de abordar la relación existente entre estímulos de origen social

¹ <http://nyti.ms/1as98nk>

vinculados a la expresión corporal de las emociones y las respuestas conductuales sincronizadas y consecuentes con el contenido de los mensajes emotivos, en situaciones sociales.

La primera parte de este trabajo revisa con cierto detalle las perspectivas teóricas del paradigma computacional-representacional de la Psicología Cognitiva, la propuesta de la Psicología Evolucionaria y resultados recientes de investigación relacionada con la cognición social en la Neurociencia Social Cognitiva.

El segundo apartado, discurre por una elaboración sobre las características de una Antropología Naturalista, Minimalista y Cognitiva, con respecto a la cual es posible aproximar conceptualizaciones sobre la cognición social, emanadas del lado de la Psicología Cognitiva, específicamente en lo que tiene que ver con las indagaciones sobre la habilidad de Referencia Social Compartida.

La tercera parte consiste en una descripción de los diseños experimentales a través de los cuales se ha estudiado la habilidad de Referencia Social Compartida en las últimas tres décadas, así como una descripción de los hallazgos y las interpretaciones que han tenido lugar. Por último, en el cuarto apartado, se propone una convergencia mostrando el potencial de aproximación conceptual entre la Psicología Cognitiva y la Antropología que emerge de un examen colaborativo sobre la habilidad de Referencia Social Compartida, utilizando para ello herramientas conceptuales provenientes de los dos ámbitos disciplinares.

Se trata, pues, de una búsqueda de puntos de contacto sobre los que tenemos la expectativa de que contribuyan tanto a poner en cuestión modos de indagación ya legitimados, como a incentivar el surgimiento de nuevos problemas de investigación que demanden otros modos de construcción teórica del objeto de conocimiento transversal tanto para la Psicología como para la Antropología mismas: la socialidad humana.

CAPÍTULO 1: La Psicología Contemporánea

La apertura de este trabajo tratará de precisar lo que otros han denominado la “naturalización de la psicología” (Baumard, 2002; Sperber, 2012), por medio de la inserción de la analogía de la mente como ordenador en el debate disciplinar a partir de la década de 1980 (Rivière, 1991a). El término “naturalización” ha sido acuñado para dar cuenta del cambio, procesual y significativo, que se ha gestado en el seno de la ciencia psicológica en los últimos tramos de su desarrollo. Este tiene que ver con la aceptación de la biología: un giro en el marco interpretativo de los fenómenos internos, desde la lectura realizada por el psicoanálisis hasta las tendencias más recientes de la psicología cognitiva y evolucionaria.

Dicho giro gravita principalmente en una crítica doble dirigida al marco interpretativo del psicoanálisis, disidente natural de la naturalización. Esta disidencia se expresa, en primer lugar, en el concepto de inconsciente como “caldo de cultivo para las explicaciones ad hoc” (Baumard, 2002: 17), es decir, como constructo teórico no falseable (desde la perspectiva Popperiana²). Y, en segundo lugar, como corpus de conocimiento no acumulativo, en el

² Es preciso señalar que según Popper, la importancia de la refutación o falsación consiste en que posee un interés teórico, en la medida en que “descubrir que un enunciado es falso equivale a descubrir que su negación es verdadera” (Popper, 2007: 30), lo cual conduce a la aparición de nuevos problemas. Sin embargo, aunque la simetría de este argumento es sugestiva, no exhibe mucha precisión, si se tiene en cuenta que, por ejemplo, la negación de la lluvia puede ser al mismo tiempo una suspensión de la ley de gravedad que permita un direccionamiento distinto de las partículas de agua, un día soleado o simplemente uno seco. No existe algo como el contrario simétrico de un elefante (un no-elefante es una criatura inexistente). En consecuencia, en este trabajo no necesariamente asumimos como verdadero el resultado de falsear un enunciado cualquiera, aunque sí altamente útil el ejercicio mismo de la falsación.

sentido del hermetismo y la rivalidad inherente entre las sub-escuelas post-freudianas (Baumard, 2002).

El valor que reivindica la naturalización de la psicología estriba –para una propuesta como la que pretende desarrollar esta tesis- en la demostración de que la frontera entre las ciencias naturales y las ciencias humanas puede superarse, sin necesidad de recaer en el reduccionismo de los fenómenos sociales y culturales a los estados biológicos. En lugar de eso, promueve la participación entre ambos dominios del conocimiento “del mismo vocabulario, los mismos objetos y, por tanto, la misma ontología materialista” (Baumard, 2002: 18). Además, una salida de la confusión que ha llevado a postular como diferencias ontológicas, diferencias en el plano metodológico y procedimental de las distintas áreas de la investigación científica.

La ambición de la psicología cognitiva de elaborar un nivel de discurso propio sobre la cognición (Rivière, 1987; Gardner, 1987), que no esté circunscrito por ni limitado a los planos neurofisiológico y/o fenomenológico, puede comprenderse, en relación con lo dicho hasta aquí, como un propósito de síntesis entre ambos planos, históricamente considerados antagónicos. Aunque no hay en esta tesis ninguna intención de discurrir sobre las bondades o los defectos del razonamiento dialéctico, y aunque en su origen la propuesta esbozada por los autores hasta aquí citados tampoco haya contemplado nada similar, resulta esclarecedor precisar que la elaboración de un nivel de discurso propio no implica la eliminación de los ámbitos discursivos de los que pretende distanciarse sino, por qué no, su conjugación.

El estudio científico de los fenómenos internos en contraposición con la concepción de éstos como una caja negra, -como el abismo vacío descrito por Fernando Pessoa³, el cual funciona como disociador implacable entre la inmaterialidad inasible e ideal y la pesada existencia orgánica (mecánica)- constituye la premisa más amplia, vigorosa e inspiradora que modula el trabajo que aquí comienza. La sonda de la ciencia nos permitirá indagar ese abismo y comprobar (o no) si el vacío *es* efectivamente aquello que lo constituye.

1.1 El procesamiento de la información: consecuencias de una analogía.

La idea del sistema cognitivo humano como un procesador de información tiene un linaje intelectual bien definido en una gran cantidad de trabajos (De Vega, 1984; Rivièrè, 1987; Gardner, 1987; Reynoso, 1993; Mithen, 1996; Pinker, 1997; Best, 1999; Carretero, 2000; García-Albea, 2003).

El modelo que surge de la elaboración sistemática de esta idea, consiste en pensar la relación entre la mente humana y un ordenador taxativamente, resaltando en este último como función principal el procesamiento persistente y organizado de información susceptible de ser expresada en códigos simbólicos (usualmente binarios), más allá de sus propiedades materiales. Las propiedades materiales, no obstante, operan también como un factor relevante dentro del modelo.

³ De igual modo que una (...) máquina/Que, abandonada, en vano aún trabaja, /Sin nexo, sin propósito, yo muelo/Y muelo la ilusión del pensamiento.../Y, hora tras hora, se abre en mi alma estéril/Más profundo el abismo entre mí y mi alma, /Y en ese (...) abismo nada hay... (Pessoa, 1989: 53).

De allí que pueda indicarse que ésta perspectiva está compuesta por dos aspectos concretos.

1) Constituir un modelo heurístico e imaginativo; y 2) pensarse aplicable a fines prácticos, es decir, que la plausibilidad de ser llevado a cabo factiblemente en la realidad (método de simulación), sea manifiesta.

Un tercer elemento que resulta de los dos anteriores, es que este modelo representa para la psicología una posibilidad concreta de referirse a la mente, no ya en los términos acostumbrados de entidad difusa, abstracta e inaprehensible, sino en términos científicos – o, en todo caso, efectivos en el contexto de significación delimitado por la progresión o la regresión de los problemas sobre los que la ciencia está situada- (Lakatos, 1983), justificados con base en el proceder rigurosamente adherido a sus reglas.

Dicho de otro modo, una alternativa para objetivar el objeto de investigación, para hacer aprehensible lo que hasta entonces no lo era. En palabras del antropólogo Carlos Reynoso:

“La computadora es un recurso heurístico, ni mejor ni peor que otros, del que importa más su dinámica que su materialidad, su software que su hardware, y que tiene la ventaja, invaluable para un teórico, de no confundirse jamás con el objeto que refleja, de revelarse constantemente como el modelo que es” (Reynoso, 1993: 34).

Respecto de la metáfora computacional emergieron dos formas de uso. El paradigma computacional-representacional es el resultado de la aplicación literal de la metáfora de la

mente como ordenador. Un argumento ilustrativo sobre ello es lo que Adrover & Duarte han denominado el *desiderátum explicativo* de tal paradigma. Este consiste en

“[...] definir las representaciones simbólicas intencionales y discretas que, computadas (i.e., transformadas o manipuladas) de acuerdo a un conjunto de reglas, especifiquen de un modo secuencial y determinista qué operaciones realiza el sistema cuando lleva a cabo determinadas actividades” (Adrover y Duarte, 2000, p. 8).

Esta línea de análisis conduce hacia la versión estricta de la metáfora computacional, según la cual los presupuestos y criterios de investigación están determinados cabalmente por “pensar la mente como algo que incorpora datos, los procesa, soluciona el problema y hace que nuestros cuerpos ejecuten el producto resultante” (Mithen, 1998, p. 41), y, por ende, también por la posibilidad técnica de simulación de este procedimiento.

Caracteres dualistas parecen emerger de esta manera de ver las cosas. La idea de simulación de la mente conlleva la pregunta por el tipo de relación que tiene la mente con el cerebro: ¿está la mente en el cuerpo? Para Ray Jackendoff (1998) revisar este tema implica tener en cuenta varias perspectivas alternativas, las cuales se abordan en términos causales de relación entre la mente y el cerebro.

En primer lugar, el sujeto cartesiano y la teoría de la interacción cuerpo-mente, en donde la mente parece, en principio, no estar ligada al cuerpo, lo que constituye la versión moderna: la diferenciación entre cuerpo-mente como dos entidades escindidas. En segundo lugar, el

epifenomenalismo, según el cual el cerebro maniobra sobre el mundo mental y la conciencia se constituye en un reflejo de la actividad material del cerebro. Tercero, el paralelismo de los dos planos, el mental y el físico, estableciendo entre ambos una relación de correspondencia. Y cuarto, la teoría de la identidad, que se traslada de la causalidad a la representación, cuando observa que los acontecimientos físicos del cerebro y lo correspondiente a lo mental, son dos maneras de referir sobre el mismo tema (Jackendoff, 1998).

El pensamiento cartesiano, con su diferenciación entre la *res cogitans* y la *res extensa* establece un argumento connivente no sólo con la tradición religiosa cuando la mente puede trascender el cuerpo después de la muerte, como expresa Jackendoff (1998: 24), sino también con lo que otros autores abordan en clave política, vinculándolo con aspectos centrados en la contemporaneidad, a través de la noción de *tecnocracia* (Mejía Rivera, 2000). Como otras formas de poder, la tecnocracia influye en los sujetos de manera más bien “capilar” en un modelo distinto al del poder como una fuerza que recae unidireccionalmente sobre la sociedad y el individuo (Foucault, 1976).

No obstante, lo que nos interesa para lo que intentamos desarrollar aquí, es que uno de los lugares en los que se representa la dinámica tecnocrática es en las ideas cartesianas sobre la relación entre el cuerpo y la mente (Mejía Rivera, 2000). Dado que la *res cogitans* del sujeto cartesiano se destaca por sobre la *res extensa* en tanto la trasciende, la modificación tecnológica de los cuerpos está sustentada en la medida en que lo esencialmente humano radica en la mente y no en el cuerpo.

En este sentido, la relación de la mente -así como de la evolución natural-, con el cuerpo, es sólo funcional. Los *cyborgs* funcionan como ejemplo para ilustrar este argumento. Sin embargo, también se aduce al cambio en las relaciones sociales que viene de la mano con el surgimiento de la informática como vía de comunicación y conocimiento, cuya influencia sobre los cuerpos y las mentes, remite a pensar acerca del control:

“(...) el lenguaje de los cuerpos manipulados por la informática manifiesta el triunfo de la idea de *res cogitans* de Descartes. Los cuerpos del ciberespacio son cuerpos virtuales, que ya no necesitan de la carne. Mente pura navegando por las autopistas de silicio de la red informática, liberada del espacio geográfico y del cuerpo. En el fondo el hombre virtual del ciberespacio es el mismo sujeto de Descartes que siempre se sintió incómodo en el cuerpo. Ahora, la tecnología le permitirá despegarse de su vieja carne y vivir en una hiperrealidad que ya nada tendrá que ver con el mundo de la Tierra y con eso que llamábamos ser humano.” (Mejía Rivera, 2000, p: 54).

Lo anterior nos ayuda a enlazar con otro punto. El surgimiento de la metáfora computacional como modelo explicativo de la mente y sus funciones, a través del lenguaje renovado sobre el que advirtiera Ángel Rivière (1991), se puede leer como una estrategia de posicionamiento en torno de un debate al interior de la ciencia respecto de la mente como concepto. Pero la instancia detrás de esta lectura, remite a la pertinencia histórica de las ideas, en tanto los desarrollos tecnológicos del lado de otras disciplinas distintas a la psicología, como la informática, la cibernética y la teoría de la comunicación, son lo que hace posible el planteamiento de la metáfora como heurística para la psicología misma.

Esto significa que, de no ser por la plausibilidad histórica de los desarrollos tecnológicos que la auscultan, la comparación de la mente con una computadora no hubiese gozado de la pertinencia necesaria para estabilizarse como problema científico genuino en el debate disciplinar.

Por otro lado, existe lo que algunos han denominado la versión débil de la metáfora computacional (Rivière, 1991). Esta continúa su uso como modelo heurístico pero no literal, formal pero no representacional, funcional pero no sustancial. No hace énfasis en la materialidad que define la simulación mecánica (máquina) de la mente, sino en la formalidad de ésta. En otras palabras, si bien ésta versión continúa sujeta a la metáfora computacional, lo hace para destacar la formalidad de los procedimientos que la máquina, una vez elaborada, puede *recrear* más no representar.

Ahora bien, ¿cómo ésta versión se *sujeta* a la metáfora (como heurística)⁴? En mayor medida, por el uso de una terminología computacional; es decir, un *vocabulario teórico* (Rivière, 1991: 94) para referirse descriptivamente a operaciones y procesos mentales observables empíricamente, por parte de los psicólogos que se orientan hacia el estudio de la mente desde la perspectiva teórica del procesamiento de la información.

Algunas distinciones emergen de tal orientación. Estas pueden sintetizarse como propongo a continuación: el procedimiento predominantemente inductivo de los razonamientos por sobre los deductivos; la correspondencia entre predicciones derivadas de la teoría en

⁴ Para una discusión sobre la relación entre metáforas y modelos, ver Reynoso, 1995; 2009.

relación con los hechos observables por el investigador, más que en la coherencia interna de los postulados; dado lo anterior, el contenido semántico de los símbolos computados por la mente, sobre la sintaxis en la que se concentra el paradigma computacional-representacional; una correspondencia entre componentes del ordenador y la mente, un sistema central y una serie de *inputs* y *outputs*; ausencia de modelos algorítmicos completos para dar cuenta, paso a paso, de los procesos llevados a cabo en relación con el procesamiento de información (Rivière, 1991).

Estas distinciones generan un resultado doble. Por un lado, se encuentra la utilización del peso científico que detenta la terminología empleada en el *vocabulario teórico*, como instrumento para ocultar la carencia de modelos algorítmicos rigurosos y completos que puedan referir un modelo computacional en sentido estricto (un modelo general de la mente). Y por otro lado, la construcción de lo que Rivière llama una *teoría mosaica*, es decir, una teoría compuesta por fragmentos de modelos producto del estilo inductivo de razonamiento, que exige a los datos un rigor “minimista”, cuya capacidad explicativa se agota en objetos y contextos muy estrechamente limitados (Rivière, 1991b).

Un ejemplo teórico claro, -del cual haremos un uso deliberado en cuanto a su aspecto formal más allá de la inobjetable relevancia teórica que pueda poseer, y a riesgo de las implicancias que esto pueda traernos-, que aborda la mente desde el punto de vista del procesamiento de la información antes descrito, es el de la *epidemiología de las representaciones* (Sperber, 1985). Muy sucintamente, este trabajo define y delimita las representaciones en relación con tres aspectos: 1) los procesos intra-subjetivos del pensamiento y la memoria; 2) los procesos inter-subjetivos, donde las representaciones de

un sujeto afectan las representaciones de otros sujetos a través de la introducción de alteraciones en el contexto ecológico que comparten; y 3) como objetos abstractos considerados en sí mismos (Sperber, 1985: 78).

En primer lugar, los procesos intra-subjetivos tienen un carácter puramente psicológico. En segundo lugar, los procesos inter-subjetivos tienen que ver con las funciones *input/output* del cerebro, i.e. con la interface entre el cerebro y su medio ambiente: son en parte psicológicos y en parte ecológicos. Y en tercer lugar, toda vez que se trata de objetos pertenecientes a un nivel puramente abstracto, es posible atribuir propiedades formales a las representaciones y situarlas dentro de entramados de relaciones sociales.

En este orden de ideas, la recuperación o la construcción de representaciones mentales a través de los procesos intra e inter subjetivos, pueden generar modificaciones en el entorno físico de los individuos y, en esta medida, generar también agregados de representaciones compartidas y públicas (Sperber, 1985). En una palabra: Cultura.

Se vinculan de este modo los procesos intra-subjetivos y los procesos inter-subjetivos con las representaciones mentales y con las representaciones públicas, no respectiva ni unidireccionalmente sino como aspectos de un proceso general. Una *epidemiología de las representaciones* –con todos los límites que Sperber explicita y de los cuales se hace cargo a través de todo el texto que aquí se referencia- “es el estudio de las cadenas causales en las cuales las representaciones mentales y públicas están implicadas” (Sperber, 1985: 78. La traducción es nuestra).

Sperber aclara que los objetos abstractos no *entran* directamente en procesos o relaciones causales, sino que esto es el producto de múltiples enlaces posibles entre representaciones mentales y representaciones públicas, lo cual da cuenta de un proceso constructivo y constitutivo abarcador, cuyas características de procesamiento concretas en relación con las propiedades formales de las representaciones procesadas, conforman el objeto de la epidemiología [de las representaciones].

Sin duda el rigor de la exposición de Sperber no queda reflejado en esta apretada paráfrasis. El valor que le conferimos, no obstante, recae en la posibilidad que nos abre para ejemplificar la interacción entre el *vocabulario teórico* y la *teoría mosaica* sobre la que Rivière advirtiera, identificados aquí en las referencias hechas hacia las funciones input/output del cerebro, la psicología y la ecología, además del préstamo nominal-analógico de una disciplina (la epidemiología) concreta para dar cuenta de fenómenos de otra naturaleza, lo que indudablemente otorga peso argumentativo. En apartados posteriores, nos referiremos más ampliamente a la perspectiva teórica desarrollada por Sperber. Puede agregarse, en todo caso que, en este contexto, adquieren un vigor renovado las palabras de Drowe Draisma, cuando postula que, en la historia de la Psicología

(...) “las relaciones en un campo semántico que son accesibles a la imaginación, se utilizan para descubrir o hacer más precisas las relaciones en el campo de la investigación”. (Draisma, 2000: 18)

La reconstrucción anterior no aguarda pretensiones de exhaustividad a propósito de las amplias disquisiciones que en torno a la metáfora computacional se han desarrollado. A

continuación, intentaremos precisar aún más el contenido de la analogía de *la mente como ordenador*, -pieza clave de la metáfora de la mente computacional- argumentando que el estatus de presupuesto para la investigación que esta analogía ha adquirido para la psicología cognitiva, es en sí mismo un producto del razonamiento analógico.

Por esta razón, afirmamos que una caracterización detallada de aquello que se denomina *analogía* en sentido amplio por la psicología cognitiva, -ejemplificada a través de la Teoría de la Proyección de la Estructura (Gentner, 1983)- nos permitirá aproximar al lector a la perspectiva resultante de la aceptación disciplinar del procesamiento de la información como un análogo del funcionamiento de la mente humana y la ulterior naturalización de la psicología.

En otras palabras, que abordar dicho análogo (que la mente funciona *como* un procesador de información) basados en las herramientas teóricas que son producto de su presuposición, sirve a su vez para elaborar un boceto más completo de la analogía misma y sus aplicaciones desde la perspectiva de la Psicología Cognitiva.

Comenzaré por la definición de una analogía⁵ como “un dispositivo que sirve para expresar que dos situaciones o dominios comparten una estructura relacional a pesar de los grados arbitrarios de diferencia entre los objetos que componen los dominios” (Gentner, 1983. Citado en Gentner & Markman, 1997:46). El establecimiento de analogías, también llamado pensamiento analógico, constituye desde este punto de vista, uno de los aspectos

⁵ Según Nelson Goodman, “nada es parecido o diferente en absoluto, sino con referencia a una escala y a criterios escogidos por quien define los observables” (Goodman, 1972. Citado en: Reynoso, 2011: 29).

característicos del pensamiento y la mente humana, vinculado a otros procesos cognitivos compuestos, como el lenguaje o la memoria.

La transferencia de conocimientos constituye un campo importante de demostración del pensamiento analógico. Desde un punto de vista evolutivo, la transferencia puede confrontarse con la noción de *fluidez cognitiva* planteada por Steven Mithen, con la que este autor aclara la aguda distinción entre la mente del hombre moderno y las mentes de sus antecesores, como el resultado evolutivo de que

“(…) los seres humanos modernos están capacitados para integrar cuerpos de conocimiento y formas de pensamiento que se han desarrollado en, y previamente han estado restringidas a, dominios cognitivos muy distintos entre sí.” (Mithen, 2001:48).

El sentido de una analogía es que las correspondencias *trazadas* (más no inherentes a las entidades que se comparan) sean claras, material o funcionalmente, tanto para quien quiere explicar la situación como para quien decide comprenderla. Es decir, está determinada por una comprensión de un sistema de relaciones y roles, similares e inmediatos *en* otro dominio o situación diferente. En otras palabras, transferir desde un *análogo base* (AB) información hacia un *análogo meta* (AM).

La *Teoría de proyección de la estructura* (TPE) (Gentner, 1983, 1989; Gentner & Markman, 1997, citado en: Minervino *et. Al*, 2006) “postula que el conocimiento humano se halla representado en forma de proposiciones” (Minervino *et. Al*, 2006:121). Una

proposición es, para las ciencias cognitivas en general, un enunciado completo, una unidad de enunciación que describe el contenido de un medio representacional específico. Es decir, que una vez se considera que existen diversos medios disponibles para expresar un contenido abstracto, lo que es proposicional es ese contenido y así es como está diferenciado, por ejemplo, de las representaciones lingüísticas y las imágenes (representaciones viso-espaciales).

Se piensa –y esto es útil para ilustrar el punto al que nos referimos- que en la memoria de largo plazo (MLP) existe una gran cantidad de información en contenido abstracto que no ha sido traducido a ningún medio representacional. Para la teoría de las claves de recuperación (Tulving y Psotka, 1971), por ejemplo, la información queda anclada permanentemente en la MLP y lo que no se posee son las claves adecuadas de acceso a la información, aquellas con las cuales ésta fue codificada. En este sentido se sostiene que el pensamiento opera con un tipo de lenguaje no natural, lo cual se sugiere como prueba de que la inteligencia antecede la adquisición del lenguaje⁶. A su vez, no todo el contenido del pensamiento se traduce a palabras o le son asignados códigos lingüísticos. Hasta aquí, podríamos afirmar entonces que cuando hacemos analogías operamos sobre un formato representacional de proposiciones que constituye los (AB) y (AM).

Sin embargo, cabe aclarar que las proposiciones son una elaboración de los científicos para representar los contenidos abstractos con los que, creen, opera el pensamiento. La

⁶ Esto sin embargo no equivale a afirmar que una vez adquirido el lenguaje este no funcione como formato estructurante del pensamiento (Benveniste, 2004), lo cual es reflejado en el carácter no reversible de varios de sus procesos cognitivos asociados.

maquinaria inferencial del sistema cognitivo se maneja con esos contenidos más allá, como hemos dicho, del lenguaje o las imágenes: en sí misma la imagen no dice nada, un sujeto predica sobre la imagen, le adjudica un predicado (o una serie de ellos). Es así como la imagen funciona como un medio de representación, más no necesariamente como el formato en que se codifica la información procesada por la mente.

En síntesis, una analogía está compuesta por dos fracciones interconectadas (AB) (AM) a través de un sistema abstracto de relaciones y lo que busca es, desde un (AB) abstraer un sistema de relaciones y roles y proyectarlos sobre el (AM). Pero la proyección no siempre es exitosa y tiene limitaciones. Una primera aproximación a propósito de la conexión entre los análogos base y meta, postula que el (AM) se encuentra en la memoria de trabajo (*Working Memory*) activo en un momento determinado, en lo que los estudios sobre memoria denominan “fase de codificación” y el (AB), que equivale a la “fase de recuperación”, se encuentra en la memoria de largo plazo (Minervino & Trench, 2009).

Por ende, el establecimiento de correspondencias entre ambos segmentos, se define por el sub-proceso de recuperación de un (AB) y es considerado “crucial para que tenga lugar—por ejemplo, en el ámbito del aprendizaje escolar—la transferencia de conocimiento” (Robertson, 2000. Citado en Minervino et. Al, 2009: 6). Así, según la (TPE), cuando entendemos una analogía, el sistema cognitivo se guía por la generalidad de la estructura y no por los contenidos particulares o por el parecido intrínseco de los elementos. Es el contenido abstracto lo que se equipara o se establece hipotéticamente como correspondiente.

La plausibilidad psicológica de esta teoría se pone a prueba cuando se intentan construir modelos de simulación (*software*) del pensamiento analógico (cfr. Minervino *et, al.* 2006), en términos de las dudas sobre cómo se configuró todo este sistema de razonamiento que posibilita, en cuanto al procesamiento de la información, tal modalidad de pensamiento. Esta situación remite a contrastar los postulados críticamente con los de las teorías del desarrollo cognitivo (Gómez, 2007; Rochat, 2004).

Por otro lado, la consideración de que la figura de procesador análoga en su funcionamiento a la mente humana es de índole general, conlleva una suerte de negligencia teórica, que consiste en soslayar que la información que procesa la mente no está libre de contenido. Es decir, que el pensamiento no solamente consiste en un modelo de procesamiento lógico susceptible de ejercer sus funciones sobre cualquier contenido, sino que los procesos psicológicos se desarrollan enmarcados en el entorno ecológico de los organismos. En consecuencia, como una parte de un proceso ecológico más amplio (Bloch, 2005), y como resultado de la especialización o especificidad de dominio (Hirschfeld & Gelman, 2002).

Conviene precisar que esta ampliación de los procesos psicológicos por fuera de los límites de los cráneos particulares no es un razonamiento del todo reciente. Desde la segunda mitad del siglo XX, la antropología británica venía postulando la fertilidad analítica de pensar en la existencia de estructuras en forma de red para comprender la interacción social, enfatizando la importancia de los procesos exosomáticos en los procesos sociales. El sociólogo alemán Georg Simmel, a su vez, ya se había referido más temprano aún en términos muy similares a los fenómenos espacio-temporales de la asociación y la interacción en entornos urbanos (véase: Reynoso, 2011: 141 y sigs.)

El surgimiento de los modelos interaccionistas para la comprensión de la relación cerebro-cuerpo-mundo (Hutchins, 2008; 2010a; 2010b) se da a partir de la argumentación de que el sujeto, aunque concebido como una entidad independiente, se encuentra vinculado al entorno ambiental y a los demás objetos físicos que lo componen en una relación de mutua influencia, susceptible de ser rastreada causalmente y al margen de la cual el análisis sobre el conjunto cerebro-cuerpo-mundo resultaría incompleto⁷ (Heft, 2013).

1.2 La Psicología Evolucionaria: Fundamentos psicológicos de la cultura.

La Psicología Evolucionaria es tal vez la expresión paroxística de la alusión que hicimos, en el apartado anterior, a la naturalización de la psicología. Dicha vertiente disciplinar se encarga de argumentar que la mente, en su compleja organización, es un producto de las mismas causas naturales a las que están sujetos todos los órganos: la ley de selección natural enunciada por Charles Darwin, operando a través del proceso de Descendencia con Modificación (DCM) (1859/2003).

Llevando esta argumentación hasta sus límites, la psicóloga Leda Cosmides y el antropólogo John Tooby, autores que encabezan la corriente evolucionaria, sostienen que la psicología es

⁷ Aunque razonamientos de este tipo representan la pertinencia del Análisis de Redes Sociales para la comprensión a propósito de la complejidad de los vínculos humanos, respecto de la direccionalidad de estos vínculos en el marco del sistema cerebro-mente-cuerpo, por ejemplo, sólo hallazgos y modelos muy recientes como los formulados por László Barábasi, sostienen una teorización centrada en la libertad de escala de ciertos tipos de redes y la no uniformidad en el escalamiento de los problemas, como lo demuestra el *número de Ramsey* (Véase: Reynoso, 2010).

“aquella rama de la biología que estudia (1) los cerebros, (2) cómo los cerebros procesan información, y (3) cómo los programas cerebrales de procesamiento de información generan comportamiento” (Cosmides & Tooby, 1992: 5).

Del establecimiento de este paralelismo epistemológico entre la biología y la psicología, los autores derivan la posibilidad de aplicar los ensambles conceptuales desarrollados en biología evolutiva para la comprensión de la psicología humana. Este planteamiento conlleva un efecto que no es menor para las Ciencias Sociales en general, puesto que se opone a la afirmación, históricamente recurrente en el seno de algunas de éstas –tales como la Antropología y la Sociología-, de que los fenómenos que son de interés para estos campos del conocimiento, están ontológicamente desvinculados de cualquier fundamento biológico (léase *evolutivo*).

La pugna por adquirir autonomía epistemológica, v.gr., por parte de la antropología, guarda en su seno la aserción de que los fenómenos sociales y culturales son explicables, exclusivamente, en sus propios términos. En otras palabras, que los hallazgos, los argumentos y las conclusiones llevadas a cabo en el marco de otras disciplinas adyacentes, no pueden ajustarse a los requerimientos de los problemas socio-culturales para ser explicados, pues todo intento de ello no es otra cosa que un reduccionismo ordinario o un error craso.

La simple enunciación de un presunto maridaje entre las ideas de la biología y las ideas de la psicología (más aún del modo tan escueto como lo hacen Tooby y Cosmides) resulta

problemática si no se le concede el espacio necesario para matizarla, pues causa resquemor -cuando no náuseas- en la mayoría de los científicos sociales, aprendices o experimentados.

Y es que esta mixtura epistemológica estuvo sujeta a fuertes críticas por parte de uno de los íconos autoriales más representativos de las ideas particularistas en antropología. Me refiero a Franz Boas. Siguiendo la trayectoria intelectual de este autor, encontramos que en el ámbito público de mediados del siglo XX predominaba el interés por la herencia, entendida como un modo de transmisión general que, aunado al razonamiento biologicista de la determinación genética de las formas corporales y al principio psicológico fisiologicista del origen cerebral de las funciones mentales, fortalecen “la opinión de que las funciones mentales y culturales de los individuos están determinadas por la herencia (...)” (Boas, 1964: 45).

A manera de reacción, Boas emprende una amplia disertación en defensa del carácter aprendido de la cultura, en oposición a la convicción equivocada o *reducida* de su heredabilidad. Esta continúa siendo una máxima que se enseña, seguramente, en todos los programas de estudios dedicados a la formación de antropólogos y que, curiosamente, no se interesa por precisar *cuáles son los mecanismos*⁸ a través de los cuales ese aprendizaje cultural, infalible y evidente, se realiza.

Por otra parte, en los trabajos de Èmile Durkheim (1895) también se aprecia cómo se delinea teóricamente la independencia (cuando no aislamiento) de los fenómenos sociales,

⁸ En el capítulo 4 del presente trabajo se ofrecen unos criterios de definición sobre lo que es un mecanismo y para qué sirve, así como su función heurística.

argumentando que estos “forman un sistema autónomo y puede ser explicado sólo a través de otros fenómenos sociales” (Citado en Tooby & Cosmides, 1992: 22). También curiosamente, en su declaración de que los denominados “Hechos Sociales” deben ser tratados como *cosas*, Durkheim no se pregunta sobre la adecuación o in-adecuación de, por ejemplo, la ley de la inercia para explicar la transmisión, estabilidad y permanencia de los hechos-sociales-cosas.

Como éstos, hay otros muchos ejemplos de la distancia voluntaria que las ciencias sociales han tomado de las demás corrientes explicativas sobre lo humano apelando al reduccionismo que esto acarrea, y de cómo la ambición de autonomía epistemológica ni se ha consolidado hasta nuestros días, ni ha traído resultados convergentes con el espíritu independentista y holístico que la animó en sus inicios (para una revisión completa, véase Reynoso, 1998).

De allí el punto que nos interesa enfatizar: cómo la Psicología Evolucionaria re-elabora el vínculo entre las ideas provenientes de la biología y la psicología de cara a las ciencias sociales, tomando en cuenta que tal alcance puede tomarse seriamente en consideración, no obstante la prevención de sus impulsores, quienes descartan explícitamente que el conjunto de sus ideas constituyan una nueva teoría de la cultura o algo similar, acotando el alcance de sus afirmaciones al ámbito disciplinar de la psicología.

Aun así, lo que puede extraerse a grandes rasgos de los juicios sobre el aislamiento epistemológico de las ciencias sociales fundamentado en el presunto error reduccionista, es que el programa de investigación que la Psicología Evolucionaria propone, está orientado a

alcanzar *consistencia* entre las ideas provenientes de disciplinas hegemónicamente consideradas antagónicas, tales como la biología, la psicología y la antropología, mas no a la reducción de unas a otras (Tooby & Cosmides, 1992). Esta consistencia se alcanza enfocando de manera naturalista las ciencias sociales (cf. Baumard, 2008; Bloch, 2005; Sperber, 1985).

Tal enfoque se sostiene sobre la base de una psicología que reivindica el carácter específico de los contenidos de las funciones mentales y de la existencia de contenidos que no son generados en/por el mundo social, sino que corresponden con el diseño evolutivo de la especie humana, compartido por todos los individuos (en condiciones normales y no patológicas de desarrollo) que la componen. Este diseño, cuyo análogo más auspicioso continúa siendo la computadora, tiene como función principal el procesamiento de la información. Pero el tipo de procesamiento al que se refiere la Psicología Evolucionaria se enlaza con el entorno específico.

De este modo, se postula que

“Todos los humanos comparten una arquitectura universal, altamente organizada y copiosamente dotada con mecanismos llenos de contenido, y estos mecanismos están diseñados para responder a miles de inputs provenientes de situaciones locales” (Tooby & Cosmides, 1992: 116).

El “contenido” al que los autores se refieren, no es otra cosa que aquel conjunto de disposiciones que se encuentran en cada individuo cuando aún ignora las particularidades

del entorno social y cultural en el que llegó al mundo. En otras palabras, el argumento se puede resumir en la asunción de que los bebés humanos poseen un repertorio conductual amplio, que funciona como mediador entre los estímulos de índole multimodal y caótica que reciben en situaciones naturales y su potencial cognitivo de organización (Español, 2010a). En este sentido, se postulan *preferencias estimulares* cuya existencia contradice la formulación de la mente como tabula rasa y refiere al conjunto de hipótesis privilegiadas que los bebés humanos tienden a elaborar sobre el mundo (Pinker, 1992).

En síntesis, la Psicología Evolucionaria constituye un pasaje para aproximarse al diseño de la mente humana desde una perspectiva cognitiva y evolutiva, con el objetivo de comprender la evolución de la cultura *junto* a la evolución biológica de la especie y no paralelamente a ella, como si jamás se cruzaran entre sí. Lo anterior se refiere a la idea de co-evolución de la mente y la cultura.

De este modo, si hemos de asumir que, como argumenta Dan Sperber, “Un entendimiento apropiado de los fenómenos culturales y su propagación requiere una comprensión profunda de los mecanismos psicológicos implicados” (Sperber, en prensa: 2), La naturalización de la psicología define el carácter de una aproximación naturalista de las ciencias sociales, según la cual para la comprensión de la cultura deviene fundamental la comprensión de la estructura psicológica de los seres humanos.

1.3. Neurociencia Social Cognitiva

En una exhaustiva revisión, Lieberman (2002) caracteriza el enfoque de la Neurociencia Social Cognitiva a partir del establecimiento de vínculos significativos entre las propiedades estructurales de los estados internos neuroquímicos y las condiciones del modelo de procesamiento de la información en las cuales dichas propiedades aguardan la posibilidad de incluirse.

Este enfoque enfatiza el trazado de una relación funcional entre “la interacción dinámica de la mente con los sistemas biológicos del cerebro y el mundo social en el que este reside” (Cacioppo & Berntson, 2002: 3). En esta dirección, su objetivo principal es “Comprender los mecanismos neurales de los procesos cognitivos” (Emery & Easton, 2005: 1). De allí, que los niveles de análisis cognitivo computacional y neural convergen en el estudio de la interrelación entre procesos neurales y sociales.

Aunque se reconoce que el estudio de sistemas anatómicos aislados de la influencia socio-cultural ha tenido como resultado un incremento en el conocimiento sobre las funciones y las estructuras constitutivas y determinantes de los organismos, se propone a la vez establecer enlaces entre los hallazgos así obtenidos y los procesos subyacentes difíciles de caracterizar a través de datos conductuales aislados, sobre la base de que los procesos sociales “son el resultado de operaciones cerebrales” (Cacioppo & Berntson, 2002).

Luego, la investigación en neurociencia social cognitiva ha arribado a resultados que demuestran vínculos fundamentales entre el cerebro y los contextos sociales a través del

estudio de daños selectivos en el sistema nervioso y de neuroimagen. La prosopagnosia, por ejemplo, evidencia cómo una lesión en las áreas corticales de los lóbulos occipital y temporal (Cacioppo & Berntson, 2002) tiene como consecuencia la pérdida de reconocimiento y confusión de rostros de personas cercanas que antes se identificaban y reconocían normalmente, por ejemplo, el cónyuge (Sacks, 2002).

Es preciso señalar también que la influencia que se ejerce entre el cerebro y el mundo social es mutua, bidireccional. En otras palabras, que existen variados y complejos niveles de organización de los fenómenos en el ámbito biológico y social. Aunque diversos autores reconocen que es prematuro elaborar una teorización a propósito del funcionamiento cerebral en los niveles neurológico y de procesamiento de la información (Emery & Easton, 2005; Cacioppo & Berntson, 2002; Lieberman, 2002), se han identificado áreas específicas del cerebro que parecen responder de manera selectiva a estímulos provenientes del entorno social, -entre otros, los lóbulos anteriores temporales, la amígdala, el córtex prefrontal y el ganglio basal-, no existe evidencia suficiente ni consenso para argumentar sobre el modo como estos circuitos se integran funcionalmente entre sí.

Sin embargo, el neurólogo Rodolfo Llinás (2003) ha hecho notar la coherencia entre los estados emocionales resultantes en algunos animales como efecto de la activación experimental en la amígdala, además de acuñar una definición de la noción de *estado emocional* como contextualizador del comportamiento motor (Llinás, 2003: 185 y sigs.). Esta acepción ajusta bien con el análisis propuesto en esta tesis.

Por su parte, Ned Kahlin (1993) acuñó un repertorio de procesos cerebrales específicos que modulan el miedo y algunas conductas asociadas a este, en primates no humanos de la especie *Macaca mulatta*. Fundamentalmente, el autor sitúa circuitos neuroquímicos en tres regiones diferentes del cerebro de los simios en cuestión, a saber, la corteza prefrontal, la amígdala y el hipotálamo. La segunda y tercera de estas regiones, respectivamente, son constitutivas del denominado sistema límbico, asociado a la regulación de los estados emocionales (Llinás, 2003).

Las respuestas conductuales de los macacos estuvieron mediadas, según el mencionado estudio, por dos cuestiones asociadas. La primera de ellas tiene que ver con un punto crítico del desarrollo de los individuos de la especie, en el cual las áreas cerebrales relacionadas alcanzan su madurez. Este punto crítico es situado por Kahlin entre las 9 y las 12 semanas de edad, aduciendo que los resultados obtenidos son coherentes con la interpretación de que antes de esta etapa, el desarrollo del sistema nervioso general procura “proteger” las células nerviosas presentes en dichas áreas, del efecto potencialmente nocivo de la hormona del cortisol, asociada con la producción de estados internos de estrés, cuya producción aparece como resultado de la activación de las áreas y circuitos neuronales involucrados del sistema límbico:

“En respuesta a las señales de estrés en otras zonas del cerebro, tales como el sistema límbico y otras regiones corticales, el hipotálamo segrega la hormona liberadora de corticotropina. Este polipéptido activa la hipófisis, localizada debajo del cerebro y le hace segregar hormona adrenocorticotrópica (ACTH). El ACTH

estimula, a su vez, la liberación de cortisol por parte de la glándula suprarrenal, que prepara el organismo para la defensa [o la huida]” (Kahlin, 1993: 59).

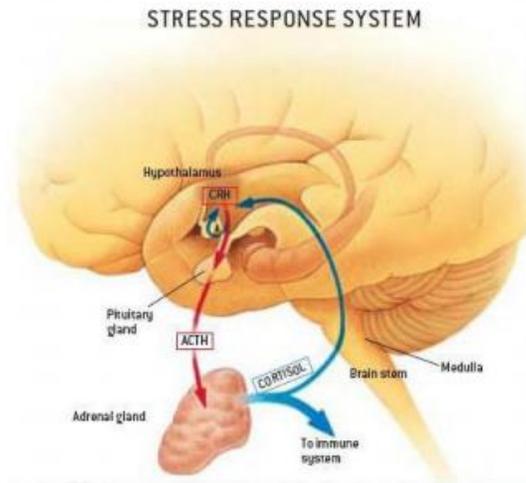


Figura 1. Sistema de respuesta del estrés. Fuente: (Baumard, 2012. Disponible en:

<https://sites.google.com/site/nicolasbaumard/psychology-and-public-policies>)

Esta ruta neuroquímica determina, en consecuencia, la elección de entre un repertorio amplio de una estrategia de conducta por parte de los *Macaca mulatta* (susurros, inhibición del movimiento y actitudes de agresión como gritos y rechinar de dientes), con respecto a situaciones de orden social, tales como la separación de las crías de su madre, su aislamiento en una jaula desconocida, el sometimiento a la presencia de una persona con actitud displicente (que no mira al animal dentro de la jaula) o a la misma situación pero sosteniendo la mirada directamente sobre el animal encerrado (Kahlin, 1993).

La teorización incipiente y los hallazgos de la investigación experimental, han delineado, tres principios que orientan el programa de investigación general de la Neurociencia Social Cognitiva. A continuación, se ofrece una tabla que los resume. Estos principios ilustran con

suficiencia la importancia de hacer extensivo el análisis neurológico hacia otros niveles de organización que se entrecruzan concatenando causas y efectos en eventos disímiles, tanto biológicos como sociales.

PRINCIPIO	DESCRIPCIÓN
1. Determinismo Múltiple	Un evento determinado en un nivel de organización, sobre todo en los niveles molares, puede tener uno o varios antecedentes en o entre distintos niveles.
2. Determinismo no aditivo	Postula que las propiedades del todo no son predecibles tomando como base las propiedades de las partes que lo componen.
3. Determinismo Recíproco	Los determinantes conductuales, biológicos (micro) y sociales (macro) guardan entre sí una relación de mutua influencia.

Tabla 1. Principios de Neurociencia Social Cognitiva. Fuente: (Cacioppo & Berntson, 2002: 6)

La conducta guiada por la intuición ha sido uno de los campos en los que la investigación en Neurociencia Social Cognitiva ha hallado resultados y orientaciones que vale la pena tomar en cuenta, con el objetivo de ejemplificar el modo de operación de esta área del conocimiento y el tipo de conclusiones que de sus aplicaciones, resultan.

A propósito de la conducta intuitiva, es habitual que se sugiera como una referencia opuesta al comportamiento mediado por la racionalidad. Esta condición hace de ella un foco de estudio apropiado para la descripción de constricciones contextuales que enmarcan la conducta guiada por intuiciones y su respectivo ajuste con las demandas del entorno. En este sentido, para indagar la interrelación entre los niveles interdependientes y variados en

los que se sitúa este fenómeno particular, así como las posibilidades de extender el análisis a la mayor cantidad posible de ellos.

Sin embargo, asaltan cuestiones de difícil solución que enfrentan los criterios teóricos de organización del sistema nervioso y el procesamiento de información ordenado que coexiste con él además del carácter intempestivo y automático de las conductas guiadas por la intuición: ¿cuentan las intuiciones con algún grado de estructuración? Se ha postulado que la conducta guiada por intuiciones se aleja sistemáticamente de la posibilidad de tomar en cuenta importantes fuentes de información antes de que los individuos tomemos decisiones.

Kahneman & Krueger (2006) han demostrado a través de una serie de situaciones experimentales que tuvieron como objetivo cuestionar la medición de los índices de felicidad individuales, que es más factible considerar que los resultados de la evaluación sobre el grado de felicidad experimentado en la vida propia, se encuentren mediados por acontecimientos que se sitúan en el pasado reciente de la trayectoria de los individuos, en lugar de asumir que es posible elaborar una reconstrucción objetiva de si se ha sido o no, feliz en un lapso amplio.

De este modo:

Las respuestas concernientes a su estado de felicidad “total” por parte de una muestra de individuos, se vio afectada por el acontecimiento fortuito de encontrar

una moneda en la máquina fotocopidora antes de responder el cuestionario.
(Schwarz, 1987. Citado en: Kahneman & Krueger, 2006)

Los autores arriban a la conclusión de que es cognitivamente más ajustado al funcionamiento de la maquinaria neural, que se oriente la intención retrospectiva sobre la trayectoria individual hacia objetivos próximos, de lo cual resulta un “cruce” con resultados de acontecimientos fortuitos experimentados recientemente. De este modo, el control experimental que los investigadores aseguraron determinando qué sujetos experimentales encontraban una moneda en la fotocopidora y, en consecuencia, no tendrían que pagar con su dinero la fotocopia del cuestionario, justifica el resultado predicho de correlación entre este grupo de sujetos y las puntuaciones más altas sobre el índice de felicidad de sus propias trayectorias vitales.

Lo anterior permite a los autores postular, con respaldo en evidencia neurocientífica disponible, que las evaluaciones o medidas del grado de satisfacción individual, están relacionadas con los estados emocionales activos en los individuos al momento de desarrollar la tarea experimental⁹:

“[...] hay una fuerte evidencia clínica y experimental de que la actividad en el córtex prefrontal izquierdo del cerebro está asociada con el procesamiento de la proximidad y el placer, mientras que el área correspondiente en el hemisferio

⁹ Sin embargo, los contextos de elección juegan aquí un importante papel para el diseño de las tareas experimentales referidas, pues los criterios entre países convergen por ejemplo respecto de la definición de estos entre sí como parecidos. Es preciso hacer referencia nuevamente al principio de Nelson Goodman al que nos referimos en el apartado que hemos dedicado a las analogías.

derecho es activa en el procesamiento de la evitación y los estímulos aversivos. En particular, el córtex prefrontal izquierdo está más activo cuando los individuos son expuestos a imágenes placenteras o se les insta a pensar pensamientos felices, mientras que el córtex prefrontal derecho está más activo cuando los individuos son expuestos a imágenes desagradables e instados a pensar pensamientos tristes.” (Kahneman & Krueger, 2006: 8)

Por otra parte, la denominada *hipótesis del marcador somático* elaborada por el neurólogo portugués Antonio Damasio, ofrece un marco conceptual alternativo para considerar que la reacción intuitiva ante una serie de estímulos tiene asidero en sensaciones corporales afectivas (emocionales), antes que en el contrapeso entre fuentes de información contrastantes entre sí (Damasio, 1999). Aunque desde la perspectiva de este autor dichas reacciones afectivas tienen como base agregados físico-químicos que funcionan como marcadores somáticos y son compartidos por todos los mamíferos, inclusive, no se excluye de la argumentación que la puesta en marcha de determinados marcadores somáticos en relación con clases diferenciadas de estímulos, obedece a un proceso de recolección inconsciente de información del entorno compartido, respecto al cual se sostiene un cierto grado de ajuste que asegura la efectividad entre las reacciones individuales y la estructura estable del entorno.

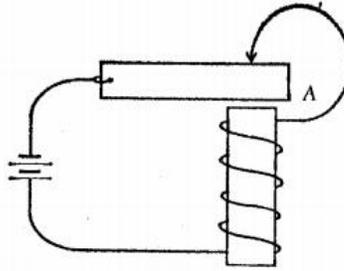
De este modo, la emergencia inconsciente de esa información inconscientemente recabada a través de la experiencia en relación directa con una serie específica de estímulos al hacer parte de un sistema más amplio, nos lleva a enlazar conceptualmente con un tipo particular de aprendizaje: el aprendizaje implícito.

Un cuerpo creciente de investigaciones ha intentado trazar una relación entre dos mecanismos que actuarían de manera conjunta al momento de accionar sobre una base intuitiva. Estos son la intuición propiamente dicha y el aprendizaje implícito. Es importante anotar, con respecto a la primera, que se diferencia del fenómeno de *Eureka* o de *insight* (culturalmente representados por medio del encendido inesperado de una bombilla incandescente), en tanto la intuición no necesariamente implica el reconocimiento súbito de un orden lógico de relaciones entre una secuencia de acontecimientos y su respuesta (una relación lógica entre una causa y un efecto), sino más bien un impulso, un ímpetu o un juicio espontáneo (Lieberman, 2000). En consecuencia, se postula que la velocidad de la reacción intuitiva se opone a los requerimientos temporales del razonamiento lógico causal.

El antropólogo Gregory Bateson desarrolló un interesante ejemplo al respecto, titulado *La lógica es un modelo deficiente de la causa y el efecto* (Bateson, 1979/2011: 71). Allí, el autor argumenta que la lógica no goza de suficiencia para simular todas las secuencias de causa y efecto. Esto se debe a que en una secuencia causal no necesariamente tiene una forma lineal sino que puede funcionar cíclicamente o incluso adquirir formas más complejas que la circularidad, como el bucle. Con lo cual la descripción del proceso implica la noción de *tiempo* que es inexistente en las descripciones lógicas.

El circuito de un timbre ordinario es el ejemplo elaborado por Bateson para resaltar esta diferencia. Consideramos que la validez del ejemplo amerita reproducirlo *in extenso*.

Figura 3.



Tomado
de
Bateson,
1979/2011
:72.

“Si expresamos este ciclo en una secuencia causal, tenemos lo siguiente:

Si se hace contacto en A, entonces se activa el electroimán.

Si se activa el electroimán, entonces cesa el contacto en A.

Si cesa el contacto en A, entonces se desactiva el electroimán.

Si se desactiva el electroimán, entonces se hace contacto” (Bateson, 2011: 72.)

Bateson sugiere a continuación que esta misma secuencia causal expresada en términos lógicos deviene escandalosa:

“Si se hace contacto, entonces cesa el contacto.

Si P, entonces no P.

Los “si...entonces” de la causalidad contienen *tiempo*, mientras que los “si...entonces” de la lógica son atemporales. De esto se desprende que la lógica es un modelo incompleto de la causalidad.” (Bateson, 1979/2011: 72)¹⁰

¹⁰ Bateson se basa, sin embargo, en un razonamiento que no es del todo consistente y sí más o menos ingenuo. Dado que la lógica no se define por su ajuste en calidad de modelo alguno, de la causalidad o la forma de relación que fuere, el hecho de que la variable temporal no aparezca contemplada en la relación definida por Bateson, no quiere decir que no exista la manera de representar información temporal en el marco de una

Con base en lo anterior, es más clara la tesis que sostiene Lieberman, según la cual “la intuición es un correlato fenomenológico y conductual de conocimiento adquirido a través del aprendizaje implícito” (2000: 110), tomando en cuenta que aunque el proceso intuitivo pueda describirse en términos de causa y efecto, carece de atención consciente sobre las relaciones lógicas posibles entre los tipos de información que componen el cuerpo de conocimiento modulado y expresado conductualmente.

La realización de inferencias con base en un tipo dado de información no verbal, -como por ejemplo las expresiones emocionales del cuerpo de los individuos en un contexto de socialización que sirven como señal para guiar la propia conducta, también denominada *Referencia Social Compartida*-, son realizadas con escaso esfuerzo y escasa atención a los estados mentales internos y a las disposiciones de los demás, dando cuenta de un automatismo eficiente en la activación de secuencias conceptuales que orientan la acción:

“El apego y la comunicación son tan importantes que los infantes responden a los rostros e intentan obtener una respuesta muy pronto, tras su nacimiento; aún en instancias extrañas en las que el lenguaje no se ha modelado o enseñado, una forma de lenguaje se desarrolla no obstante” (Goldin-Meadow & Mylander, 1983, 1984. Citados en: Cacioppo & Berntson, 2002: 5. La traducción es nuestra).

Se pone en juego entonces la noción de Aprendizaje Implícito, consistente en la adquisición de tipos de conocimiento en ausencia de un análisis consciente, explícito o una

estructura lógica tal y como es demostrado por la lógica temporal (véase: <http://plato.stanford.edu/entries/logic-temporal/>).

consciencia atencional orientada al aprendizaje, así como en ausencia de cualquier tipo de conocimiento sobre lo que fue o está siendo adquirido (Reber, 1993. Citado en Lieberman, 2000).

Evidencia disponible a la fecha del trabajo que aquí revisamos, sugiere que el soporte orgánico del tipo de aprendizaje descrito se encuentra relacionado con el ganglio basal, como un componente que posibilita el procesamiento de “patrones temporales predictivos de eventos significativos” (Lieberman, 2000: 113).

Hasta aquí hemos intentado describir con cierto grado de precisión el núcleo de la Psicología Cognitiva, basándonos en la analogía de la mente como ordenador; así mismo, el estado de cosas que ha sido denominado como la naturalización de la psicología, a través del enfoque particular de la Psicología Evolucionaria, lo cual nos ha permitido traer a la vista algunas cuestiones relativas a las ciencias sociales en general y, en particular, a la antropología y el debate disciplinar, -al mismo tiempo vetusto e incansablemente re-actualizado en algunos sectores-, de la ontología material o ideal de la cultura. Por último, avances recientes en el ámbito de la neurociencia social cognitiva nos han ayudado a articular de un modo distinto los elementos del debate entre la mente y el cuerpo, el carácter implícito y no necesariamente oculto de las representaciones inconscientes y su implicancia de cara a las conductas manifiestas.

En el siguiente capítulo se argumentará que sobre la plataforma de un paradigma específico de antropología, (uno que acepta como objeto de estudio primordial la naturaleza humana), es posible restituir su lugar al interior de un debate que reclama que el conjunto de las

ciencias dedicadas a la comprensión de dicho objeto de estudio se esfuercen por considerar una unificación conceptual que permita, por fin, descentrar los distintos marcos teóricos y edificar sobre la base de su diversidad.

CAPÍTULO 2: Hacia una Antropología Naturalista, Minimalista y Cognitiva.

La respuesta a la pregunta “¿a dónde se ha ido la antropología?” es, [...] “hacia un objetivo disciplinario plantear una opción teórica, sino más bien enunciar una actitud hacia la teorización, siguiendo a Dan Sperber (1988) tiene un carácter incipiente en antropología, la medida en que han sido escasas –y también débiles- las reformas e intentos de integración teórica, entendidos como una búsqueda de integración sintética de los hallazgos empíricos (Cfr. Crapanzano, 2008; Reynoso, 2012b).”

Una tesis resultante (Bloch, 2005: 10) de sistematización de dichos hallazgos estriba principalmente en el incumplimiento de ciertas condiciones básicas de la investigación científica, tales como “la producción regular de iniciativas metodológicas [...] la clarificación de ideas para el gran público [...] la capacidad de uso público de los instrumentos teóricos” (Reynoso, 2012b: 1).

De este estado de cosas, ha surgido una inconsistencia expresada en la vinculación entre la postura epistemológica que concibe el *anthropos* como una entidad biocultural que, a través del intercambio intersubjetivo en el marco de formas de relación socialmente estructuradas, deviene individuo culturalizado; y la agenda teórica orientadora de la investigación antropológica, que cuenta entre sus ítems más urgentes el de los modos como la cultura se relaciona con las individualidades. Consistiendo la cultura en una serie de expresiones, con forma de lenguajes y conductas, de entidades ontológicamente subjetivas (Searle, 1997), es

decir, entidades cuya existencia depende de su experimentación por un sujeto, la antropología podría definirse como una ciencia objetiva de fenómenos ontológicamente subjetivos.

A continuación, se ofrece un proyecto parcial más no arbitrario, que pretende constituirse como una alternativa para solventar este *impasse* entre los ámbitos epistemológico y teórico en antropología, apelando para ello, a la conjunción no reduccionista entre postulados naturalistas y cognitivistas.

2.1 Hacia una Antropología Naturalista

Como una opción de clarificación a propósito de la definición del objeto de la antropología, en años recientes se ha formulado la necesidad de devolver al centro del debate el carácter natural del *Homo Sapiens* como animal humano evolucionado. Esta iniciativa, a la que en adelante nos referiremos como *naturalización*, tiene por objetivo establecer una causalidad entre niveles de análisis diferenciados en y entre los cuales se llevan a cabo procesos mutuamente articulados, a saber: los niveles bio-lógico y semio-lógico.

Esta articulación puede denominarse causal una vez se asume, como lo hacemos nosotros en este trabajo, que la creación de distinciones o clasificaciones está signada por la arbitrariedad de los intereses de quien clasifica (Searle, 2002). Esto quiere decir que determinadas condiciones devienen determinantes para el acto clasificatorio. Resulta útil

para la argumentación rescatar en este punto el famoso ejemplo estructuralista de las peras y las manzanas:

Si se pide clasificar una colección de frutos variados en cuerpos relativamente más pesados y relativamente más livianos, será legítimo comenzar por separar las peras de las manzanas, aunque la forma, el color y el sabor, carezcan de relación con el peso y el volumen” (Lévi-Strauss, 1962-1997: 33).

En este orden de ideas, definir límites taxativos en los que entidades ontológicas diferenciadas tienen su origen (*v.gr.*, cuerpo/mente, cerebro/consciencia, naturaleza/cultura), parece no gozar de ningún sentido. O goza del mismo sentido que diferenciar ontológicamente las cualidades del sabor, el color, el olor o el peso del fruto, del fruto mismo, sea este una pera o una manzana.

Pero las diferenciaciones de las que trataremos en adelante distan de ser sencillas como las establecidas en el ejemplo dado, sin que por ello este deje de ser altamente ilustrativo. Para comenzar a tratarlas, nos comprometemos con la afirmación de que el nivel más elemental en el cual podemos situar los procesos vitales es el nivel biológico; lo anterior constituye una razón suficiente para sostener que la única diferenciación viable para mantenernos en el ámbito de la articulación causal de los procesos que ocurren en niveles diferenciados y científicamente diferenciables, es la existente entre lo biológico y lo no-biológico. Así, como argumenta John Searle “[...] nuestras vidas conscientes están moldeadas por nuestra cultura, pero la cultura es en sí misma una expresión de nuestras capacidades biológicas subyacentes” (Searle, 2002: 60).

Se nos habilita entonces para exponer la pretensión teórica que esta tesis aguarda, y que consiste en contribuir a despejar la bruma en el ámbito de la investigación antropológica sobre términos que, según su elaboración, resultan absolutamente confusos e inconsistentes si se los quiere condensar de manera coordinada. Una expresión notable, en las Ciencias Sociales y Humanas, del establecimiento de diferencias taxativas para la explicación de los fenómenos humanos, ha sido sin lugar a dudas la confrontación entre el Particularismo y el Universalismo.

El caso en que nos enfocaremos para arrojar luz sobre lo anterior, es el de la profusión de sustantivos que se refieren a la dimensión del sujeto o sí mismo¹¹ (entre otros, *self*, *yo*, *persona*, *sujeto*, *subjetividad*, *subjetividad del sujeto* [y un largo, *etcétera*]) la cual, al menos desde la perspectiva del antropólogo Maurice Bloch, es el fenómeno donde el conflicto entre el Universalismo y el Particularismo en la teoría social, se presenta de manera más intensa.

Esta dimensión del sí mismo es muy relevante en el marco de la indagación sobre la Referencia Social Compartida (**RSC**), objeto de esta tesis. Sucintamente, adelantamos que esta habilidad consiste en la capacidad de cada individuo de considerar a los otros semejantes como fuentes confiables de información para la acción propia (Ver: Introducción y Capítulo 3). Esta sincronía social en el espacio y el tiempo, tiene como base la problemática distinción entre el entendimiento de sí mismo y la representación de los

¹¹ La dificultad de traducción del concepto de *Self* es palpable donde quiera que este aparece. Puede señalarse en todo caso que el uso que de este concepto se realiza en las tradiciones de pensamiento en psicología, apunta a la inexistencia de algo como el sí mismo (en habla inglesa o francesa, por ejemplo, en la Psicología Cognitiva o el Psicoanálisis) y refiere más bien puntualmente al sujeto como resultado de la conformación de la subjetividad.

otros (Bloch, 2011) y al mismo tiempo plantea la pregunta sobre cómo ésta distinción es efectivamente realizada a través del reconocimiento mutuo entre agentes actuantes en el marco de una situación dada.

Es en este sentido que en este trabajo nos acogemos a la opción de naturalización; además, porque intenta sobreponerse a dos hechos palmarios aunque no por ello con consecuencias benignas para la investigación. Todo lo contrario. El primero de estos hechos, proviene de una posición particularista radical sobre la dimensión del sujeto (sí mismo). Según ésta, las nociones sustantivistas en relación con la dimensión subjetiva del *Homo Sapiens* (*Self, Yo, Persona...*), no comparten entre sí nada esencial.

Esta inconmensurabilidad se ha apoyado en el argumento de que la dimensión subjetiva es un efecto determinado por las directrices particulares de la Historia y de la Cultura. En consecuencia, que es inviable emprender una teorización sobre estos aspectos, puesto que sólo son aprehensibles desde una perspectiva particularista y que, en esencia, nada de ello es compartido universalmente por los humanos, aunque de facto se acepte que somos todos miembros de la misma especie e incluso compartamos capacidades psíquicas equivalentes. Para la investigación científica esto implica que la subjetividad del sujeto constituye un obstáculo para el razonamiento objetivo sobre subjetividades ajenas (Spiro, 1996). Es decir, que la subjetividad del *otro* no puede objetivarse desde la *propia* subjetividad.

En segundo lugar, se encuentra la perspectiva universalista sobre la dimensión del sí mismo. Según esta, la subjetividad está más próxima a la definición de lo humano como una entidad *a priori* (Bloch, 2011), cuya conducta expresada en decisiones está

determinada por mecanismos simples y orientada hacia un mundo empíricamente obvio (Elster, 2005; Cosmides & Tooby, 2002).

Esta acepción fue compartida por la totalidad de las teorías que conformaron el programa de investigación conductista en psicología (Pozo, 1989). De hecho, en ella encuentra asidero un postulado clásico de esta corriente: no reconocer fronteras entre especies, en relación con la explicación de los mecanismos determinantes de la conducta de los organismos individuales pertenecientes a ellas. De modo similar se sustenta la afirmación de que “Al tratar los datos directamente observables [i.e, la conducta] no necesitamos referirnos ni a un estado interior ni a una fuerza externa” (Skinner, 1974: 66).

El contraste que estas dos posturas ejemplifican es el de la primacía del sujeto sobre el organismo, por un lado, y la primacía del organismo sobre el sujeto, por el otro. En este sentido, y con respecto al *Homo Sapiens* específicamente, el eminente antropólogo norteamericano Leslie A. White expresó con admirable concreción y suficiencia hace algunas décadas, una formulación del argumento que estamos tratando de delinear a través del contraste. Escribe White que, [las experiencias subjetivas] “son funciones de situaciones socioculturales, no las causas de estas últimas” (White, 1992: 139).

En estos enmarañados contrastes consiste, pues, la bruma que nos proponemos disipar. Para ello, no sólo resulta indispensable el retorno al carácter natural del *Homo Sapiens* como ya ha sido anunciado, sino también la vinculación de ese retorno con la necesidad de tomar en cuenta seriamente lo social y lo cultural. En otras palabras, trasladar la antigua controversia entre la versión universalista de los fenómenos humanos con su contraparte particularista al ámbito de lo Natural, el cual puede ofrecer, como intentaremos demostrar en este capítulo,

el contexto adecuado para propiciar un encuentro integrador entre propósitos y formulaciones, que hasta ahora sólo han intentado anularse mutuamente.

Planteamos que este encuentro se ve favorecido si se dispone para él de una antropología de base naturalista, que admita entre sus presupuestos íntimos la restitución de series de cualidades y capacidades compartidas universalmente por los miembros de la especie humana, al margen de reducir a ellas la evidente diversidad expresiva de las culturas.

No desconocemos, sin embargo, que la afronta Particularismo/Universalismo no es únicamente ideológica sino que se refiere al plano de la epistemología. Tiene como uno de sus pilares la oposición fundamental entre la inducción y la deducción en tanto dos modos lógicos de aproximarse al conocimiento. Las dos formas lógicas de cada uno de estos dos modos, consolidadas en el movimiento entre los fenómenos observados y las teorías, entendidos como caminos de conocimiento autónomos, son diferentes pero no necesariamente contradictorios; más bien, complementarios para la solución de problemas y la producción de conocimiento científico.

Aunque la certeza de la diversidad cultural de la especie humana entrelazada con la unidad psicológica pueda entrañar un cierto grado de obviedad para el lector ecuánime, lo anterior ha sido blanco de las principales objeciones que ha blandido el movimiento posmoderno en antropología. Desde la perspectiva que desde allí se ha defendido y que referimos más arriba, la subjetividad *propia* es considerada como un obstáculo epistemológico en la producción de verdades objetivas sobre la subjetividad de *otros*, en virtud de que la subjetividad es concebida como un conjunto de “intenciones, propósitos y deseos –esto es de significados-” (Spiro, 1996: 769) constituidos en su totalidad por la cultura.

Dado que tradicionalmente los antropólogos y antropólogas se han representado a sí mismos (y a sí mismas) como depositarios de una subjetividad configurada por los cánones de la sociedad Occidental, y que su objeto de estudio tradicional han sido subjetividades no-Occidentales, tal objeto ha sido disciplinarmente definido como *el Otro*. Otro, cuya definición como elemento constitutivo de conjuntos delimitados de rasgos culturales particulares, excluye de facto la posibilidad de ser comprendido comparativamente.

Llegados a este punto, preguntarse si esa *otredad* es entonces una diferencia ontológica, puede resultar útil para hilvanar las ideas expuestas más arriba. Más aún cuando se asume – como es mi caso- la existencia de la diversidad cultural, expresada en la pluralidad de sistemas de significación y referencia que, utilizando como vehículo la existencia de sujetos concretos, organizan la vida colectiva en los grupos humanos a lo largo y ancho del planeta. Por otra parte, las equivalencias en la sofisticación de sus estrategias para generar conocimiento sobre el mundo (Lévi-Strauss, 1962).

Hay una alternativa a la inconmensurabilidad que halla en la inquietud particularista de una diferencia ontológica con respecto al Otro, un contexto de surgimiento: el reconocimiento de las restricciones (biológicas, psicológicas, ecológicas) de la diversidad (Spiro, 1996).

Divisar esta alternativa nos permite considerar de manera mucho menos radical las diferencias y distancias entre la pluralidad de sistemas de significados, facilitando no solamente el ejercicio comparativo entre ellos sino también la disolución metodológica del precipicio ontológico entre el *sí mismo* y los *otros*. En efecto, permite argumentar que los otros no son *otros* en un sentido ontológico sino que son asumidos como tal por la antropología, como parte de un legado ideológico.

2.2 Hacia una Antropología Minimalista

Semejante propuesta, que a primera vista puede no ser admisible para ciertos sectores de mis colegas, tendrá que ser matizada para que pueda tomarse en cuenta como alternativa, aun cuando sea transitoriamente. Una modalidad especial para lograrlo, será subrayar su minimalismo inherente. La afirmación de que es una necesidad considerar, adoptando una postura naturalista, las series de cualidades y capacidades compartidas universalmente por los seres humanos, nos remite sin duda alguna a pensar tales cualidades y capacidades en el marco de la historia natural del *Homo Sapiens*. Esta, concebida a su vez en el marco de la Ley de selección Natural formulada por Charles Darwin (1859) y de la tesis de Descendencia con Modificación (DCM) que dicha ley incluye (Jacob, 2005), explica el origen de los mecanismos naturales que subyacen las disposiciones operantes en los organismos vivos (Llinás, 2003).

En otras palabras,

“Un enfoque naturalista sólo busca articular el nivel psicológico, es decir los mecanismos psicológicos de una disposición, con lo que se conoce acerca de la evolución de la especie humana, de una manera que contribuye a nuestra comprensión de este fenómeno”. (Baumard, 2008: 15).

Cabe resaltar que de esto no deriva ningún elemento que permita afirmar o siquiera sugerir la inexistencia de cualidades constituidas en su origen cultural e históricamente, afirmación o sugerencia que, por lo demás, sería extremadamente difícil de sostener en caso de

obstinarse con ella, situación por lo demás muy fuera de lo común en la antropología actual.

Más bien, de lo que se trata es de definir con claridad los niveles en que se encuentran organizados los fenómenos humanos y ubicar allí la dimensión del sujeto (*sí mismo*), que nos interesa puntualizar en este capítulo, así como su articulación con otros procesos implicados en la habilidad de **RSC**, específicamente. En este sentido, someter a consideración la organización interna de los fenómenos y avanzar en indagaciones que permitan postular, con cierto tino y prudencia, que algunos de estos niveles relativos a los fenómenos, corresponden con determinados niveles de análisis, tal como el individuo o la cultura, la evolución o la historia.

En este orden de ideas, Maurice Bloch (2011) plantea que la dimensión de sí mismo del ser humano, estaría estructurada por tres niveles, a saber, uno *nuclear*, uno *minimal* y otro *narrativo*. A continuación sostendré, siguiendo a este último autor, que una perspectiva antropológica adecuada para la indagación de la distinción entre la dimensión de sí mismo y la representación de los otros en la habilidad de Referencia Social Compartida, debe realizarse en el nivel minimal y no está concentrada exclusivamente en el nivel narrativo como se ha asumido regularmente. Pero para ello, es necesario describir con cierto detalle cada uno de los niveles enunciados.

En el esquema que nos proponemos seguir, el nivel *nuclear* (core level) del sí mismo fundamentaría los sentidos de propiedad y locación del propio cuerpo. Además, este nivel enmarcaría también el sentido de autoría sobre las propias acciones (Bloch, 2011). Esta es

la base que sostiene la amplificación de la variabilidad conocida en psicología como *desarrollo*.

Por su parte, el nivel *minimal* (minimal level) del sí mismo, -situado sobre el nivel *nuclear*- fundamenta el sentido de continuidad en el tiempo para sí mismo y para los congéneres. Este sentido de continuidad temporal se encuentra vinculado con el uso de cualquier tipo de memoria a largo plazo, específicamente con el tipo de memoria que en psicología cognitiva se conoce como Memoria Episódica.

Tal vinculación no es el producto de una libertad interpretativa, sino un presupuesto, dado que el nivel minimal del que hablamos aquí

“[...] implica la habilidad de “viajar en el tiempo”, esto es, hacer uso de información acerca del pasado para el comportamiento presente lo cual implica estar en el pasado en imaginación, y la habilidad de planear el comportamiento futuro lo cual requiere estar en el futuro en imaginación” (Bloch, 2011: 8).

En esta situación, podemos seguir un proceso más amplio que vincula la percepción de sí, de los otros y la memoria, ya que “Los procesos psicológicos que se ponen en juego en el recuerdo episódico requieren del desarrollo de competencias representacionales sobre estados mentales.” (Valdés, 2005: 4). Consistentemente, la habilidad de Referencia Social Compartida podría estar sostenida sobre la base de la comprensión de tipos específicos de información proveniente del entorno social (que se encontrarán detallados en los capítulos III y IV), cuya correcta *representación* por parte de los individuos conlleva una modificación de su propia conducta, que pretende un ajuste con respecto a un entorno comunicativo.

En este sentido, la organización subjetiva de los acontecimientos del entorno y del sí mismo tendría como principio generador la funcionalidad de la memoria episódica, que en este nivel no implica todavía alerta reflexiva sobre los estados mentales propios ni la ordenación de los episodios en un todo coherente, sino más bien el registro de la información necesaria para organizar episodios autocontenidos, apoyado en la capacidad de memoria de trabajo (*working memory*).

En la edición del año 2013 del *Annual Review of Psychology*, el psicólogo británico Alan Baddeley plantea una distinción sutil pero significativa para nosotros –y que no fue tomada en cuenta por Maurice Bloch para conceptualizar el nivel minimal- entre la Memoria de Corto Plazo y la Memoria de Trabajo. Según Baddeley, si bien ambos términos han tendido a utilizarse de modo indistinto, la primera hace referencia al almacenamiento temporal y simple de información, mientras que la segunda “implica una combinación de almacenamiento y manipulación” (Baddeley, 2012: 4).

Este grado de manipulación, aunque incipiente en la medida en que no llega a filtrar la consciencia, es sugestivo con respecto al surgimiento del sentido de subjetividad, consolidado en el sentido de continuidad temporal (Minimal self), no sin estar dispuesto antes sobre el sentido previo de propiedad y locación del propio cuerpo (Core self).

En tercer lugar, pero no menos importante debido a que es aquí en donde se han desarrollado la mayor parte de las reflexiones antropológicas sobre el tema en cuestión, encontramos el *Self* Narrativo (*Narrative Self*).

Este se caracteriza por guardar una estrecha relación con la memoria autobiográfica, estableciendo en virtud de ello el fundamento para la creación de una autobiografía,

situación común a todos los seres humanos y que aún no debería descartarse con respecto a otras especies animales (Bloch, 2011), por carecer de evidencia experimental que permita expresarse a favor o en contra al respecto.

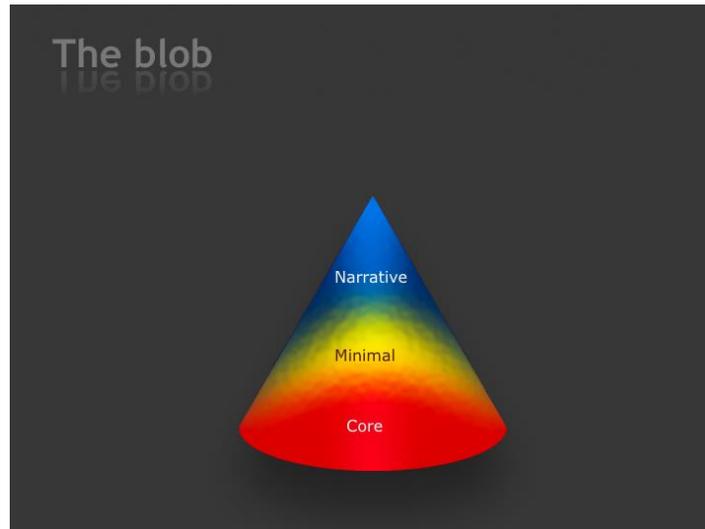


Figura 2. Superposición de niveles relativos al *Self*. Fuente: Bloch (2011: 9) <http://eprints.lse.ac.uk/38026/> / <http://aotcpress.com/wp-content/uploads/The-Blob-04.jpg> Ilustración de Veronica Holguin.)

Esta autobiografía es altamente reflexiva e implica grados de reflexividad tan sofisticados como lo que son necesarios para coordinar la interacción social. Del mismo modo, algunos enfoques sugieren que en este nivel de análisis se sitúa el pensamiento consciente vinculado con el uso del lenguaje. Este ensamble resulta problemático, en el sentido de que no resuelve cuestiones apremiantes como por ejemplo si en efecto la memoria autobiográfica implica el pensamiento consciente o necesita solamente ser accesible a la consciencia (Bloch, 2011).

En este punto cabe desarrollar un argumento que promete ser esclarecedor con respecto a la correcta formulación –en toda su amplitud- del cuestionamiento inmediatamente anterior. Radica en la diferenciación entre los términos *consciencia* (consciousness) y *concienciación* (awareness). Tal diferencia estriba en que el primero “refiere a una capacidad particular de los seres vivos. Mientras que [el segundo], refiere al resultado experimentado internamente de ejercer esta habilidad en una situación particular” (Tulving, 1985: 2).

En consecuencia, el acceso a la consciencia es equiparable a la concienciación del recuerdo y del recordar, que permite la elaboración de una autobiografía para sí mismo y para la interacción social. Esta equivalencia implica, también, que la consciencia en tanto fenómeno de interés experimental para la psicología, puede asumirse como una variable dependiente de la experiencia en general (Tulving, 1985).

En suma, proponemos que una antropología minimalista debe tomar en cuenta el nivel minimal del *self*, en los términos en que aquí ha sido esbozado, debido a que en este confluyen los ámbitos psicológico y cultural de un modo que deja entrever una salida empíricamente validable y que cuenta con respaldo teórico y experimental en las “psicologías” descritas en el capítulo anterior de esta tesis. Por otra parte, que la discusión hegemónica y, por qué no, añeja, entre las vertientes particularistas y universalistas en antropología, puede dar un paso adelante en la teoría desplazándose hacia atrás analíticamente, en el continuum de niveles del *self* que han sido bosquejados hasta aquí.

Esto último nos deja en una posición cómoda para sostener que el modelo teórico del *self* al que nos acogemos plantea que los niveles expuestos, si bien diferenciables analíticamente,

actúan todos con base en un principio de reciprocidad que se sustenta en la ausencia de límites taxativos entre ellos. Luego, que sobre ellos recae la influencia tanto del equipo mental como de la cultura en proporciones cambiantes, siendo el nivel narrativo del *self* en el que mejor se expresa el influjo de la cultura en la constitución de la subjetividad, pero no quedando aislado por ello de una relación funcional con los demás niveles, sino más bien situado de manera interdependiente.

Esta propuesta del énfasis minimalista es connivente con el postulado de que la variabilidad cultural debe remitir a potencialidades y restricciones de la mente, donde el equipo mental no es el determinante sino el instrumento (Sperber, 1988; 2012) de generación de sistemas de conocimiento y significación (Boyer, 1995). Y confluyen aquí la antropología y la cognición.

2.3 Rumbos en Antropología Cognitiva

Por la etiqueta disciplinar de Antropología Cognitiva tradicionalmente se entiende un tipo de antropología surgido a comienzos de la década de 1950, considerado por algunos como un presagio de la posterior “revolución cognitiva” (Bender et, Al, 2009) y que se caracteriza por consistir en una mixtura entre lingüística y antropología socio-cultural.

Según Stephen Tyler, uno de sus impulsores más vehementes, la Antropología Cognitiva constituye una orientación teórica que intenta “entender los *principios organizadores subyacentes* al comportamiento” (Tyler, 1969: 3. Cursiva en el original). Para ello, implica “cuatro operaciones relacionadas: (1) *adquisición* de datos; (2) *descubrimiento* de rasgos

semánticos; (3) *disposición* de los rasgos; *declaración* de la relevancia¹²” (Tyler, 1969: ix. Cursiva en el original).

Frecuentemente, se caracteriza a través de los siguientes rasgos generales. Uno metodológico que aspiraba a constituir una modalidad de mapeo de lo concreto (v.gr, las expresiones léxicas a través de las cuales se refieren los aspectos del mundo físico y social) sobre lo abstracto (i.e, el mundo de la cultura) (Reynoso, 1998) y que consistió en el desarrollo, para servir a este propósito, de heurísticas concretas como el denominado análisis componencial o etnosemántica.

Un rasgo teórico, consistente en el compromiso de constituir una ciencia eminentemente *emic* que, considerando los conceptos nativos como elementos integradores de dominios culturales amplios, admitiera el tratamiento científico no de la experiencia práctica nativa, sino de formas culturales y lenguajes (Reynoso, 1998).

El análisis componencial o etnosemántica tenía como base el presupuesto de que el conocimiento cultural se encontraba distribuido en dominios de significado que contaban con algunos elementos integradores verbalizados por los nativos, identificables empleando la técnica etnográfica de la elicitación por parte de los antropólogos o antropólogas en unidades semánticas denominadas *lexemas*. El mapeo de estas unidades permitiría diagramar formalmente por medio de grafos, el ordenamiento interno de la cultura, tal y como éste acontece en la mente nativa.

¹² El sentido otorgado aquí a la *relevancia*, estriba en la relación que los rasgos semánticos y sus disposiciones en un dominio, guardan con un dominio diferenciado, así como el grado de realidad psicológica que los constructos analíticos representan con respecto a las formas de organización del pensamiento nativo (Tyler, 1969: 343 y sigs.).

En este marco tuvo lugar el desarrollo de una variedad de técnicas y métodos formales y computacionales para el análisis del conocimiento y las formas de representarlo, por parte de antropólogos y psicólogos, aunque casi siempre por separado. No obstante esto último, vemos desde el presente que la tradición fundada en aquel entonces, presenta una iniciativa científica que aguarda un potencial colaborativo pionero, lo cual tiene unas dimensiones éticas y de significado (Rabinow, 2009) que están por analizar.

El planteo principal de esta corriente teórica, hizo alusión a la alternativa de trabajar sobre la apariencia disyuntiva de la cultura para lograr un resultado conjuntivo con el análisis, realizando las combinaciones que fueran posibles sobre un número de atributos limitado (Reynoso, 1998). La plausibilidad del método (entendido como la justificación general para la selección de técnicas específicas en la investigación), intentó demostrarse a través de la afirmación de que las descripciones etnográficas así realizadas, constituían obligatoriamente un reflejo adecuado de *distinciones* que tienen lugar en la mente o consciencia del nativo (Reynoso, 1998. La cursiva es nuestra).

Esta batería de procedimientos estableció los parámetros para la configuración de un rasgo epistemológico, depositado en el formato de una definición de cultura transversal a todos los emprendimientos de investigación abarcables bajo el rubro disciplinar de antropología cognitiva, la cual fue formulada por uno de sus principales exponentes, el antropólogo norteamericano Ward Goodenough.

Según este autor, la cultura y su relación con las individualidades concretas, se establece por medio de la organización de lo que la gente tiene que “saber o creer para conducirse de modo aceptable con respecto a los demás miembros, y hacerlo en cualquiera de los roles

que ellos aceptarían para sí mismos” (Goodenough, 1957. Citado en Hutchins *et. Al*, 2010a: 375). Esta definición sitúa la cultura en la cabeza de los individuos y no en el mundo exterior. “Hace de los mundos material y social cosas en las que la gente piensa, pero no cosas con las que la gente piensa” (Bender *et. Al*, 2009: 375).

Este modo de observar el mundo se dedica a explorar la organización del conocimiento en grupos humanos diversos. La definición de cultura centrada en el conocimiento, devino acorde con los intereses científicos de otras áreas, como la lingüística y la psicología, en el conocimiento y su representación. En el curso de sus desarrollos tuvo lugar el tejido intelectual en que surgieron las Ciencias Cognitivas (Bender *et. Al*, 2009).

2.3.1 Estructuralismo Antropológico

Por otra parte, el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss es considerado por algunos (Cfr. Reynoso, 1998; Cornejo Valle, 2011) como una vertiente de la teorización en antropología que puede ser tomada en cuenta dentro de la antropología cognitiva en sentido amplio. Por un lado, por la construcción del pensamiento como objeto antropológico; y por otro, en razón de su proximidad con modelos inspirados en la lingüística para sus elaboraciones metodológicas.

Este programa de investigación consideraba una tarea urgente para la antropología el establecer relaciones –debido a la importancia que tiene para la investigación científica del pensamiento en otras áreas como la psicología-, acceder al nivel inconsciente de los fenómenos culturales y así aproximarse progresivamente a un nivel de objetividad analítica plausible (Lévi-Strauss, 1995).

Para ello, se sirve del modelo lingüístico planteado por la escuela estructural encabezada por Roman Jakobson, con el fin de trazar una analogía que sugiere que la oposición solidaria de los fonemas entre sí (Trnka, 1980), a través de la cual los hablantes accedemos al significado de lo dicho, sirve como modelo para comprender el funcionamiento de los fenómenos culturales, en tanto estos de igual modo que la lengua, están situados en niveles estructurales inconscientes, cuya organización es observable al nivel de la conducta. En ese sentido, con independencia de las variaciones en la entonación, los fonemas opuestos entre sí mantienen una estabilidad estructural con respecto al significado.

Del mismo modo, aunque las expresiones culturales destaquen por su heterogeneidad, lo que da lugar a ellas es un conjunto finito de estructuras homogéneas, que constituyen el lenguaje al que pertenecen dichas expresiones (Reynoso, 2011).

De allí, que Lévi-Strauss postulara la universalidad del pensamiento intelectual -como una flor salvaje que crece resguardada de la civilización- y la existencia de *reglas universales* para el pensamiento (Lévi-Strauss, 1964) así como, por extensión, para la cultura, cuya existencia no puede darse al margen de aquel. Sin embargo, esto contrasta con fuerza ante la ausencia de explicación del valor adaptativo de dichas reglas para la evolución de la especie.

Aun así, las ideas de Lévi-Strauss sobre la naturaleza como un modelo lógico *prêt a porter* para el hombre, que no tiene más remedio que realizar clasificaciones por su interés innato de conocer el mundo intelectualmente, retorna la elaboración intelectual en general al nivel de la sensibilidad, aserción por lo demás conflictiva con la idea cartesiana hegemónica de desplazamiento de lo abstracto lejos de lo sensitivo.

2.3.2 Nuevos Rumbos

Teniendo presentes estas ideas, no obstante la brevedad de su exposición, es preciso cuestionarse, ¿qué de lo anterior se sostiene para una antropología cognitiva vigente y qué debemos añadir para generar un corpus de conocimiento antropológico susceptible de ser tomado en cuenta, desde una perspectiva disciplinar distinta como la Psicología Cognitiva?

Es necesario anticipar que una de las expresiones más importantes de la diversificación de la antropología cognitiva, consiste en el viraje de su propuesta desde modelos teóricos inspirados en la lingüística hacia nuevas exploraciones teóricas inspiradas en la psicología cognitiva. La base de esto es la fuerte influencia de las tesis de Fodor sobre la *modularidad* de algunos procesos de pensamiento. Esfuerzos posteriores para evidenciar coincidencias y escenarios posibles entre la antropología y la psicología (Sperber, 1985), están fundamentados a su vez en la investigación científica sobre la conducta cultural y las relaciones precisas que guarda con los aspectos bio-psico-físicos (Cornejo Valle, 2011).

Lo anterior no anula, en todo caso, el hecho de que el interés puntual en determinar los procesos subyacentes de la conducta cultural y las características de la organización del conocimiento en relación con el uso de su propia cultura, realizado por individuos concretos, es transversal a ambas perspectivas (la psicológica y la antropológica). Además, es altamente relevante, sin importar la fuente disciplinar de donde se extrae su inspiración, pues tanto para los modelos lingüísticos como para los estrictamente psicológicos, el interés en la vinculación entre cognición y cultura se mantiene.

En este orden de ideas, podemos afirmar que la antropología cognitiva estaría caracterizada, en principio, por la vinculación ontológica entre el pensamiento y la cultura. Más

exactamente, entre el equipamiento cognitivo común a toda la especie, adquirido a través del extenso proceso evolutivo dinamizado por la Ley de Selección Natural (Darwin, 1859; Tooby & Cosmides, 1992) y la variabilidad cultural, distintiva del Homo Sapiens en un grado equivalente al de las cualidades de su sistema cognitivo.

En otras palabras, se establece un intento serio por involucrar, en una relación co-extensiva, los procesos mentales y los sistemas de significados. Concepciones semejantes permiten al antropólogo Edwin Hutchins, argumentar que la cultura: “es un proceso cognitivo humano que tiene lugar tanto dentro como fuera de las mentes de las personas” (1995: 354). Con base en esta re-definición, la cultura es en parte un proceso cognitivo y la cognición es en parte un proceso cultural. Esta dialéctica se expresa bien, por ejemplo, en la manera como los diferentes niveles (teóricos) del *self* que se analizaron en el apartado anterior, guardan una pista muy valiosa para discernir las proporciones de influencia que, a medio camino entre procesos cognitivos y contenidos culturales (D’Andrade, 1981), configuran las distintas subjetividades.

Es necesario reconocer que existe, en el pasado de ambas sub-disciplinas (Psicología Cognitiva y Antropología Cognitiva), una grieta con respecto a los intereses de investigación particulares, la cual ha sido caracterizada a través del énfasis que la Psicología ha puesto en los *procesos* de conocimiento y la Antropología en los *contenidos* del conocimiento (Bender at, Al, 2009; Rosaldo, 2005).

Sin embargo, es preciso subrayar que existe también una propuesta esquemática a propósito de cómo realizar una integración científica fértil entre estas áreas, por medio de la

generación de un corpus teórico orientado a analizar y entender, desde una perspectiva compartida y contemporánea, los procesos culturales.

Este esquema, puntualizado por Bender, Hutchins y Medin (2009), consiste en:

- Derribar los cercados disciplinares a través del resurgimiento del interés por lo que “los otros” hacen.
- Reconocer el trabajo de esos otros a través de la intuición de un colegaje no concretado aún, que se fundamenta en el hecho de que los demás tienen cosas relevantes para ofrecer y en la apertura de perspectivas sobre los modos de aproximación a los fenómenos de la cognición, (v, gr, la experimentación controlada en laboratorios y la observación directa de los fenómenos en entornos naturales).
- Identificar objetivos y motivaciones comunes.
- Combinar aproximaciones complementarias a problemas similares.

Tomando este esquema como carta de navegación, una antropología cognitiva contemporánea debe considerar los avances teóricos y metodológicos a propósito del diseño o arquitectura de la mente. Es decir, inspeccionar la existencia de procesos mentales automáticos, eficientes y encapsulados (i.e, modularizados), la existencia de módulos como una consecuencia del diseño evolutivo de nuestro aparato mental, y la imposibilidad de pensar en la cultura sin resolver las cuestiones que se generan al tomar en cuenta las

características detalladas del equipamiento que está tras bastidores en las expresiones culturales.

Por otra parte, la investigación científica sobre la cognición humana no puede soslayar los resultados de la observación empírica verificable (Tomasello, 1999; Ingold, 2012; Dunbar, 2003) que sustenta que “los mundos material y social participan en la organización de los procesos cognitivos” (Bender, at, Al, 2009: 377-378), así como la conclusión general que de allí se desprende: [que] “la cultura afecta no sólo *qué* piensa la gente sino *cómo* lo piensa” (Bender, at, Al, 2009: 378. *Cursiva en el original*).

Es conocido que en principio no hubo un esfuerzo sostenido por dar cuenta del funcionamiento global de la mente en psicología cognitiva, sino que la atomización de varios modelos delimitó el escenario de la investigación durante un amplio lapso, hasta finales del siglo pasado. Es Jerry Fodor (1986) quien intenta caracterizar la mente globalmente, a través del planteamiento de dos modalidades de funcionamiento principales de las facultades mentales, una horizontal y una vertical. Esta división, aunque dinámica, guarda un aire de proximidad con las ideas de la frenología de Gall.

Esta última engloba las facultades de propósito específico y concretiza con anticipación la idea de módulo. Sin embargo, en nombre del rescate de la idea de la distinción entre facultades, se proponen las nociones de *módulos* y *sistemas centrales*. El esquema de funcionamiento que se describe para dar cuenta del procesamiento entre estas dos entidades, se compone del conjunto de los receptores sensoriales, que sirven como transductores de pautas energéticas, los módulos que aseguran la captación de la información, los sistemas centrales en los que se efectúan las operaciones de la conciencia,

-la atención y la memoria de trabajo-, y un conjunto de efectores cuya función es la estructuración de opciones de las que dependen los Sistemas de Acción, entre los cuales podemos contar, por ejemplo, los Patrones de Acción Fijos (PAF)¹³ (Llinás, 2003).

Para Fodor, los sistemas modulares son los sistemas perceptuales y el lenguaje. Esto, sin embargo, es un cruce categorial entre dos cosas muy distintas. Esta tesis acerca el lenguaje a la percepción, emparentando ambos fenómenos.

Luego, desde la perspectiva del sujeto consciente, no tiene sentido acceder a los interniveles de procesamiento, ya que los sistemas de integración como la Memoria de Trabajo o la Atención, son limitados y se saturarían con información irrelevante. El sistema corrige las inconstancias perceptivas, para manejarnos con la mejor información disponible. Como resultado, accedemos al output.

Fodor (1986) no se compromete, sin embargo, con la idea de que los sistemas modulares son estructuralmente autónomos, sino que plantea que pueden compartir recursos de procesamiento. Esto difiere de las características de las facultades verticales de la frenología, pues la restricción está en el tipo de información que cada sistema manipula, no en la autonomía de los recursos de procesamiento.

Este autor diferencia entre el encapsulamiento informativo y la autonomía computacional, con la salvedad de que ambos pueden compartir estructuras funcionales. Los sistemas de entrada perceptuales exhiben un funcionamiento modular, aunque esto no quiere decir que

¹³ Los Patrones de Acción Fijos consisten en “conjuntos de activaciones motoras automáticas y bien definidas, algo así como “citas magnéticas motoras”, que cuando se activan producen movimientos bien delimitados y coordinados” (Llinás, 2003: 155). Su relación con la dimensión psicológica está en que liberan al sí mismo del empleo de recursos cognitivos como la atención de manera innecesaria.

la percepción en general es modular. De hecho, se considera que la percepción en general es un proceso no encapsulado y cognitivamente penetrable, debido en parte al carácter de multimodalidad que los actos perceptivos requieren para consolidarse y fungir como organizadores de la experiencia¹⁴.

En los años 90's pueden rastrearse dos desarrollos adicionales respecto de la noción de módulo. Uno de ellos es el modelo de la "Epidemiología de las representaciones", elaborado por el antropólogo Dan Sperber. Allí se plantea que no existen discontinuidades realmente importantes entre los procesos perceptuales y los procesos conceptuales, aunque la direccionalidad en que ambos se realizan (Bottom/ Up_Top/ Down), difiera. Ciñéndose a la perspectiva de Fodor, los procesos perceptuales se realizan a partir de mecanismos especializados y, por lo tanto, no toman información de procesos de índole conceptual. Pero, ¿cómo entender entonces la plasticidad desde el interior de la perspectiva modular? (Sperber, 2002).

Un corolario necesario para ello es asumir que aquello que no es conocimiento adquirido, hace parte entonces del equipamiento que hace posible el conocimiento (Sperber, 2002). En este sentido, los procesos de integración conceptuales que se manifiestan en los patrones de conducta diversos a lo largo y ancho de los grupos humanos, puede estar vinculado con la modularidad de ciertos procesos de pensamiento.

¹⁴ La hipótesis de Sapir-Whorf en Antropología Lingüística conlleva el planteamiento de que la percepción es penetrable en relación con el procesamiento del lenguaje, hasta tal punto que la estructura de la lengua determina unidireccionalmente la percepción. Existe en la actualidad, no obstante, suficiente evidencia empírica para demostrar que dicha tesis es insostenible, puntualmente por el hecho de que confunde los niveles del procesamiento perceptivo con la lexicalización de lo que se percibe. (Véase, Kay et, al, 1991: Reynoso, *en prensa*).

Para demostrar lo anterior, Sperber (2002) propone como instancias necesarias, la construcción de la historia filogenética de los módulos (Tooby & Cosmides, 1992); las conexiones entre analizadores de entrada y controladores motores; y la existencia de un dispositivo inferencial que no se encuentre ligado a receptores sensoriales. Con base en esto, los módulos pueden apreciarse como respuestas a problemas específicos de orden ambiental, cuya configuración es un efecto de la relación funcional existente entre los niveles neurofisiológico, cognitivo y adaptativo (Tooby & Cosmides, 1992).

Percibir implica entonces una categorización de estímulos distales, que es posible en tanto quien percibe cuenta con un repertorio conceptual que permite dichas categorizaciones (Sperber, 2002)¹⁵. Al nivel de las representaciones, en este orden de ideas, los conceptos juegan en ellas el papel de las enzimas digestivas en los alimentos ingeridos, las cuales actúan sobre los alimentos dependiendo de su composición molecular (2002).

Es otras palabras, “[...] la presencia de conceptos específicos en una representación determina qué módulos se activarán y qué procesos inferenciales tendrán lugar” (Sperber, 2002: 85). Por lo tanto, el escenario ecológico de la cognición se estructura por medio de la competencia entre representaciones, ante las cuales el *buffer* atencional se encuentra en la obligación de orientarse por medio del establecimiento de relevancias, lo cual constituye un mecanismo adaptativo muy útil, tratándose de la interacción entre seres “[...] naturalmente productores, transmisores y consumidores de información.” (Sperber, 2002: 90).

¹⁵ Para ilustrar este punto, es preciso pensar en el modo de percepción de las cámaras digitales que cuentan con un dispositivo de reconocimiento de rostros humanos para disparar fotografías en función de la identificación de sonrisas. Probablemente, dicho modo de percepción se reduzca, en ausencia de conceptos, al reconocimiento de patrones (un modelo estadístico) basado en el contraste entre intensidades lumínicas o manchas.

En este sentido, se argumenta que hay otros tipos de módulos que desbordan la caracterización estrecha de Fodor. Los módulos de contenido o módulos conceptuales conservan el rasgo de la especificidad de dominio, pero no tanto la de encapsulamiento.

El psicólogo español Ángel Rivière, también ha elaborado una caracterización de la mente con pretensiones globales a través de una tipología de las funciones mentales. En ésta, los módulos no son todos necesariamente innatos, sino que corresponden con funciones cognitivas que pueden modularizarse durante la ontogénesis (Rivière, 2004), es decir que durante el desarrollo del organismo individual se termina su configuración, afirmación consistente con la evidencia disponible de que la arquitectura del cerebro es afectada por la organización de la experiencia de la trayectoria vital (Bender, et, Al, 2009).

Este debate conduce necesariamente al ámbito de investigación de la Teoría de la Mente¹⁶. Este se centra en los estados mentales, a través de las representaciones, las intenciones, los deseos, las creencias, etc., y constituye, desde nuestra perspectiva, un campo de indagación compartido entre la antropología cognitiva y la psicología cognitiva, en tanto los estados mentales **a)** no son directamente observables y por lo tanto deben ser inferidos; y, **b)** permiten predecir el comportamiento de los organismos a los que se atribuyen.

Desde la psicología del desarrollo se ha postulado que en los primeros meses de vida de un bebé humano, el interés por los estímulos provenientes de otros agentes es “automático”. Pero hacia el cuarto o quinto mes, el interés por los objetos aumenta y los adultos deben comenzar el desarrollo de actividades más sofisticadas para optimizar la interacción y continuar captando la atención de los bebés (Striano & Rochat, 2000). Este proceso ha sido

¹⁶ Sobre este particular, un desarrollo más detallado se lleva a cabo en el Capítulo 4 de esta tesis.

caracterizado como dos tipos diferenciables de intersubjetividad, a saber, intersubjetividad primaria y secundaria (Español, 2010b).

Este “salto” puede entenderse como una plataforma para el desarrollo de la semiosis, por medio de comportamientos y actividades más estructurados que apuntan a la configuración interna del universo emotivo de los individuos, por ejemplo, a través del comportamiento musical (Rincón Velásquez, *en preparación*).

El seguimiento de la mirada apunta a la intersubjetividad y se convierte en atención conjunta, la cual es el puente para pasar de la intersubjetividad primaria a la secundaria, puesto que establece los cimientos del intercambio de la experiencia, la cual comienza a compartirse por medio de formas incipientes de elaborar declaraciones e imperativos que amplían el universo interactivo del individuo (Español, 2007).

La asignación de Referencia Social Compartida, a partir de los 8 o 9 meses de edad, aproximadamente, advierte la actitud del otro con referencia a algo y, además, puede generar la modificación de la actitud del sujeto que percibe en relación con aquello que toma como referente. El principal vehículo para ello, es la expresión de estados emocionales en el rostro de la madre y los marcadores somáticos o actitudes corporales que se realizan con respecto al objeto determinado.

Como una de las formas sociales más tempranas, la Referencia Social Compartida probablemente funge también en el ámbito pre-lingüístico de transmisión de valoraciones culturales. En lo que queda de esta tesis, indagaremos la relación que guarda la Referencia Social Compartida con la implicancia corporal en el mundo social-material, para alcanzar fines colectivos y de estabilización cultural.

Una indagación como esta, satisface los criterios de comunicación interdisciplinar que hemos argumentado en el último apartado de este capítulo, en la medida en que al tratarse probablemente de una habilidad que muestra indicios de aparecer muy temprano en la ontogenia, tenga que datar de mucha antigüedad en la filogenia. Así, en este sentido, hacer parte de un conjunto de mecanismos anteriores a la aparición del lenguaje tanto ontogenética como filogenéticamente.

A partir de allí es posible fortalecer la reflexión teórica y la indagación empírica en torno a, como mínimo, los conjuntos estables de representaciones entre los miembros de una población (Boyer, 1995), el contenido y la organización de tales representaciones, las cualidades del almacenamiento y transmisión de esos contenidos y los agregados de presunciones tácitas que permiten tales intercambios, en un nivel de análisis que acoja los fenómenos culturales tomando distancia crítica del reduccionismo.

Por último, la consideración de que las cualidades del diseño mental que respalda la cultura y a su vez está recogido en ella, corresponden a respuestas proporcionadas a problemas adaptativos específicos en la escala filogenética de nuestra especie (Tooby & Cosmides, 1993; 1995; Sperber, 2012, Baumard, 2008; 2002; Boyer, 1995).

Respecto de la aproximación entre la antropología y la psicología cognitiva, escriben Dan Sperber y Nicolas Baumard:

“En la medida en que la antropología es sobre el ser humano a través del espacio y el tiempo, una perspectiva evolucionaria sobre los mecanismos psicológicos debería ser de una relevancia antropológica particular” (2012: 5).

CAPÍTULO 3: La Referencia Social Compartida (*Social Referencing*)

“Esbozaré la siguiente presunción: que las expresiones faciales de la emoción tienen además una función comunicativa, y que imparten información específica al observador. Así, la sugerencia resultante será que expresiones de miedo, tristeza y felicidad son reforzadores que modulan la probabilidad de que un comportamiento particular sea ejecutado en el futuro.”

La habilidad de Referencia Social Compartida (en adelante **RSC**), puede definirse como el proceso de utilizar la información o la información emotiva de otros a propósito de una situación determinada (Thompson & Emmons, 1996; Walden & Kagan, 1996). Este proceso es evidente en situaciones de emergencia y desastre.

La habilidad de Referencia Social Compartida (en adelante **RSC**), puede definirse como el proceso de utilizar la información o la información emotiva de otros a propósito de una situación determinada (Thompson & Emmons, 1996; Walden & Kagan, 1996). Este proceso es evidente en situaciones de emergencia y desastre.

Desde el punto de vista de la Psicología y la relevancia de la **RSC** con respecto al desarrollo, Feinman & Emmons (1983) caracterizaban tempranamente la figura del cuidador en el espectro sensorial de los infantes como el eje de la interacción diádica y, en consecuencia, como ámbito de especial interés el de la emergencia de lo que los autores denominan *efectos de segundo orden*, es decir, la presencia influyente de un tercer elemento en la interacción social. La diada ha sido conceptualizada de un modo tal que

deviene absoluta –tal vez el único *absoluto social*- en un fragmento de la experiencia vital humana, desde la gestación hasta aproximadamente la primera mitad del primer año, cuando emergen modalidades más amplias de interacción.

A través de la Referencia Social Compartida, el énfasis de la díada se presenta súbitamente como un espejo para el sí mismo. Y en ese reflejo se observa que en la transición, “además de ser *una base de seguridad*, un cuidador puede también servir como una *base de información*” (Feinman & Lewis, 1983). Partiendo desde puntos de vista teóricos particulares, los hallazgos científicos han sido considerados o bien como posibles expresiones de la necesidad fisiológica y emocional de los cuidadores (para utilizar su léxico, figuras de apego) (Walden & Ogan, 1988), o bien que en la fase transitiva de la interacción diádica los infantes se orientan funcionalmente a la búsqueda de información en las figuras de sus cuidadores (Feinman & Lewis, 1983; Gunnar & Stone, 1984).

A partir de evidencia empírica adyacente, otros grupos de investigadores e investigadoras han postulado que en lugar de una figura de apego, en la fase transitiva de la interacción diádica los infantes se orientan funcionalmente a la búsqueda de información en las figuras de sus cuidadores (Feinman & Lewis, 1983; Gunnar & Stone, 1984).

Antes de entrar en la descripción detallada de los hallazgos y tensiones entre las investigaciones, es pertinente señalar que en la actualidad hay consenso en cuanto a que un proceso con las características de la **RSC**, sugiere que desde muy temprano en la ontogenia, los seres humanos expresamos proclividad a la información proveniente de fuentes sociales (cfr. Tomasello, 1999), razón por la cual el estudio de la **RSC** no es equivalente al estudio

de la génesis de lo social (cfr. Baldwin & Moses, 1996), aunque sí de la ontogenia de las habilidades de cognición social¹⁷. Lo anterior nos sitúa en un escenario en el cual la naturaleza y el origen, constituyen dos nociones diferenciadas, cuando los criterios se aplican a la diferenciación entre el repertorio general de las habilidades cognitivas humanas.

En el diseño experimental característico de los estudios de **RSC**, los infantes son expuestos a una situación de ambigüedad suscitada por la presencia de un extraño o un objeto, a la cual responden orientando continuamente su mirada hacia los cuidadores. El factor que se anticipa en estas circunstancias, es que la conducta de los infantes cambiará en función de y en correspondencia con, los signos emocionales demostrados por sus cuidadores con respecto al elemento incluido en la interacción (Mumme et. al, 1996). En este diseño, la orientación continua de la mirada del infante hacia sus cuidadores, tiene una importancia crucial. La observación que ha sido usualmente realizada sobre este rasgo, es que el acto de mirar es una representación de que el infante *evalúa* el mensaje emocional de los cuidadores. En este sentido, representa también atención e interés, así como interpretación y comprensión de significados gestuales.

¹⁷ Siguiendo a Chris Frith (2008b) “Cognición Social” es un apelativo dirigido hacia el estudio del procesamiento de la información (que en definitiva subyace los procesos cognitivos), en situaciones configuradas socialmente, con base en la premisa de que tales procesos son relevantes para el desarrollo de la interacción social. El objetivo de la “Cognición Social” consiste en “proporcionar explicaciones basadas en mecanismos y orientadas a procesos sobre fenómenos sociales complejos” (Winkielman & Schooler, 2008. Citados en Frith, 2008b: 2033).

Algunos autores caracterizan la información relacionada con la **RSC** en tanto ella puede ser transmitida directamente al individuo, o puede ser adquirida indirectamente por parte del individuo a través de inferencias realizadas sobre las interpretaciones de los otros, a partir de sus respuestas o manifestaciones conductuales (Feinman & Lewis, 1983). Una parte importante de la investigación realizada sobre este particular, sugiere que niños de 10 meses de edad se involucran en la **RSC**. Por ejemplo, Feinman & Lewis (1983) muestran cómo los mensajes emocionales de sus madres influyen en la conducta de niños de esta edad con respecto a un extraño, concluyendo que cuando la madre despliega mensajes emocionales negativos, los niños tienen una conducta menos afable hacia el extraño.

Gunnar & Stone (1984) demostraron que niños de 12 y 13 meses de edad se inhiben de jugar con juguetes en referencia a los cuales sus madres han desplegado un mensaje emocional negativo. La hipótesis que estos estudios refuerzan es la de *búsqueda de la información*. Según esta, la **RSC** posee dos componentes conceptuales distintos; por un lado, la *búsqueda de información* por parte del niño y por el otro, el *uso* posterior de esa información para guiar su comportamiento (Hornik & Gunnar, 1988).

Sin embargo, surgieron interpretaciones alternativas de estos hallazgos que han suscitado una amplia discusión. La hipótesis de *modificación de estados anímicos (mood modification)*, es una de ellas. Esta sostiene que los sentimientos de los infantes expuestos a estas situaciones, pueden ser influenciados por otra persona a través de una suerte de contagio emocional o alteración del clima emocional de la situación, aunque el niño no conecte causalmente la información emotiva con el estímulo al que se refiere (Walden & Ogan, 1988). Es decir, que en la situación experimental donde la ambigüedad es causada

por la presencia de un extraño, por ejemplo, ante un mensaje positivo de parte de la madre, el estado de ánimo del niño se tornaría más favorable con respecto a ella y al extraño en lugar de que la información proveniente de la madre sea utilizada por el niño con respecto al extraño específicamente, como afirmaría la hipótesis de **RSC** (cfr. Feinman & Lewis, 1983).

La hipótesis de *imitación* por su parte, sostiene que los infantes durante el primer año de vida se restringen a imitar conductas modeladas por la madre. Esta hipótesis simplifica sustancialmente la **RSC** con respecto a la definición generalizada, pues suprime el componente de potencial constructivo del niño sobre la información contenida en los mensajes emocionales así como su interpretación del significado de los estímulos (Walden & Ogan, 1988).

Una cuarta alternativa es la que sugiere la hipótesis de *regulación-acoplamiento* (*attachment-regulation*). Esta es la más destacada entre las alternativas que contrastan con los planteamientos de la corriente principal de investigaciones, -sobre la *búsqueda de información* en la **RSC**-, así como la más vigente. Como veremos, la brecha entre estas dos posturas está vinculada al criterio de clasificación de los procesos del desarrollo humano en franjas etarias, habitual -por aplicar un apelativo informal al ámbito científico- en la psicología. Según la manera como se adscriban a este criterio, los investigadores pueden dividirse entre aquellos que sostienen que el proceso de **RSC** ocurre en el transcurso del primer año de vida (específicamente la segunda mitad de este), y quienes plantean que ocurre solamente durante el segundo año (*regulación-acoplamiento*).

Esta resulta una diferencia importante que ha dado lugar a la necesidad de cualificación de la **RSC** (i.e. cuáles son los requerimientos cognitivos y sociales necesarios para su surgimiento y consolidación) con el fin de comprenderla en toda su complejidad y amplitud.

En torno a este problema de *cuándo* surge en la ontogenia el proceso de **RS**, surgieron las divergencias sobre si los infantes realmente “buscan la información” en la segunda mitad del primer año de vida, o si este puede ser una atribución interpretativa (Atkins, 2000). La corriente principal de investigaciones ha estado de acuerdo en que la información social es buscada por el individuo (Feinman & Lewis, 1983; Walden & Ogan, 1988; Stenberg, 2003; Rogoff, 2003; Striano & Rochat, 2000).

Sin embargo, los partidarios de la explicación que sugiere la *regulación-acoplamiento*, dudan de que pueda “buscarse información” tan tempranamente, sobre la base de que para ello es necesario poder discriminar entre un estado de ignorancia con respecto al *self* y uno de conocimiento con respecto a los otros. En este sentido, se plantea entonces que la búsqueda de información en fuentes sociales solamente comienza a emerger durante el segundo año de vida debido a la limitación que supone la adquisición de un concepto de sí mismo (*self*) por parte del infante y de los otros como “depósitos de conocimiento e información” (Baldwin & Moses, 1996: 1916), sin el cual no se puede lograr tal diferenciación. En otras palabras, la consolidación del *self minimal* (Bloch, 2011).

Antes de ello, argumentan Baldwin & Moses, las conductas sociales de afinidad temprana que han sido identificadas y rotuladas por otros investigadores como **RSC**, se explicarían

como procesos de *regulación-acoplamiento* (*attachment-regulation*). Algunos ejemplos precisos de ello, serían: la conservación de la proximidad, compartir el afecto o buscar el confort ante una situación atemorizante (Baldwin & Moses, 1996).

Estos autores sugieren entonces, que es preciso examinar con cuidado los procedimientos de estimación de los datos en los estudios de **RSC**, pues los criterios de *búsqueda de la información* y *regulación-acoplamiento* tienen focos distintos con respecto a la interpretación del comportamiento de la mirada en los niños. Precisamente porque “mirar a una persona, especialmente durante circunstancias de ambigüedad, puede ser interpretado en términos de búsqueda de proximidad así como de búsqueda de información” (Stenberg, 2003: 400).

Aunque no pretendemos aquí hacer una reconstrucción de todos los estudios que abordan esta problemática, sí cabe anotar que para desenredar la relación entre *búsqueda de la información* y *regulación-acoplamiento*, es necesario precisar que la hipótesis de *búsqueda de la información* supone que una situación de ambigüedad que no pueda ser resuelta por sus propios medios, propiciará en los niños un proceso de evaluación secundario (Walden & Ogan, 1988), expresado en la orientación de su mirada hacia otro considerado potencialmente como una fuente información (Stenberg, 2003).

En contraste, según los autores que defienden la hipótesis de *búsqueda de la información*, la hipótesis de *regulación-acoplamiento* presupone que los niños orientarán su mirada hacia su cuidador exclusivamente, sino al menos hacia alguien lo suficientemente cercano como para ser considerado una “base de seguridad” (Feinman & Lewis, 1993: 878). Un estudio

experimental llevado a cabo por Stenberg (2003) obtuvo resultados coherentes con la *búsqueda de información*. Encontró que infantes de 10 meses de edad ante la falta de atención de sus madres en una situación de ambigüedad, recurrieron a otra persona presente, en este caso, el experimentador. Este hallazgo permite afirmar no sólo la hipótesis principal, sino también que ésta constituye efectivamente una estrategia alternativa que los niños están en capacidad de utilizar para orientarse, con respecto a un conjunto general de personas (Stenberg, 2003), es decir, un proceso de evaluación secundario.

Sin embargo, casi una década antes del estudio de Stenberg, Baldwin & Moses (1996) ya habían tomado en cuenta la presunción que sus detractores adjudicaban a las explicaciones de *regulación-acoplamiento*. En respuesta a las críticas, Baldwin & Moses argumentaron en su momento que sus análisis no afirmaban que la orientación de la mirada por parte de los niños en búsqueda de confort, proximidad o afecto, se realizara exclusivamente hacia sus cuidadores, figuras de *attachment* o bases de seguridad. En lugar de ello, -escriben-, sus afirmaciones señalan “cómo un infante puede usar esa primera relación como fundacional para *todas* las relaciones” (Baldwin & Moses, 1996; 1928. Cursiva en el original), construyendo, a partir de esa primera relación con sus cuidadores, un modelo interno sobre cómo son los otros y cómo es probable que se relacionen con él. Entonces, las interacciones con los cuidadores subyacen las expectativas que el niño forja sobre las demás personas.

No obstante, la interpretación de *regulación-acoplamiento* sobre las conductas de la mirada de los niños en los experimentos clásicos cuyo objetivo es el estudio de la **RSC**, parece definitivamente no ser la más indicada. En un estudio más reciente, Stenberg & Hagekull (2007) demuestran cómo esta explicación, si bien ofrece un grado mayor de parsimonia en

la interpretación de los datos, por esa misma razón comprime demasiado el repertorio de habilidades cognitivas sobre el involucramiento en actividades de carácter social que un niño ha podido desarrollar al final del primer año de vida.

La pregunta que este estudio se propuso resolver, -en pruebas realizadas con niños de 12 meses de edad-, para discriminar cuál de las dos interpretaciones (*regulación-acoplamiento* o *búsqueda de la información*) se ajusta mejor a los datos, en realidad arrojó más cuestionamientos que respuestas. Tal pregunta fue formulada por las autoras como “¿prefieren los niños mirar hacia una figura de apego o hacia otra persona que ofrece información en una situación ambigua?” (Stenberg & Hagekull, 2007: 112).

Su reporte resulta muy interesante para el propósito exegético nuestro, porque para estas autoras ninguna de las dos hipótesis contrastadas en principio ofrece por sí sola una interpretación consistente. De este modo, alientan una apertura de las posibilidades de interpretación y argumentan que los procesos cognitivos implicados en una situación de **RSC** son diversos.

Por ejemplo, la recurrencia en el índice de miradas orientadas por los infantes hacia el experimentador puede ser resultado de su interés por las cosas nuevas (y no necesariamente una búsqueda intencional de información); de una suerte de *aprendizaje por asociación* (debido a que, en su experimento, la manipulación del juguete sobre el cual se aplicaría un gesto de referencia positivo o negativo, fue realizada desde el principio por el experimentador); de lo que se denomina una “perspectiva de experto”, según la cual el grado de sofisticación de las inferencias realizadas por el niño alcanza el nivel de vincular

significativamente al experimentador como alguien que “está a cargo” de la situación en el laboratorio (por el hecho de haber llegado hasta allí con su madre, haber recibido indicaciones sobre dónde acomodarse, etc.) y por ende de una consideración del potencial de conocimiento o ignorancia de los otros con respecto a situaciones específicas (Stenberg & Hagekull, 2007).

En un experimento realizado por investigadores de la Universidad de Cornell (Redes, 2011), que tenía como objetivo evaluar la influencia que ejerce sobre un grupo de adultos una situación en la cual es preciso confrontar la opinión de un experto, se lograron resultados abrumadores con respecto a la generalizada actitud de silencio por parte de los sujetos a pesar de poseer evidencia contundente para confrontar la opinión experta. En este caso, se sirvieron tres copas de vino, dos de las cuales contenían en su interior gotas de vinagre que los experimentadores deliberadamente dispusieron allí.

En presencia de un experto, -para el caso un presunto enólogo veterano-, un porcentaje nulo de personas ejerció la confrontación con respecto a la descripción que el experto hacía de la bebida en contraste con el sabor acre del vino alterado que ellos tenían en sus copas (Redes, 2011). La conclusión obtenida apoya la perspectiva de que los sujetos preferimos sumarnos a una opinión compartida con otros, antes que ejercer por cuenta propia una disidencia marcada y que esta situación se ve reforzada en presencia de un experto. En todo caso, aunque estos resultados no pueden ser extrapolados directamente a los estudios de **RSC**, son ilustrativos del campo de estudios denominado *perspectiva de experto*, al que Stenberg & Hagekull (2007) hacen referencia.

Un criterio importante relacionado con lo anterior, es la selectividad en la **RSC** continuando con el énfasis en el comportamiento de la mirada. Si la información es buscada por el individuo implicado en **RSC** o si ésta es producto, en su origen, de un acoplamiento emocional previo hacia una figura de apego, admite la pregunta sobre una instancia de intencionalidad en la estrategia aplicada para solventar las condiciones de ambigüedad, en relación con el incremento en las competencias sociales de los niños durante el primer año de vida.

La mirada mutua de la madre con su bebé recién nacido, y que los adultos en general empleamos cuando nos relacionamos con bebés, es de carácter diádico aunque se realice en contextos sociales (es decir, hay una preferencia por parte de los neonatos por los rasgos característicos de los rostros humanos antes que por los objetos) (Frith, 2007/2008a; Tomasello, 2007; Meltzoff & Gopnick 1993). Según algunas interpretaciones, este conjunto de prácticas orientadas a los bebés, constituye una modificación de los signos de expresión de afinidad o interés utilizados entre adultos, pero exagerados y “ritualizados” cuando son empleados con bebés (Dissanayake, 2011). Sin embargo, hacia el final del primer año el comportamiento de la mirada deviene cada vez más referencial o coordinado entre las personas y los objetos (Striano & Rochat, 2000).

El contraste entre estos dos “momentos” de la mirada conlleva el problema de si el seguimiento de la mirada de los otros obedece a una sofisticación de la preferencia estimular por los rasgos característicos de los rostros humanos y no necesariamente una comprensión de la naturaleza intencional de la mirada de los otros, o efectivamente una comprensión intencional de este tipo. En otras palabras, las hipótesis de *búsqueda de la*

información y regulación-acoplamiento siguen en pie. Según Tomasello (2007) saber con certeza hacia dónde está mirando otra persona siguiendo la orientación de sus ojos y no necesariamente la de su cabeza, es un rasgo evolutivo muy importante para una especie que se desenvuelve en un contexto social cooperativo. El tener una gran zona de color blanco en los ojos que contrasta con las tonalidades más oscuras del iris, optimiza su seguimiento y es el inicio de las correlaciones previas a la adquisición del lenguaje entre niños y adultos (Tomasello, 2007).

Sin embargo, respecto de la **RSC** esta conducta de seguimiento de la mirada al parecer no puede ser interpretada solamente a la luz de la preferencia estimular por los rasgos de los rostros humanos. En un estudio realizado para develar si hay un entendimiento de la naturaleza intencional de la mirada de los adultos por parte de infantes entre 7 y 10 meses de edad, Striano & Rochat (2000) encontraron que estos dieron muestras de selectividad en la **RSC** en función de la identificación de atención (o intención) de los otros hacia ellos o la falta de ella.

Es decir, que los infantes refieren a los otros sobre la base del estado atencional de estos con respecto a ellos, lo cual obedece a un estado voluntario, intencional por parte de los adultos que orientan su mirada hacia los niños en unos casos, o hacia cualquier lugar del laboratorio, en otros. En este sentido, el índice de miradas por parte de los niños es más alto cuando identifican un estado atencional hacia ellos por parte del adulto y disminuye en los otros casos.

Sin embargo, otros estudios se han preguntado por la sensibilidad de estas conductas a la especificidad de los contextos y han intentado concentrarse en la comparación de índices que permitan establecer generalidades trans-contextuales, así como identificar qué aspectos de la conducta son enteramente susceptibles de cambiar en relación con el lugar en que se desarrolla la acción de **RSC**.

A continuación, presentamos un cuadro comparativo/sintético en el cual se encuentran plasmadas las hipótesis principales que se ponen a prueba históricamente en los estudios experimentales sobre **RSC**, relacionando entre sí los presupuestos en que cada una fundamenta sus hallazgos y las implicaciones que estos tienen en relación con los objetivos propuestos en esta tesis.

HIPÓTESIS	POSTULADO PRINCIPAL	IMPLICACIÓN
I. Búsqueda de la información	Los individuos buscan la información.	Diferenciación entre <i>self</i> y otro como fuente de información.
II. Modificación de Estados Anímicos	Hay un “contagio” emocional.	No hay conexión de información emotiva con estímulos específicos, por parte del individuo.
III. Imitación	Imitación de conductas modeladas por el adulto.	Se suprime el componente constructivo y el del significado.
IV. Regulación - Acoplamiento	Búsqueda de proximidad o confort.	Constituye la conducta fundacional para <i>todas</i> las relaciones.

Tabla 1. Síntesis de hipótesis y postulados sobre Referencia Social Compartida. Fuente: Autor.

3.1 Significado y contexto en la Referencia Social Compartida: Potencial etnográfico.

De acuerdo con los estudios consultados, el período de edad regular que se indica para la emergencia y el desarrollo del proceso de **RSC** es el comprendido entre los 6 meses y los 2 años de edad. Walden & Baxter (1989) emprendieron un estudio sobre los efectos de la edad y el contexto en la **RSC** partiendo de las bases sentadas por estudios anteriores como los mencionados sobre la ambigüedad generada en una situación de interacción por parte de un extraño y los mensajes positivos o negativos en referencia a grupos de juguetes. Además, del hecho comprobable de que la regulación del comportamiento en la **RSC** no ha sido evidenciado consistentemente antes de finalizar el primer año de vida (Walden & Baxter, 1989).

Por otra parte, que al parecer no hay evidencia disponible de que la información que se toma en cuenta en la **RSC** por parte de los infantes, refiera una comprensión sobre las cualidades de la persona que reviste determinado objeto con un contenido emocional (por ejemplo a partir de una fobia), sino sobre propiedades del objeto mismo (Frith, 2008b). Cabe señalar que una característica transversal a los estudios considerados clásicos en este ámbito, es su realización en circunstancias exhaustivamente controladas, es decir, en situaciones de laboratorio.

En efecto, hallazgos comparados de estudios llevados a cabo en condiciones de laboratorio, en guarderías y hogares, arrojaron como resultado general que el comportamiento es susceptible de variar en función del contexto. Así, a causa de la falta de conocimiento sobre el modo en que los procesos de interés para los estudios experimentales a propósito de la

RSC, están influenciados por las condiciones contextuales, se tiene una pobre comprensión de los procesos sociales (Graziano, 1987; McGuire, 1983; Meehl, 1978. Citados en: Walden & Baxter, 1989). Un intento de trascender esta limitación debe partir del presupuesto de que, “los procesos socio-cognitivos operan sólo como una parte de un gran complejo conductual que está involucrado en una matriz de relaciones interpersonales” (Walden & Baxter, 1989: 1517).

De este modo se inserta el problema del significado en la conducta no verbal, expresado en el tránsito compartido de un significado a otro (daño potencial, benevolencia de objetos o terceras personas) en una situación comunicativa, prescindiendo del lenguaje articulado como sistema de signos y vehículo conductor. La necesidad de un medio a través del cual conectar coordinadamente las ideas de los individuos que se encuentran implicados, -manifiesta en los esfuerzos *comunes* descritos en los experimentos sobre **RSC**-, cuestiona la atribución de búsqueda de la información a sólo una de las dos partes, puesto que el entendimiento resulta de un proceso coordinado, compuesto por ajustes llevados a cabo por cada una de las perspectivas individuales que interactúan con sincronía.

En este orden de ideas, se sostiene que la **RSC** no es un proceso aislado y que los aspectos de orden cognitivo que la componen son diversos, de modo que un posible desafío consiste en especificar cómo estos aspectos están relacionados con elementos contextuales referentes a los entornos físicos e interpersonales, así como su inclusión significativa en las teorías del comportamiento (Walden & Baxter, 1989). Hasta el día de hoy, no tenemos noticia de que la relación entre el contexto, las prácticas específicas de la mirada (*rendering*) y los mecanismos cognitivos necesarios que se ponen en marcha para dar lugar

a la **RSC**, haya sido objeto de indagación antropológica¹⁸. No obstante, si bien dentro de los límites de esta tesis no está contemplado avanzar en esta dirección –que esperará su lugar para ser desarrollada en el marco de otra investigación-, a continuación presentamos algunas observaciones etnográficas pertinentes, que pueden abrir la perspectiva para investigaciones subsiguientes sobre este particular.

En Abaluya, Kenia, es usual que los padres se refieran a la crianza de sus hijos no en términos diádicos, sino más bien relativos a la interdependencia social, el orgullo la obediencia, las distancias generacionales o el respeto, todos elementos que tienen un alto valor para el grupo social y que constituyen “tareas adaptativas para las familias” (Weisner, 1997: 179) en su propio nicho ecocultural. Esta situación deviene de interés antropológico sobre la **RSC** por el hecho de que ayuda a señalar, por un lado, que a través de un modelo cultural de crianza socialmente distribuida, es posible inferir vinculaciones emocionales de una intensidad comparable, por parte de los infantes, con respecto a individuos diferentes a sus figuras de *attachment*. Por otro lado, que la definición de quién es un extraño y quien no lo es puede variar en función de “las circunstancias ecoculturales del cuidado infantil” (Weisner, 1997).

¹⁸ La indagación antropológica sobre los patrones de direccionamiento de la mirada (*child rearing*) en adultos e infantes, tradicionalmente se ha ocupado de establecer el tipo de relación que guardan con la estructura social más amplia, basada en los valores socialmente establecidos y los tipos de personalidad modal dentro de complejos culturales (Hsu, 1972; Weisner & Pope, 2001). Cabe aclarar que este tipo de análisis (como muchos otros en Ciencias Sociales y Humanas) presuponen una distribución normal entre las poblaciones. De ello se desprende que en un estado de cosas ordenado por el azar, incluso las desviaciones tienden a estar estandarizadas y separadas por unos pocos órdenes de magnitud de las modas. (Para un revisión crítica sobre la estadística convencional aplicada a problemas sociales y sus impresionantes desatinos, véase: Reynoso, 2012a;2011; 2008)

En este sentido es preciso anotar que

“es un precepto fundamental de la antropología que las formas culturales pasan de una generación a la siguiente a través de la agencia, la enseñanza y el modelado, tanto directa como indirectamente. [...] -ciertas rutinas parentales crean las condiciones para ciertas experiencias de la infancia que dan forma a las identidades colectivas e individuales y que identifican la predominancia de las prácticas culturales con su propia reproducción.” (Hirschfeld, 2002: 615)

En la Costa Pacífica de Colombia, en las inmediaciones de los límites geográficos entre los departamentos del Valle del Cauca y el Chocó, se ubica el margen de costa conocido con el nombre de *La Barra*. Allí, yo mismo observé que las madres intercambian miradas con sus hijos o hijas mientras juegan en la playa al final de la tarde, cuando “la marea está baja.” Esta última es la expresión nativa para significar que el mar se retrae unos cincuenta o setenta metros en las últimas horas del día y en relación con determinadas fases lunares, descubriendo una porción más amplia de playa durante varias horas. Es usual que los niños y niñas locales jueguen allí en ese momento, cerca del mar pero lejos de sus casas. Las madres, que a esa altura del día adelantan tareas domésticas como el lavado de ropas, o colaboran en grupo para organizar las viviendas, avistan a sus hijos pequeños a los lejos, intercambiando miradas con ellos y ellas. La frecuencia de estos encuentros visuales es persistente, pues el sol está cayendo y además a esa distancia la emisión de un grito no es efectiva y el desplazamiento hasta allí tardaría más que lo que necesita el mar para arrastrar el cuerpo de un pequeño o pequeña de tres años, por ejemplo. Giovanni, sentado con las dos piernas esparcidas sobre la arena, mira hacia donde está su madre, ella y su abuela

observan desde lejos y continúan con su trabajo. “Yo no comprendo muy bien”, -apunta una etnógrafa-, “esa soltura de las mujeres con respecto a un niño de tres años en el mar” (Rincón Velásquez, *en preparación*).

Ahora señalo tal situación como un ejercicio de control conductual -comunicativo- a través de la mirada. Y la soltura de ánimos a la que se refiere quien observa, como una realización de la **RSC** en un contexto ecocultural específico: “la marea” no es peligrosa en referencia a su madre y esto Giovanni lo *advier*te bien.

Entre los Kafir de Sudáfrica, hace un buen tiempo que se han realizado observaciones etnográficas (Kidd, 1906) de que, no obstante las tentativas de los adultos por ilustrar la sensación de dolor a su niños o niñas, ésta sólo es comprendida por ellos como una sensación que tiene causas internas, en un estadio avanzado de pubertad.

Kidd, relata cómo un niño Kafir de un poco más de un año de edad se encontraba sentado al lado de una vasija que había sido retirada del fuego hacía poco tiempo. Según el autor, que se encontraba presenciando la escena en la misma habitación con la madre del niño, la temperatura de la vasija era suficiente para causar dolor si se la tocaba, pero no tan alta como para quemar la piel. El niño tocó la taza con su mano de manera accidental, pero contrario a lo que etnógrafo imaginó, no expresó ningún signo visible de dolor sino más bien sorpresa, lo que lo llevó a tocar la taza una vez más, retirando la mano en una acción refleja natural. La tercera vez, el niño lo hizo solamente con su dedo,

“deliberadamente [...] haciendo presión con su dedo contra la tapa de la vasija. Transcurrió un corto período mientras las corrientes nerviosas viajaban hasta el cerebro y se ordenaban en aquella oscura habitación, y entonces el bebé emitió un gemido lastimero y fue alcanzado por su madre quien lo removió de la zona de peligro.” (Kidd, 1906: 61)

Como anota la antropóloga Barbara Rogoff, los infantes y sus madres –en situaciones etnográfica diversas- suelen desenvolverse en las mismas agendas, interpretar activamente y definir las situaciones, las actividades y los rumbos que éstas han de tomar (Rogoff, 2003). Con respecto a la **RSC**, las habilidades y procesos que es necesario desplegar para que tenga lugar, constituyen “un modo muy poderoso para ganar y *dar*¹⁹ información” (Rogoff, 2003: 286. La cursiva es nuestra).

No obstante, en la línea argumentativa de la misma autora el carácter *dado* de la información que el infante es capaz de proveer (y que en última instancia es el rasgo observable de las experimentaciones) no se reconoce en el mismo nivel de importancia que el carácter *obtenido* de la información.

Por otra parte, cuando Rogoff dispone la evidencia transcultural con la que sustenta la universalidad de la **RSC** no reconoce límites analíticos entre las distintas hipótesis que han surgido en el marco de la experimentación y componen la literatura sobre el tema (ver tabla 1 en este capítulo), incurriendo así en una mezcla deliberada de lo que subyace, a nivel

¹⁹ En este sentido, surge la pregunta sobre la alternancia entre “dar” información y “buscarla” en el contexto de la **RSC**, con contraste con las hipótesis dominantes sobre los mecanismos que la auscultan.

cognitivo, a la **RSC**. Vale la pena, con fines demostrativos, reproducir todo el párrafo al que nos referimos:

Desde el primer año, los infantes buscan información en la interacción social, intentando obtener información en la dirección en que sus cuidadores miran y señalan. Parecen usar también los contornos de la entonación así como la temporalidad y el tono emocional para comprender lo esencial del mensaje de sus cuidadores (Butterworth, 1987; Fernald, 1988; Papousek, Papousek, & Bornstein, 1985; Scaife & Bruner, 1975; Trevarthen & Hubley, 1978). Los padres que llevan a sus niños a recibir una inyección comunican aprehensión a sus infantes con facilidad a través de su expresión facial y su tensión; sin saber qué es lo que está por pasar, los infantes pueden decir que se trata de una situación temible. La comunicación emocional entre padres e infantes es un modo muy extendido de *regular los estados anímicos* de estos últimos; madres Griegas, Alemanas, Trobriandesas, Yanomamo, Japonesas y Estadounidenses que muestran expresiones de felicidad “infectan” a los bebés con estados anímicos felices (Keating, 1994). (Rogoff, 2003: 286. La cursiva y la traducción, son nuestras).

La importancia de lo localizado, para el caso de la indagación etnográfica, no radica en resaltar los presupuestos del relativismo cultural, (un compromiso teórico) sino en comprender las formas de participación y los tipos de actividades significativas que no pueden encontrarse sino en el intento de integración con una cotidianidad, con un conjunto de rutinas organizadas culturalmente (un compromiso ético y procedimental).

3.2 La acción significativa y la intersubjetividad secundaria.

Rochat (2001), basándose en la revisión de Bertenthal & Campos (1990), sugiere que en correlación con el desarrollo de la locomoción independiente avanza también el desarrollo de la **RSC**, exteriorizada a través de la consideración por parte del bebé de las expresiones faciales de sus cuidadores antes de intentar algo potencialmente arriesgado por su propia cuenta, a través de su propio cuerpo.

Argumenta también que el desarrollo estructural en la primera infancia se encuentra correlacionado en un margen muy estrecho con el desarrollo funcional. Esta profunda correlación se expresa a través de la modulación creciente de las interacciones (v.gr el contacto ocular o la sonrisa) entre el adulto y el bebé, a medida que en este último se acrecienta la capacidad de sostener erguida la cabeza (Rochat, 2001).

Este crecimiento en dos niveles relacionados entre sí, a saber el físico y el psicológico, deviene en un recurso cognitivamente eficaz para los infantes, permitiéndoles evaluar cursos de acción caracterizados por un desconocimiento situacional, sirviéndose de las expresiones y reacciones de los otros como indicadores certeros.

Esta capacidad interpretativa, cuyas manifestaciones concretas han sido descritas en los apartados precedentes, ha sido conceptualizada en el vocabulario teórico como *Intersubjetividad Secundaria* (Rochat, 2001). Esta se define como “la atención hacia el mundo objetivo no sólo desde un punto de vista absorto en el sí mismo, sino más bien en conjunción con otros” (Rochat, 2001: 155). En otras palabras, “un sentido de experiencia

compartida con otros en referencia a una tercera parte (un objeto, otra persona o un evento en el ambiente)” (Rochat, 2001: 155).

La **RSC** se postula de este modo situada entre los límites de la intersubjetividad secundaria y, por definición, como parte del conjunto de procesos que configuran la base del desarrollo de habilidades comunicativas específicamente humanas, centradas en el uso de sistemas de signos y en la competencia simbólica.

Desde una perspectiva semiótica, la existencia de un interpretante es posible sí y sólo sí hay un disparador de la interpretación. En términos de Charles Sanders Peirce, a través de la existencia de un percepto es posible dar origen a un *percipium*. Este último, de índole cognitivo constituye un juicio perceptivo que articula dos elementos en una misma unidad.

Estos dos elementos son, a saber, un percepto identificado con el carácter objetivo de las regularidades que los sentidos captan y un juicio perceptivo identificado con una imagen conformada subjetivamente sobre el percepto, que incluye el signo, en la medida en que el proceso a través del cual es posible conformar una imagen subjetiva a partir de una entidad objetiva deviene una interpretación. De allí que la relación entre un objeto y un sujeto como unidad de análisis incluya un tercer elemento, el signo, que convierte los términos de la relación en *percepto, signo e interpretante*. (Peirce, 1935)

Resulta importante anotar que previamente a la emergencia de la intersubjetividad secundaria, se presume un tipo de intersubjetividad denominada primaria, cuya diferencia estriba en el hecho de que los bebés interactúan con objetos y adultos pero en términos

estrictos de díada, nunca simultáneamente. El salto de la intersubjetividad primaria a la secundaria –denominado por algunos como “la revolución de los nueve meses” (Tomasello & Rakoczy, 2003; Rochat, 2001; Rodríguez, 2007)- se ha caracterizado en relación con la emergencia de un tipo de interacción más sofisticado que incluye a los objetos y los adultos: el uso de los objetos como referencia compartida (socialmente).

No obstante, esta argumentación soslaya el hecho de que los adultos actuamos siempre tríadicamente, observación que amplía inmediatamente el foco de la indagación de la investigación sobre el desarrollo cognitivo temprano, como resalta Rodríguez Garrido (2012) desde la creciente sintonía manifiesta en los bebés hacia “cómo la sutil transferencia de intenciones, significados e instrumentos semióticos tiene lugar entre el adulto y el infante a través de lo que el adulto “trae” del mundo para el bebé” (Rodríguez, 2007; 2012).

Desde una perspectiva evolucionaria se destaca la ventaja de la capacidad interpretativa infantil, en términos de que entender e interpretar la perspectiva de los cuidadores permite predecir las propias acciones futuras y orientarlas hacia la demanda de atención y cuidado. En otras palabras, es ventajoso estar bien sintonizado con las conductas socialmente aceptables para elicitación de cuidado por parte de los cuidadores e inclusive un grupo más amplio de participantes, para lo cual es necesario dejar atrás la interacción diádica (Hrdy, 2009. Citada en Jenson, 2011).

Desde una perspectiva semiótica, se insiste en el valor de la guía ofertada por los adultos en el proceso de “dejar atrás” la interacción exclusivamente diádica, promoviendo ellos mismos la interacción a través de los objetos para propiciar la referencia socialmente

compartida y transmitir no sólo referencias aisladas sobre entidades objetivas desprovistas de contexto y uso, sino también las convenciones sobre esas entidades y las interpretaciones o juicios perceptivos a través de los cuales la manipulación adquiere un valor comunicativo (Rodríguez & Moro, 2002).

Ambas perspectivas se encuentran más cerca de lo que a simple vista pareciera si se las considera imbricadas, en lugar de yuxtapuestas. La re-orientación propuesta por Rodríguez sólo es posible si se asume que efectivamente el desarrollo del dominio de sistemas de signos como el lenguaje articulado, es posible para los bebés humanos por el hecho de que antes se comprenden y comparten significados sobre otros signos no lingüísticos o prelingüísticos. Lo que los adultos “traen” del mundo para los bebés es entonces un conjunto etnográfico que, desde el punto de vista de la prospección presenta -como tratamos de mostrar en apartados anteriores-, variaciones significativas (Lévi-Strauss, 1964).

Estas variaciones pueden definirse como residuos de la cultura, en tanto “proceso adaptativo que acumula soluciones parciales para problemas que se encuentran frecuentemente” (Hutchins, 1995; 354) y que ocurre dentro y entre las mentes de los seres humanos, como un proceso cognitivo a través del cual se efectúan nuestras actividades cotidianas (Hutchins, 1995), y devienen acciones significativas. (Reynoso, *en prensa*).

CAPÍTULO 4: La habilidad de Referencia Social Compartida (RSC) como Campo Integrador.

“[...]”sociali- zation” (by definition) requires interaction, usually of two or more organisms. From this it follows that, whatever goes on below the surface, inside the organisms where we cannot see it, there must be a large part of that “iceberg” showing above surface.

La Unidad de Ar- conocimiento, es sobre este objet- principio (Díaz- hemos delimitad-

o largo de esta tesis ha sido construida en calidad de objeto de le Referencia Social Compartida (**RSC**). Como cabe esperar, iento sospechamos un cierto grado de unicidad desde el presado a través del contenido de las cuatro hipótesis que los estudios revisados, en el capítulo precedente.

Cada una de esta (Bateson, 1975: 146. *Cursiva en el original*) *úsqueda de Información; Modificación de Estados Anímicos; Imitación; Regul- niento*) es descriptiva de la unidad de análisis, puesto que de un modo transversal a todas ellas, hemos identificado un tipo de información que las define. Este consiste en el presupuesto de que en la base de la **RSC**, se encuentra la atención conjunta entre los actuantes implicados. Administrando distintos diseños metodológicos de la investigación experimental, los estudios revisados confluyen en la misma forma de interpretación sobre el componente que sostiene el desarrollo y la consolidación de la **RSC** en la ontogénesis.

Por atención conjunta se concibe regularmente el conjunto completo de las interacciones triádicas y las habilidades sociales necesarias para efectuarlas, cuya influencia en la relación con el entorno por parte de los individuos, es revolucionaria en la ontogénesis. Esto se debe a que implica por vez primera el entendimiento implícito de que los otros son no sólo entidades discretas y diferenciadas, sino también agentes capaces de actividad intencional (Tomasello, 1999).

No obstante, es difícil derivar de los estudios consultados que comparten el presupuesto de que la atención conjunta constituye el mecanismo base de la **RSC**, 1) qué es un mecanismo; 2) cómo se articula el funcionamiento psicológico individual con el proceso intersubjetivo de la atención conjunta; y 3) si las explicaciones ofrecidas efectivamente dan cuenta de la amplitud del fenómeno que se aspira a explicar.

En consecuencia, en este capítulo haremos los aportes de orden conceptual que se han mostrado en los apartados precedentes del trabajo (capítulos 1, 2 y 3) y algunos que serán introducidos a lo largo de este capítulo, para postular y sostener que *la habilidad de Referencia Social Compartida constituye un campo integrador y de síntesis que se inscribe en un encuadre naturalista más general, aproximación según la cual la conducta que se expresa en los diseños experimentales, puede ser explicada con base en disposiciones psicológicas y su correlato en la acción de los individuos.*

Sin embargo, las disposiciones psicológicas no son necesariamente definidas en este trabajo como la ejecución de cómputos racionales descorporeizados, ni la acción de los individuos

como la interiorización/exteriorización de normas culturales en ausencia de procesamiento de tipo *top-down* (Heft, 2013).

Ampliaremos, para sustentar esto, el espectro de las definiciones y las posibilidades de exploración conceptual que surgen en un escenario colaborativo como del de las Ciencias Cognitivas, de cara a la inclusión de aspectos del desempeño humano, -considerándose enclavado en la cultura y la sociedad aunque no totalmente determinado por ellas.

4.1 Elementos e Hipótesis sobre la RSC

4.1.1 Búsqueda de Información

Sobre los avances relacionados con la línea de experimentación e interpretación dominante sobre la **RSC**, que se basa en la *Hipótesis de Búsqueda de la Información* (Gunnar & Stone, 1984; Hornik & Gunnar, 1988), es posible orientar una crítica. Consiste en que las conclusiones derivadas de esta línea, soslayan la dificultad que comporta contribuir con evidencia consistente de que un individuo humano de entre 8 y 12 meses de edad, está en capacidad de distinguirse, a nivel conceptual, del otro.

Esta dificultad analítica corresponde con lo que en un cuerpo creciente de investigaciones ha sido conceptualizado como “Teoría de la mente”²⁰. Se refiere con esto a la capacidad cognitiva de atribución de estados mentales a los otros y a sí mismo (Goldman, 2012). La

²⁰ Existe una terminología diferenciada más amplia para referirse a la Teoría de la Mente. Tal es el caso de “Psicología Folk” (*Folk Psychology*); “Lectura de mente” (*Mindreading*); o “Mentalización” (*Mentalizing*).

puesta en marcha de esta capacidad cognitiva, implica que cerca de los primeros tres años de vida, “los niños pequeños comprenden que los estados mentales pueden explicar el comportamiento” (Luhmann, 2011: 5). En otras palabras, se hace manifiesta una capacidad que en la vida adulta utilizamos rutinariamente: la interpretación de la acción de los otros en términos de estados mentales subyacentes.

Existe una situación experimental clásica –la Tarea de la Falsa Creencia- cuya resolución pone a prueba la capacidad humana de entender que lo que pensamos puede diferir de lo que realmente pasa en el mundo. Dicha tarea examina la capacidad de los niños pequeños para anticipar visualmente el lugar en el que un agente con una falsa creencia sobre dónde se encuentra un objeto, irá a buscarlo. En este sentido, a partir de dicha tarea se ha obtenido evidencia de respecto de

“[...] una sofisticada (y es posible que exclusivamente humana) habilidad para considerar la información que está a disposición de un agente cuando interpreta y predice la acción de otros agentes – aun cuando tal información sea imprecisa e incompatible con la información propia” (Baillargeon et al, 2010: 110)

La extendida crítica -que se soslaya la dificultad de diferenciación del sí mismo con respecto a los otros, en términos de los estados mentales no observables que subyacen la acción-, tampoco aborda de modo satisfactorio la cuestión de caracterizar los mecanismos psicológicos que posibilitan una diferenciación entre el sí mismo y los otros en términos de los estados mentales subyacentes.

4.1.2 Imitación

Tan pronto como el uso de signos es incorporado en la acción, como ha planteado Vygotsky (1978), la acción es transformada y organizada de acuerdo a nuevos lineamientos. En las situaciones experimentales para obtener información sobre la habilidad de **RSC**, las expresiones corporales de los adultos, específicamente de sus rostros, interactúan con las reacciones de los niños participantes las cuales, en su mayoría estadística, tienden a ser consecuentes. Este dato ha sido interpretado por algunos investigadores como perteneciente a una modalidad imitativa (Cfr. Walden & Ogan, 1988), razonamiento que ha dado lugar a la que llamamos *Hipótesis de Imitación*.

Pero si la imitación se sitúa conjeturalmente en el origen del desarrollo de la habilidad de **RSC**, se invalida el referir algún tipo de valor comunicativo basado en la transmisión de representaciones significativas y, por ende, no cabría la posibilidad de abordar las situaciones experimentales como “segmentos de realidad” socio-cultural o diseños intersubjetivos aproximados a la realidad de las interacciones propiamente humanas, en el sentido de que su transformación y organización no estaría dada por la incorporación de signos concretos en las acciones que se desarrollan.

En otras palabras, habría que aceptar la existencia de un nivel muy rudimentario de intersubjetividad en la base de la **RSC**, en el marco del cual no se da inclusión alguna de signos en la acción.

Por el contrario, el grado de coordinación necesario entre las acciones de los adultos, los objetos y la subsecuente modificación de la acción propia por parte de los niños, con base

en la expresión de aquellos, sugiere ser mayor al necesario para realizar un acto imitativo, el cual, por definición, asume que no hay conexión alguna entre un tipo específico de información que refiera intenciones concretas (en este caso de carácter *emotivo*) y la capacidad constructiva de los individuos en función de los estímulos concretos, respecto de los cuales se ejerce el presunto acto imitativo. En este sentido, la imitación soslaya el papel ciertamente central del significado en la intersubjetividad humana.

Hasta cierto punto, la imitación constituye un elemento fértil en contextos de aprendizaje y no necesariamente niega el papel de los signos en la intersubjetividad. Esto es posible solamente bajo el estricto criterio de tratarse menos de la ejecución de una mímica que de la reproducción de un acto intencionado, en donde la dimensión comportamental es complementada con la comprensión profunda de la intencionalidad que le motiva y va más allá de su estructura superficial (Tomasello, 1999). El aprendizaje imitativo es un tema que alberga numerosas discusiones que desviarían el curso de la argumentación de presente trabajo, razón por la cual no nos ocuparemos aquí de ellas.

4.1.3 Contagio de estados Anímicos

Por otra parte, la Hipótesis de la *Modificación de Estados Anímicos*, apela al *contagio* como mecanismo explicativo. Según este, la cadena causal de acontecimientos que explica la modificación de la conducta propia en los niños en consecuencia con los marcadores emocionales en los rostros de los adultos, se resume en un contagio de orden emocional.

Es necesario señalar no sólo que la noción de contagio resulta tremendamente vaga como para ser convertida en la "piedra angular" de la **RSC**, dada la complejidad y fineza de la sincronía conductual que en ella se exhibe, además de no dar cuenta completamente del factor más relevante de la **RSC**, a saber, la comprensión de las intenciones con base en estados subyacentes.

Es en ese orden de ideas que podemos precisar que el contagio emocional se orienta a explicar la **RSC** en términos de una emulación de las formas expresivas, con independencia absoluta del contenido informacional que las motiva. En otras palabras, que el individuo (infante) no necesita vincular algún tipo de información específica (en este caso de carácter emotivo) con estímulos físicos y observables concretos, tales como el repertorio de marcadores somáticos externos que los adultos usan instrumentalmente para expresar un contenido emocional subyacente y definitorio de sus intenciones.

4.1.4 Regulación-Acoplamiento

La contrastación de fuentes de información para establecer diferencias significativas entre los sucesos del entorno inmediato, aparece como la más viable de las caracterizaciones sobre el modo como se resuelve el problema de efectuar una acción adaptativa respecto de las exigencias del entorno. La consideración de los otros (semejantes) como portadores de una información o tipo de conocimiento valioso para elaborar ese contraste, sugiere la puesta en marcha de una convicción distributiva sobre el conocimiento, según la cual los otros son fuentes veraces de información, útil para orientar la acción propia: el conocimiento se asume como socialmente distribuido.

De modo similar, se establece una relación de dependencia entre dicho contraste y la forma como se accede a los tipos de información que se contraponen. Ya hemos visto que entre las conclusiones derivadas de los experimentos sobre **RSC** relacionados en este trabajo, se ha afirmado que la información está disponible tras una búsqueda realizada por los individuos (Hipótesis de Búsqueda de la Información). Pero una lectura alternativa, ha definido que el direccionamiento de la mirada por parte de los niños en las situaciones de ambigüedad recreadas por los diseños experimentales, también puede interpretarse como búsqueda de proximidad. En este sentido, que la orientación de la mirada no se encuentra motivada por la fuerza de la indagación sobre tipos de información relevantes, sino por el deseo de proximidad motivado por el vínculo de seguridad que los infantes han desarrollado con respecto a sus figuras de cuidado y/o apego (Hipótesis de Regulación-Acoplamiento).

Esta disyuntiva se resuelve (Stenberg, 2003) poniendo a prueba el presupuesto que se deriva de la búsqueda de proximidad como mecanismo subyacente del direccionamiento de la mirada hacia los adultos. Si la mirada se direcciona hacia figuras de adultos no necesariamente asociados a la sensación de seguridad producto de la interacción sostenida y la generalización de un esquema de conocimiento (Lizardo, 2004) desde un tipo de relación de carácter social al resto de las relaciones posibles.

Esto indicaría que la dirección de la mirada es una manifestación externa de la intencionalidad de los infantes por resolver una situación ambivalente, buscando medios alternativos a los que se encuentran en su dominio, en un momento determinado.

4.2 Hacia una Integración

Hecho este recorrido por los elementos disímiles que se entrelazan en las cuatro hipótesis formuladas como resultado de las investigaciones a propósito de la habilidad de Referencia Social Compartida (**RSC**) y los mecanismos que le anteceden, se espera haber clarificado el modo como éstas posicionan privilegiadamente el papel que juega la mirada como medida de la atención. También el modo como la atención se establece de manera conjunta constituyendo un tipo especial de interacción intersubjetiva. Además, que la conceptualización sobre la mirada direccionada y la atención conjunta que se cristaliza en las interacciones descritas, elude la presencia de los cuerpos que miran y atienden.

Pasaremos a exponer una serie de razones que justifican, a nuestro modo de entender, que la inclusión de los cuerpos en los análisis sobre **RSC** sería un elemento de avance en relación con los análisis existentes, tomado en cuenta desde una perspectiva antropológico-psicológica. El objetivo de esta exposición de cierre no es, sin embargo, “antropologizar” los hallazgos y modelos analíticos netamente psicológicos, sino mostrar ciertos puntos de encuentro entre concepciones sobre el modo como se construye el conocimiento en la ontogénesis y el papel que la acción en su dimensión corporal, juega en ello.

Para ello es necesario empezar por el énfasis en que la **RSC** es uno de los soportes cognitivos de la capacidad más amplia de la Teoría de la Mente (Striano & Rochat, 2000). También, que la identificación de los mecanismos implicados en una y otra podría, -en virtud del estado del conocimiento sobre la interrelación entre los planos cognitivo y práctico- reconocer a la corporalidad un papel más central.

4.2.1 La RSC como mecanismo.

Con el propósito de enlazar la comprensión de los estados mentales de los otros, su relación de determinación con la acción individual y la capacidad de desambiguar situaciones por medio del uso estratégico y activo de información de carácter emotivo debemos, en primer lugar, avanzar una definición de mecanismo que contribuya a dar un mayor contenido a nuestra argumentación.

Un mecanismo remite a una serie causal de acontecimientos que producen (o pueden producir) uno o varios efectos. Si bien se ocupa de ensamblar una explicación de carácter causal, la heurística de un mecanismo se distancia de la formulación de leyes en el sentido de que las leyes ofrecen una cadena causal que “[...] sostiene que dadas ciertas condiciones iniciales un acontecimiento de un tipo dado (causa) producirá siempre un acontecimiento de otro tipo (efecto)” (Elster, 2005: 242). En un nivel de abstracción diferente, es lo mismo que afirmar que, dado un cierto conjunto de condiciones, ineludiblemente, *“si A, entonces siempre B”*.

En esta misma línea de razonamiento, los mecanismos permiten construir explicaciones de otro tipo, dado que un mecanismo es más general que el propio fenómeno que abarca (Elster, 2005: 243). Esto es comprensible, expresándose al mismo nivel de abstracción que sobre la formulación de leyes, si se afirma que dado un cierto conjunto de condiciones *“Si A, entonces algunas veces tendremos B”*. En conclusión, el planteamiento de mecanismos para comprender un argumento causal tiene la virtud de que permite comprender sus detalles (Elster, 2005).

En consecuencia, postular la existencia de mecanismos para dar cuenta de una cadena causal no es equivalente a sostener una oposición en contra de las explicaciones “genuinas”. Siguiendo todavía a Elster (2005), acogemos más bien la idea de que una explicación a través de mecanismos es en todo caso mejor que una a partir de narrativas y descripciones, cuando las explicaciones rigurosas fallan o están ausentes.

Por otra parte, en una perspectiva más próxima a la biología evolutiva, hemos encontrado una definición, según la cual un mecanismo se entiende como la unidad compuesta por un problema de adaptación y su solución cognitiva (Tooby & Cosmides, 2002: 147).

Tal definición ha sido adoptada y desarrollada por la Psicología Evolucionaria. A partir de este enfoque disciplinar encontramos una interesante ilustración de que el repertorio de soluciones cognitivas resultantes de la activación de los distintos mecanismos, ha sido concebida desde dos puntos de vista paralelos. Por un lado, se encuentra la caracterización del sistema cognitivo en analogía con un sistema de resolución de problemas de propósito general (Véase el capítulo 1). Según esta caracterización, la mente humana consiste, en palabras de Tooby & Cosmides, en “un conjunto general de capacidades de razonamiento que ponen en funcionamiento al abordar cualquier tarea cognitiva, sea cual fuere su contenido específico” (Tooby & Cosmides, 2002: 23).

Por otro lado, se sostiene que gran parte de cognición humana es de carácter dominio-específico. Dicho en otras palabras, que “muchas capacidades cognitivas están especializadas para manejar informaciones específicas” (Tooby & Cosmides, 2002: 23). A este punto de vista lo subyace la idea de que la especificidad de dominio se sustenta en la

acción de varios subsistemas orientados a la resolución de tareas con contenidos específicos.

Existe una tercera vertiente analítica que podemos explorar, a partir de las dos nociones de mecanismo que se han expuesto, y sobre la cual ya hemos adelantado un poco, cuando se refirió más arriba que la incorporación de signos en la interacción encamina las acciones derivadas de ello de un modo característicamente humano.

Esta vertiente consiste en la inclusión de los sistemas semióticos dentro de la estructura de la explicación, sin comprometerse con la idea general de que dichos sistemas semióticos son causales de los mecanismos, o que su relevancia radica exclusivamente en el contenido cultural singular de los sistemas semióticos (cfr. Geertz, 1987).

Sostendremos más bien que la inclusión de los sistemas semióticos es relevante para nuestro análisis, siempre y cuando se acepte una concepción particular del desarrollo humano de raigambre Vygotskyana, en el marco de la cual pretendemos realizar la síntesis conceptual que este capítulo busca exponer. Según esta concepción, el desarrollo se define

“[...] en términos de aparición y transformación de las diversas formas de mediación y su noción de interacción y su relación con los procesos psicológicos superiores implica necesariamente los mecanismos semióticos” (Wertsch, 1995: 33).

De acuerdo con las situaciones experimentales revisadas en el capítulo anterior y parte de este, la **RSC** se manifiesta en el marco de una situación social según la cual las expresiones emocionales expresadas por los adultos a través de marcadores somáticos externos, funcionan como *mediación* para los infantes, que en el intervalo de su desarrollo estimado entre los 8 a los 12 meses de edad –aunque existe un gran debate sobre este particular-, están en capacidad de interpretar correctamente. En otras palabras, que la modificación de la conducta propia por parte de los niños y niñas de un modo consecuente y orientado a la desambiguación de situaciones a partir de información emotiva, es un resultado de su capacidad para realizar inferencias efectivas sobre las intenciones subyacentes a las expresiones emocionales de sus congéneres adultos, manifiestas en las expresiones corporales.

Podemos considerar las situaciones experimentales descritas en esta tesis, como “segmentos de realidad”, en el sentido de que se trata de situaciones sociales revestidas de componentes culturales. Este revestimiento es claro en tanto se suministra un conjunto significativo-ideal que actúa como representación de las conductas a las que se refiere (la escala de valores de las emociones que va de lo preventivo a la aprobación y se direccionan a un tercer elemento en la interacción niño-adulto), y la presentación intencional de las conductas propiamente dichas (las expresiones faciales de los adultos) (Ingold, 1986).

En esta, como en todas las situaciones de carácter socio-cultural es viable considerar un flujo de representaciones entre los agentes, como aspecto constitutivo de la interacción. En este punto, nos interesa considerar un tipo especial de representaciones. Se trata de las representaciones de las representaciones mentales, también denominadas representaciones

metapsicológicas (Sperber, 2000). Este tipo de representaciones se puede entender como inherente a la capacidad de comprender los estados mentales de los otros.

Para someter a análisis el aspecto de acción conjunta constitutivo a nuestro juicio de los “segmentos de realidad” que son las situaciones experimentales reseñadas, desarrollaremos con mayor detenimiento este tema.

4.2.2 Acción Conjunta

Partimos del supuesto de que la acción conjunta es definible como un tipo de acción colectiva. De acuerdo con esta definición muy general aunque introductoria, es posible aplicar a la acción conjunta el razonamiento de que “es debido a que los humanos son capaces de metarrepresentar que pueden resolver los problemas de la acción colectiva” (Baumard, s.f). En este sentido, metarrepresentar es lo mismo que tener representaciones de representaciones:

“Los humanos están en capacidad de representar no solamente aquello que se encuentra en el mundo (una presa, un compañero, un peligro, etc.) sino también de formar representaciones a propósito de otras representaciones” (Baumard, s.f)

La tipificación de la *mirada* como evidencia indirecta de la *atención*, (dominante en las interpretaciones de los datos experimentales revisados a propósito de la **RSC**) no necesariamente expresa una relación de identidad entre *mirada* y *atención*. El carácter

indirecto atribuido a la mirada como forma de evidencia respecto de la atención, no es suficiente para entender en profundidad la relación que se crea entre ellas.

Un modo de avanzar en esto es construir marcos analíticos alternativos. En el nuestro, la relación mirada/atención da lugar a una forma particular de oposición entre la atención como habilidad cognitiva y la acción humana como elemento productivo en la interacción. En este sentido, el tipo de relación resultante de las interpretaciones dominantes en los estudios sobre **RSC** entre la atención y la acción humana, expresa una oposición construida, más no inherente a los objetos en discusión.

La lógica de esta oposición requiere perder de vista algo que un grupo grande de investigadores sostiene: que la acción semióticamente mediada es consustancial a la conducta humana (Carrithers, 1992; Tooby & Cosmides, 2002; Vygotsky, 1978; Hutchins, 1995; Goodenough, 1969, White, 1982; Geertz, 1987; Cole, 1984). Lo anterior no plantea que los sistemas semióticos son constitutivos de los entornos ecoambientales con los que los humanos entran en relación, sino más bien que dichos sistemas son ensamblados por el hombre para establecerse adaptativamente en aquellos entornos.

La oposición excluyente entre *mirada* y *atención* impide que se encuentren por medio del análisis y, realizando así una forma de dualismo, aísla a la acción mediada de la capacidad de enfocar la atención. Estudios recientes (Buttelmann et al, 2009) desarrollan un nuevo modo de indagar la comprensión de los estados mentales de adultos por parte de infantes entre 16 y 18 meses de edad. Lo novedoso de esta forma de indagación, es que se basa en medidas de comportamiento activo, que no se sustentan en la orientación o el sostenimiento

temporal de la mirada por parte de los infantes como medida indirecta de su atención, sino en la capacidad de estos para ayudar activamente a un adulto a alcanzar sus objetivos, con base en la comprensión precisa de la posible creencia que el adulto alberga respecto de la ubicación de un juguete al interior de una caja.

Pero el marco de análisis que proponemos como potencialmente útil para indagaciones futuras, se basa en otros postulados.

En el capítulo 2 de este trabajo hemos descrito la relación entre el *minimal self* y la memoria episódica, en tanto su conjunción permite la organización subjetiva de los acontecimientos en el tiempo. Esta organización, de todos modos, puede ser comprendida aún con mayor profundidad si sumamos el origen práctico que tienen los fenómenos cognitivos. Así, es precisa la inclusión de una perspectiva sobre el desarrollo cognitivo de raigambre más bien Piagetiana²¹.

Se sugiere así que el conocimiento no se constituye a partir de individualidades aisladas cognitivamente funcionales en un sentido exclusivamente simbólico-representacional, como plantea el paradigma computacional-representacional de la psicología cognitiva (véase capítulo 1), o algunas críticas extendidas a la epistemología genética de Jean Piaget, sobre el énfasis en la postulación de un sujeto cognoscente solipsista.

²¹ Ya en los trabajos desarrollados por Ángel Rivière se han consolidado intentos fértiles por combinar las perspectivas sobre el desarrollo cognitivo de Vygotsky y Piaget, no a causa de ingenuidades epistemológicas sino de exigencias analíticas de ampliación de los modelos de comprensión de la Psicología Cognitiva. (Véase, Rivière, 1986/2003).

Pero es precisamente, una derivación de la epistemología genética de Piaget la que nos interesa en este punto. Consiste en la contribución seminal de “mostrar cómo las operaciones mentales de “alto nivel” tienen sus fundamentos en operaciones motoras de “bajo nivel”” (Lizardo, 2004: 394). En palabras de Piaget, puede resumirse lo anterior citando que “las estructuras más auténticas son de naturaleza operatoria” (Piaget, 1980: 73).

Esta afirmación conduce a que la inteligencia de orden sensorio-motriz, aunque posiblemente carente de representaciones (entendidas aquí como constitutivas de la capacidad de referir o evocar entidades ausentes), se encuentra estrechamente vinculada a la acción y la coordinación necesaria para sus realizaciones en un entorno estimular que incluye la variable social.

Luego, que la relación procedimental con los elementos del mundo transporta una función, que es posibilitar el desentrañamiento de estructuras y la organización cognitiva de la experiencia, con base en categorías que no están centradas en los elementos mismos, sino en la función de la acción práctica sobre ellos, es decir, el potencial de generalización a través de la aplicación de formas procedimentales de un conjunto a otro, o incluso sobre sí mismo.

En consecuencia, una nueva estructura no es extraída de los “[...] “seres” a los cuales han desembocado las acciones precedentes, sino de estas mismas en calidad de procesos formadores” (Piaget, 1980: 33).

Vemos cómo de estas apreciaciones se desprende que los procedimientos a los que se alude están fundamental e irreductiblemente vinculados al cuerpo (Lizardo, 2011); es decir, que en la interface entre los contenidos objetivos contextuales y el plano subjetivo, se encuentra la capacidad sensorio-motora como el instrumento de primer orden que facilita la internalización de dichos contenidos y su estructuración subjetiva.

Es decir, que la acción sobre el mundo es similar a la acción mental en el sentido de que se efectúan sobre elementos cognitivos subordinados por sistemas de reglas (Piaget, 1980). O, como el mismo Piaget ha planteado,

“la manipulación mental de objetos matemáticos tiene, en efecto, como modelo subyacente la manipulación física de objetos del mundo real en los primeros estadios del desarrollo psico-motor” (Citado en Lizardo, 2004: 19).

Recientemente, se ha identificado en la obra de Piaget un aspecto clave del linaje intelectual de uno de los conceptos más utilizados recientemente en la antropología (Lizardo, 2004). Me refiero al concepto de *habitus*. Pierre Bourdieu desarrolló el concepto de *habitus* como un conjunto de disposiciones adquiridas (Bourdieu, 1999) y como estructura generativa y dinámica. Como conjunto de “estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, esto es, como principios a través de los cuales generar y organizar prácticas y representaciones” (Bourdieu, 1990: 53).

En concordancia con lo planteado por Piaget respecto de la actividad de *asimilación*, entendida como la aplicación de acervos preexistentes de conocimiento y esquemas

prácticos desarrollados en contextos previos a nuevas configuraciones de la realidad o contextos, la noción de *habitus* ofrece una alternativa para pensar el modo como se realiza un ajuste entre los elementos objetivos del mundo (estructuras objetivas) y las estructuras subjetivas individuales, a través de la instrumentalidad del cuerpo, “[...] de su situación *dentro de* la actividad real como tal, en la relación práctica con el mundo [...]” (Bourdieu, 1990: 52).

Surge así una alternativa aproximativa entre la Psicología y la Antropología para dar cuenta de las estructuras cognitivas en un nivel de análisis que no se reduce a un modo exclusivamente representacional de concebirlas, que descansa sobre el carácter abstracto de los sistemas simbólicos. En lugar de eso, se amplía la perspectiva de análisis hacia la posibilidad de pensar con el cuerpo (Lizardo, 2004; Hutchins, 2010b).

Esto en virtud de postular la acción conjunta como un modo de expresión de la interacción entre las estructuras objetivas y las estructuras subjetivas, a través del ajuste necesario entre ellas. Dicho ajuste incluye un flujo de representaciones por parte de los sujetos que actúan en conjunto, y presupone la capacidad de los infantes de metarrepresentar, o como hemos dicho antes, hacer representaciones de representaciones (Sperber, 2000).

La capacidad de metarrepresentación ostenta un papel central en la conducta socialmente compleja, pues se relaciona con “la excepcionalmente plástica habilidad de cada persona para entrar en varias formas de relación simultáneamente y en nuevas formas de relación, incluso en la vida adulta” (Carrithers, 1990: 196). Por ende, el fundamento de la socialidad

humana yace en la sofisticada cualidad de ser consciente de la consciencia de los otros y de la propia consciencia (Carrithers, 1990).

Esta doble consciencia se ha denominado “intencionalidad de alto nivel”. Se sintetiza en la premisa de que los primates superiores y los humanos representan el mundo para sí mismos (Dennet, 1988 citado en Carrithers, 1990: 197). El contenido de esta premisa se objetiva en el hecho consuetudinario de que una persona puede representar para sí la representación del mundo de otra, con un grado de sincronicidad comparable al de las *tocatas* renacentistas, cuya armonía se sostiene por la convergencia estable en el tiempo entre las voces de instrumentos interactuantes.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

El camino que en estas páginas ha comenzado a recorrerse, habilita inferir que las aproximaciones entre la Psicología Cognitiva y la Antropología son más que cuando comenzamos a desbrozarlo. *Desbrozarlo*, digo, porque el camino ya se encontraba sugerido en los desarrollos teóricos y metodológicos de varias corrientes teóricas, algunas de las cuales hemos revisado a medida que observamos en detalle la habilidad de Referencia Social Compartida a lo largo del presente documento.

Tal vez la más abarcadora de estas aproximaciones es la que suscita el estudio de los fenómenos culturales desde la óptica de los procesos cognitivos que les subyacen (Lahitte & Bacigalupe, 2007). A partir de lo que se ha desarrollado en esta tesis, la cognición social se trata difícilmente de un juego de procesos desarticulado por definición del papel del cuerpo como instrumento y vehículo de conocimiento. Lo anterior se encuentra claramente expresado en el postulado del origen operacional (práctico) y las posibilidades de aplicación y generalización del conocimiento así estructurado hacia ámbitos diferenciados de la acción socialmente organizada, en marcos situacionales donde la mediación semiótica determina el valor de los intercambios.

La habilidad de referencia Social Compartida ilustra este punto, en la medida en que evidencia las expresiones emocionales como formas de conexión con los mundos sociales (Mesquita et, al, 2010). También al ser considerada como un modo de aprendizaje sobre las cualidades de lo que es agradable y desagradable en el mundo, en una etapa infantil en la cual, por definición, gran parte de las cosas son una novedad (Frith, 2008b). Los diseños

experimentales revisados y contemplados en tanto “segmentos de realidad”, se incluyen dentro de este razonamiento.

El paradigma computacional-representacional aísla el nivel de análisis de la mente luego de la accidentada historia intelectual de esta noción, caracterizada como hemos visto, por la imposibilidad a lo largo de varios siglos de ser incluida dentro de los objetos legítimos de la investigación científica. La Psicología Cognitiva en sentido amplio, otorga prevalencia a la mediación semiótica en los procesos de adquisición y construcción del conocimiento adaptativo y eficaz en la ontogénesis, admitiendo el enlace de dos modos antes separados de concebir el desarrollo cognitivo, como lo son los programas formulados por Lev Vygotsky y Jean Piaget.

La Psicología Evolucionaria, por su parte, elabora un modelo analítico según el cual existe una relación de causalidad entre la neurofisiología del sistema nervioso humano, los problemas adaptativos que han configurado las restricciones ecoambientales que modelan las adaptaciones y las soluciones cognitivas que dichas adaptaciones suponen, con el objetivo de estabilizarse en la población de la especie para garantizar su supervivencia. Incluso los modelos teóricos de la Neurociencia Social Cognitiva (véase el capítulo 1), están orientados a nutrir la indagación sobre el componente cognitivo del pensamiento y sus correlatos biológico y social.

Por su parte, la Antropología del Conocimiento ha avanzado interpretaciones y hallazgos empíricos sobre los procesos de pensamiento y la relevancia de los sistemas semióticos en la consolidación de la interacción socialmente configurada. Además, modelos de

comprensión sobre los rudimentos de la capacidad cognitiva de diferenciar el *sí mismo* de *los otros*, que se encuentra en la base de las relaciones de alteridad y se presupone en los análisis orientados al estudio de éstas. Además, ha postulado que la mente humana es susceptible a las representaciones culturales, dado que la Cultura consiste en gran medida, en representaciones de larga duración y ampliamente distribuidas en las poblaciones, así como en las transformaciones de esas representaciones (Sperber, 1985).

De este modo, la intersección entre la construcción o recuperación de representaciones mentales y las representaciones de carácter público corresponden término a término con la intersección entre los planos intrasubjetivo e intersubjetivo, y se sostienen gracias a la capacidad cognitiva de teoría de la mente, que permite situar al pensamiento en el orden de las representaciones (metarrepresentar) (Sperber, 1985; 2000), y en el marco de un entorno estimular donde se despliega la acción conjunta y que entre sus componentes cuenta los estímulos de origen social, a través de los cuales se organiza la práctica en términos de fines, medios y constricciones (Leontiev, 1974. Citado en Cole, 1984).

La *Intersubjetividad Secundaria* como un modo de interacción inclusivo y sensible a los elementos referenciados socialmente, se puede desplazar a un nuevo escenario analítico cuando se la concibe aunada a la consolidación del *Self* minimal, dado que ambas formas de relación con el entorno social que incluye al sí mismo y los otros, exhiben el potencial de manejo de representaciones y de la capacidad de elaborar representaciones sobre otras representaciones en el marco de la continuidad temporal.

El origen de esta capacidad en las operaciones prácticas sobre el mundo, hace aparecer el desafío analítico de considerar la corporalidad como un elemento relevante en la indagación sobre **RSC**, y no sólo por su función instrumental con respecto a las operaciones prácticas que se realizan con el mundo a través del cuerpo, sino también por su valor vehicular con respecto a la expresividad, cuya significación se encuentra próxima a las regulaciones de carácter socio-cultural, y la socialidad en los altos niveles de intencionalidad que caracterizan la conducta específicamente humana.

Ahora bien, el lector que ha llegado hasta aquí puede estarse preguntando si las aproximaciones de orden conceptual que se proponen en este trabajo de tesis corresponden con un intento genuino por realizar un ejercicio de investigación científica, o se trata de la exposición de fetiches epistemológicos o caprichos intelectuales de quien escribe.

Además del esclarecimiento metodológico que se encuentra al final del documento, ofrezco la siguiente justificación orientada a escudar el valor científico de este trabajo. Las “aproximaciones” a las que nos referimos no son consideradas como recapitulaciones conocidas de antemano, sino como resultado del contraste entre elementos pertenecientes a fragmentos de la realidad autónomos y ontológicamente diferenciados.

Karl Popper (2007) se refiere en términos de *mundos* a los componentes de su tesis pluralista según la cual existe un primer mundo “físico o de los estados físicos”; un segundo mundo “mental o de los estados mentales; y un tercero, “el de los inteligibles o las *ideas en sentido objetivo*” (Popper, 2007: 189). Las entidades que se propone aproximar en esta tesis pertenecen al tercer mundo de Popper pero, hay que señalar que las relaciones

causales entre estos tres mundos se conforman de modo tal que el segundo mundo tiene relación con los otros dos, pero el primero y el tercero no se relacionan directamente entre sí sino exclusivamente por medio del segundo.

Las aproximaciones entonces, emergen aquí del contraste, que tiene el valor de poner en cuestión tomando distancia crítica, los modelos teóricos considerados y la separación a la que han estado sometidos históricamente. La **RSC** consiste en un tipo de relación de elementos del segundo mundo (estados mentales y procesos de pensamiento) con elementos del primero (entornos estimulares que incluyen lo social). Las hipótesis que han apuntado a explicar el fenómeno de la **RSC** por medio de la investigación experimental, pertenecen al tercer mundo. Pero los elementos del tercer mundo influyen sobre el primero en tanto y en cuanto allí se generan problemas autónomos que también es tarea de la ciencia ayudar a resolver.

Después de todo, como ha afirmado Dezsó Kosztlányi,

“Mientras realizaba este exordio, me he acordado de que lo contrario es igualmente cierto, como ocurre con todo en este mundo” (Kosztlányi, 2007: 173).

INTER-ALIA: Esclarecimiento Metodológico

La estrategia propuesta para alcanzar el objetivo principal de esta tesis, que se trazó como la realización de una exégesis detallada de la habilidad de *Referencia Social Compartida (RSC)* tal y como ha sido caracterizada en la investigación experimental, enfatizando en la dimensión de la atención conjunta, se relaciona, por un lado, con las características particulares de la matriz de datos principal del trabajo (Samaja, 1994), que es de carácter documental. Por otro lado, se vincula con el tipo de operaciones que serán aplicadas a los datos recabados en esa matriz principal. Esas operaciones han constado de cuatro fases, del modo que sigue.

La primera fase consistió en el relevamiento de la información (en forma de artículos publicados en revistas científicas) sobre la Referencia Social Compartida. Con esto hemos pretendido construir un estado de la cuestión actualizado sobre la investigación experimental en la temática.

La elección de los resultados de investigación publicados que se han incluido en el análisis que aquí se presenta, se realizó sustentada en los siguientes criterios. En dos bases de datos documentales, a saber, EBSCO (específicamente: *Academic Search Complete*; *ERIC*; *Psychology and Behavioral Sciences Collection*, *SocINDEX*) y JSTOR, se utilizó como criterio de búsqueda la inserción de las palabras “Referencia Social” y/o “Social Referencing” para encontrar artículos de texto completo que contuvieran estas dos palabras juntas en su título o resumen (*abstract*).

Ésta búsqueda se realizó circunscrita a los idiomas español e inglés, conduciendo al hallazgo de que en español no se encuentra ningún título relacionado, a la fecha.

En razón del resultado arrojado por la búsqueda, que en total no fue superior a los 20 registros, -y debido también a que algunos de los registros se encontraban “compartidos” entre ambas bases de datos documentales-, el análisis propuesto en este trabajo de tesis cubre la totalidad de los resultados arrojados por la búsqueda documental referida.

Esta elección es metodológica porque apunta a la delimitación de los registros documentales en que se sustenta el análisis que aquí se propone. Sin embargo, también son producto de elecciones metodológicas los puntos de partida que hemos empleado a lo largo del trabajo para delimitar ya no el número de fuentes a considerar, sino las características del análisis que se ha emprendido.

Como primer punto de partida, compartimos la perspectiva de Niklas Luhmann a propósito de la *observación de segundo orden* como forma de observación científica sobre la ciencia (Luhmann, 1993; Andrade y Cedillo, 2011). Este tipo de observación consiste en el establecimiento de distinciones que constituyen una diferencia, la cual posee la capacidad de cambiar su valor de uso cuando es utilizada en diferentes tiempos y contextos (Luhmann, 1993). Dicha distinción sólo es posible en el marco de un cruce entre, al menos, dos fuentes de información (Bateson, 2000).

Siguiendo esta perspectiva, la observación de segundo orden es aquella que -allí donde los observadores de primera mano ven un sistema ordenado de objetos, observaciones y realidades- encuentra por medio de la observación de los observadores, la falta de completa

coherencia o integración de las distinciones y de sus marcos correspondientes (Luhmann, 1993).

Establecer una distinción entonces, (e.gr, que la habilidad de **RSC** se fundamenta en la atención conjunta entre los participantes) deja lugar o, mejor, “*separa* un espacio no marcado para construir una forma con un lado marcado y otro no marcado” (Luhmann, 1993: 769). Este *lado no marcado* es paradójico (e.gr, que la habilidad de RSC se fundamenta también en la acción conjunta entre los participantes), es decir, carece de valor conectivo con el lado marcado. Entonces, ¿cómo obtener este valor conectivo?

En primer lugar admitiendo que la observación que otorga valor conectivo al lado marcado, tiene en cuenta de algún modo en su designación al lado no marcado, puesto que asume que ambos lados actúan dentro del mundo. El valor conectivo se alcanza pues, situándose en el potencial reflexivo de la paradoja (*para-doxa*) que puede exceder el valor reflexivo de la unidad completa, de la cual la paradoja es una parte (Luhmann, 1993). Debido a que es difícil discutir al mismo tiempo en varios terrenos, tomando en cuenta que se oponen, se ha intentado tratar con ellos separadamente.

Un segundo punto de partida metodológico es el de una perspectiva naturalista de las ciencias sociales, según la cual un fenómeno psicológico, social o cultural es explicable de un modo compatible con las ciencias naturales (Baumard, 2008). Esto implica concentrarse en el carácter de organismo natural del ser humano que, de acuerdo a variantes de la teoría antropológica clásica, oscila entre la incapacidad del evolucionismo para dar cuenta de la complejidad de la naturaleza del ser humano a partir de la inmensa diversidad de configuraciones que su naturaleza ha causado, y el giro difusionista hacia la dimensión

ideal de las culturas, según la cual no existe nada parecido a un fundamento natural que sea transversal a los seres humanos, por el cual se expliquen sus creaciones.

El camino del medio consistiría,

“[no en] negar la condición natural de los seres humanos y el ambiente en el cual se encuentran situados, sino por el contrario haciendo énfasis en ella y haciendo énfasis en el modo como produce no una negación de la historia natural sino un nuevo tipo de historia natural” (Bloch, 2005: 10. La traducción es nuestra)

Un tercer punto de partida metodológico, es el postulado de Gregory Bateson que afirma que la *información* no es otra cosa que “*una diferencia que hace una diferencia*” (Bateson, 1987/2000: 30. Cursiva en el original). Este admite tratar las situaciones experimentales de la **RSC** en términos del trazado de distinciones entre tipos de información y en ese sentido como respuesta a una diferencia, en términos de intercambio de información al interior y entre individuos, ubicando sus manifestaciones en el plano de lo mental.

La segunda fase de realización del presente trabajo, consistió en la delimitación conceptual de las dos corrientes disciplinares que se propone abordar en este proyecto, a saber, el de la Psicología Cognitiva y el de la Antropología. En razón de ello, optamos por definir un tipo de antropología (naturalista, minimalista y cognitiva) entre otros y su relevancia en relación con los resultados de las investigaciones y conceptualizaciones en psicología cognitiva.

La tercera fase, consistió en el desarrollo del argumento de que este tipo de Antropología, articulada con las conclusiones parciales sobre **RSC** que se han logrado a través de la

investigación experimental, puede contribuir a la inclusión de la acción conjunta en la comprensión de la **RSC**. De este modo, se pretende cuestionar, sobre la base de un trabajo exploratorio, el patrón común de las hipótesis existentes hasta el momento.

En la fase final, esperamos haber logrado entablar una discusión entre los argumentos expuestos en el trabajo de tesis, en relación con su aplicabilidad y con el surgimiento de las condiciones de posibilidad para desarrollarlos experimentalmente en una investigación futura.

Población y muestra/unidad de análisis

La población y muestra del presente trabajo de tesis, está compuesta por las publicaciones de resultados de investigación sobre la habilidad de Referencia Social Compartida (**RSC**), desde la década de 1980 hasta la actualidad. Además, por ciertos contenidos de orden conceptual recientemente formulados por antropólogos, cuyas indagaciones no se encuentran exclusivamente circunscritas a esta disciplina, sino que pertenecen al ámbito más amplio de las Ciencias Cognitivas.

Técnicas de recolección de datos

La principal técnica de recolección de datos consistió en la búsqueda organizada de información en las bases de datos documentales. Esta pesquisa estuvo circunscrita a la utilización de técnicas de búsqueda dentro de las bases de datos consultadas, principalmente el uso de operadores lógicos de tipo booleano (AND/OR/NOT),

puntualizando la búsqueda hacia los campos de Título, Resumen y Palabras Clave en cada una de las publicaciones. Por otra parte, también tiene importancia el ítem de elaboración de fichas bibliográficas digitales y la construcción de categorías analíticas, para el aislamiento de variables de tipo conceptual.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adrover, J.F & Duarte, A. (2000) Concebir una arquitectura cognitiva no uniforme: un aporte a la explicación psicológica. *VIII Anuario de investigaciones*, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Andrade, A y Cedillo, R (2011) La normalización científica del amor. A propósito de la perspectiva evolutiva en psicología. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. N°6. Año 3. Agosto-Noviembre. Argentina.
- Atkins, M. (2000) Dynamical Analysis of Infant Social Referencing. M.A. Thesis Eberly College Of Arts and Sciences at West Virginia University. Tesis de maestría no publicada. Disponible en:
http://wvusolar.wvu.edu:8881//exlibris/dtl/d3_1/apache_media/L2V4bGlicmlzL2R0bC9kM18xL2FwYWNoZV9tZWRpYS80ODk4.pdf
- Baillargeon, R., Scott, R. M., & He, Z. (2010). False-belief understanding in infants. *Trends in cognitive sciences*, 14(3), 110-118.
- Baldwin, D.A. and Moses, L.J. (1996) The Ontogeny of Social Information Gathering. *Child Development*, Vol. 67, No. 5 (Oct., 1996), pp. 1915-1939
- Bateson, G. (1975). Some components of socialization for trance. *Ethos*, 3(2), 143-155.
- Bateson, G (1979/2011) Cap. 2 Todo escolar sabe. En libro: *Espíritu y Naturaleza*. Amorrortu editores. Buenos Aires. Pp. 35-79.
- Baumard, N (2002) Humanites Et Nature Humaine: Les sciences sociales et la philosophie face à la biologie contemporaine (neurosciences, éthologie, évolution). Université Paris IV. U.F.R. De Philosophie. Tesis de maestría no publicada.
- Baumard, N (2008) Introduction. En: *Une Théorie naturaliste et mutualiste de la morale*. École des hautes études en sciences sociales. Tesis doctoral no publicada. Pp. 7-23
- Baumard, N (s.f) Une approche contractualiste des normes morales. Comment intégrer les sciences humaines aux approches évolutionnistes de la morale. (à paraître dans *Déterminisme et liberté* Christine Clavien et Catherine El-Baz (eds.) Disponible en:
<http://philbioihpst.free.fr/Baumard.pdf> Consultado: 5-03-2014
- Belluck, P (2013-10-09) For Better Social Skills, Scientists Recommend a Little Chekhov [Mensaje en Blog]. Recuperado de: <http://nyti.ms/1as98nk>

- Bender, A., Hutchins, E., & Medin, D. (2010). Anthropology in cognitive science. *Topics in Cognitive Science*, 2(3), 374-385.
- Benveniste, E. (2004). *Problemas de lingüística general* (Vol. 2). Siglo XXI editores. España.
- Best, J. B. (1999). *Cognitive psychology*. Stamford: Thomson. Trad. cast. de S. Díaz-Sepúlveda y S. Madroñero (Rev. tec. de M. Froufe): *Psicología cognitiva*. Madrid: Paraninfo, 2001. [Cap. 10: "Razonamiento y decisión"]
- Bloch, M (2005) Where did anthropology go? Or the need for "Human Nature". En: *Essays on cultural transmission*, ed. M. Bloch, pp. 1–19. Berg. Disponible en: <http://www2.lse.ac.uk/PublicEvents/pdf/20050224-Bloch-Anthropology.pdf>
- Bloch, M (2011) The Blob. *Anthropology of this century*. Disponible en: <http://eprints.lse.ac.uk/38026/>
- Boas, F (1964) Capítulo 2. Análisis Histórico. En libro: *Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural*. Ediciones Solar. Buenos Aires. Pp. 39-46.
- Bourdieu, P. (1990). Structures, habitus, practices. *The logic of practice*. Stanford University Press, pp. 52-65. Disponible en: <http://archive.totalism.org/Bourdieu%20P.%20The%20Logic%20of%20Practice.pdf>
- Bourdieu, P. (1999). El conocimiento por cuerpos. *Meditaciones Pascalianas*. Anagrama, Barcelona. Pp. 171-214.
- Buttelmann, D., Carpenter, M., & Tomasello, M. (2009). Eighteen-month-old infants show false belief understanding in an active helping paradigm. *Cognition*, 112(2), 337-342.
- Cacioppo, J & Berntson, G (2002) Social Neuroscience: General Introduction. En: Cacioppo, J et. Al (eds) *Foundations in Social Neuroscience*. Massachusetts Institute of Technology. Pp. 3-11.
- Carretero, M. (2000). Introducción a la psicología cognitiva. Buenos Aires: Aiqué.
- Carrithers, M. (1990) Why Humans have cultures? *Man*, New Series, Vol. 25, No. 2 (Jun., 1990), pp. 189-206
- Carrithers, M. (1992). *¿Por qué los humanos tenemos culturas?* Alianza: Madrid.

- Cole, M. (1984). La zona de desarrollo próximo: donde cultura y conocimiento se generan mutuamente. *Infancia y aprendizaje*, 25, 3-17.
- Cornejo Valle, M. (2011). Perspectivas cognitivas sobre la religión: Neointelectualismo y ontologización de la creencia religiosa en dos naturalismos enfrentados. *Intersecciones en antropología*, 12(1), 95-108.
- Cosmides, L & Tooby, J (1992) Psychological foundations of culture. En libro: Barklow, J; Cosmides, L; Tooby, J (eds.) *The Adapted Mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*. Oxford University press. New York.
- Cosmides, L & Tooby, J (1997) Evolutionary Psychology: A primer. Consultado Mayo de 2012. University of California, Santa Barbara, Center for Evolutionary Psychology Web site: <http://www.psych.ucsb.edu/research/cep/primer.html>
- Cosmides, L., & Tooby, J. (2002). Hacia una topografía de la mente: una introducción a la especificidad de dominio. En: L. Hirschfeld y S. Gelman (Comps.), *Cartografía de la Mente*, 23-67.
- Crapanzano, V. (2008). Textualización, mistificación y el poder de la estructura. *Revista de antropología social*, (17), 49-72.
- D'Andrade, R. G. (1981). The cultural part of cognition. *Cognitive science*, 5(3), 179-195.
- Damasio, A (1999) El error de Descartes: la razón de las emociones. Paidós. Buenos Aires
- Darwin, Ch. (1859/2003) El origen de las Especies. Ediciones Libertador. Buenos Aires.
- De Vega, M. (1984). Introducción a la psicología cognitiva. Madrid: Alianza [Cap. 1 "Introducción"].
- Díaz, D., Mactas, M., Scanio, P., Piccardi, G., Quinteros, R., Domínguez, M., ... & Antropocaos, G. (S.f) Algunos presupuestos metodológicos del Análisis de Redes Sociales.
- Dissanayke, E. (2011) Homo Musicus: are humans predisposed to be musical? Actas del X Encuentro de Ciencias Cognitivas de la Música. Buenos Aires, Julio de 2011. Págs. 1-10.
- Draaisma, Douwe (2000) Metaphors of memory: a history of ideas about the mind. Cambridge: Cambridge University Press. xiii, 241 p.
- Dunbar, R.I.M (2003) The social brain: Mind, language and society in evolutionary perspective. *Annual Review of Anthropology*. 32. Pp. 163-81.

- Elster, J (2005) En favor de los Mecanismos. *Sociológica*, año 19, número 57, pp. 239-273, Enero-abril.
- Emery, N & Easton, A (2005) Introduction: what is Social Cognitive Neuroscience (SCN). En: Easton & Emery (eds.) *The Cognitive Neuroscience of Social Behavior*. Psychology Press, Taylor & Francis e-Library.
- Español, S. (2007). Time and Movement in Symbol Formation. En J. Valsiner and A. Rosa (Eds.) *The Cambridge Handbook of Socio-Cultural Psychology* (pp. 238-255). New York: Cambridge University Press
- Español, S. (2010a). Performances en la infancia: cuando el habla parece música, danza y poesía. *Revista Epistemus*, 1, 59-95.
- Español, S. (2010b) Interazione precoce. Una prospettiva vygotskijana a partire dagli schemi di Piaget, *25 anni dopo*. *Metis*. Número monográfico in onore di Ángel Rivière. (Versión original en castellano) (primera parte). *Metis*, vol. 17, núm. 1, pp. 67-92.
- Feinman, S. and Lewis, M. (1983) Social Referencing at Ten Months: A Second-Order Effect on Infants' Responses to Strangers. Source: *Child Development*, Vol. 54, No. 4 (Aug.), pp. 878-887.
- Foucault, M. (1976). Los cuerpos dóciles. En libro: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI editores: España. Pp. 139-174.
- Frith, C. D. (2008a). Descubriendo el poder de la mente: Cómo crea el cerebro nuestro mundo mental. Editorial Ariel.
- Frith, C (2008b) Social Cognition. *Philosophical Transactions: Biological Sciences*, Vol. 363, No. 1499, The Sapien Mind: Archaeology Meets Neuroscience (Jun. 12), pp. 2033-2039.
- García-Albea, J. E. (2003). Fodor y la modularidad de la mente (veinte años después). *Anuario de Psicología*, **34**, 506-516.
- Gardner, Howard (1987). La nueva ciencia de la mente: historia de la revolución cognitiva. Paidós, Buenos Aires [AR].
- Geertz, C. (1987). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En libro: *La interpretación de las culturas*, 19-40.

- Gentner, D. (1983). Structure-mapping: A theoretical framework for analogy. *Cognitive Science*, 7 (2), pp155-170.
- Gentner, D., & Markman, A. B. (1997). Structure mapping in analogy and similarity. *American Psychologist*, 52, 45-56.
- Goldman, A. I. (2012). Theory of mind. *Oxford handbook of philosophy and cognitive science*, 402-424.
- Gómez, J.C. (2004/2007). El desarrollo de la mente en los simios, los monos y los niños. Madrid: Morata. (pp. 19 a 24 y 37-50; cap.4 y 172-188).
- Goodenough, W (1965/1969) Rethinking “Status” and “Role”: Toward a general model. En: Tyler, S. A. (Ed.). (1969). *Cognitive anthropology: readings*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Gunnar, M. and Stone Ch. (1984) The Effects of Positive Maternal Affect on Infant Responses to Pleasant, Ambiguous, and Fear-Provoking Toys. *Child Development*, Vol. 55, No. 4 (Aug.), pp. 1231-1236
- Heft, H. (2013). Environment, cognition, and culture: Reconsidering the cognitive map. *Journal of Environmental Psychology*, 33, 14-25.
- Hirschfeld, L., & Gelman, S. (2002). Hacia una topografía de la mente: una introducción a la especificidad de dominio. L. Hirschfeld y S. Gelman (Comps.), *Cartografía de la Mente*, 23-67.
- Hornik, R. and Gunnar, M. (1988) A Descriptive Analysis of Infant Social Referencing. *Child Development*, 59, 626-634.
- Hsu, F. L. (Ed.). (1972). *Psychological anthropology*. Cambridge, MA: Schenkman.
- Hutchins, E. (1995). *Cognition in the Wild* (Vol. 262082314). Cambridge, MA: MIT press.
- Hutchins, E. (2008). The role of cultural practices in the emergence of modern human intelligence. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 363(1499), 2011-2019.
- Hutchins, E et al (2010a) Anthropology in Cognitive Science. *Topics in Cognitive Science* 2-374–385.
- Hutchins, E. (2010b). Cognitive ecology. *Topics in Cognitive Science*, 2(4), 705-715.
- Ingold, T. (1986) *Evolution and social life*. Cambridge: Univ. Press

- Ingold, T. (2012) Towards an ecology of materials. *Annual Review of Anthropology*. 41. Pp. 427-42.
- Jackendoff, R (1998). Capítulo 1. Posturas sobre el problema mente cuerpo. En libro: *La conciencia y la mente computacional*. Visor. Madrid.
- Jacob, F. (2005). El juego de lo posible. Fondo de Cultura Económica. México.
- Jenson, J. J. (2011). *Bringing up good babies: an ethnography of moral apprenticeship in Saraguro* (Doctoral dissertation, Lethbridge, Alta.: University of Lethbridge, Dept. of Anthropology, 2011). Disponible en: <https://www.uleth.ca/dspace/bitstream/handle/10133/3070/jenson,%20jennifer.pdf?sequence=1>
- Kahneman, D & Krueger, A (2006) Developments in the measurement of subjective well-being. *The Journal of Economic Perspectives*, 20, 3-24.
- Kalin, N (1993) Neurobiología del miedo. *Investigación y Ciencia*. Julio, 1993. CINDOC. Madrid.
- Kay, P., Berlin, B., & Merrifield, W. (1991). Biocultural implications of systems of color naming. *Journal of Linguistic Anthropology*, 1(1), 12-25.
- Kosztolányi, D (2007) Kornél Esti. Un héroe de su tiempo. Bruguera: Barcelona.
- Lahitte, H. B., & de los Ángeles Bacigalupe, M. (2007). Observación y conocimiento: Relevancia del investigador en la construcción de la Antropología como ciencia cognitiva. *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 17(49), 407-418.
- Lakatos, I., Worrall, J., & Currie, G. (1983). La metodología de los programas de investigación científica. Alianza Editorial.
- Lévi-Strauss, C. (1995). El análisis estructural en lingüística y en antropología. En: *Antropología estructural*, 75-95. Paidós: Barcelona.
- Lévi-Strauss, C. (1964). El pensamiento salvaje. Fondo de cultura económica: México.
- Lieberman, Matthew (2000) Intuition: A Social Cognitive Neuroscience Approach. *Psychological Bulletin*, Vol. 126, No. 1, 109-137.
- Lizardo, O. (2004). The cognitive origins of Bourdieu's habitus. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 34(4), 375-401.

- Lizardo, O (2011) Embodied culture as a procedure. *Symposium on Social Science and Sustainable Consumption*. Helsinki, Finland. Manuscrito no publicado.
- Luhmann, N. (1993) Deconstruction as Second-Order Observing. *New Literary History*, Vol. 24, No. 4, Papers from the Commonwealth Center for Literary and Cultural Change (Autumn, 1993), pp. 763-782.
- Luhmann, T. M. (2011). Toward an anthropological theory of mind. *Suomen Antro*. Pp. 5-69.
- Llinás, R (2003) El cerebro y el mito del yo: el papel de las neuronas en el pensamiento y el comportamiento humanos. Editorial Norma. Bogotá.
- Mejía Rivera, O (1999) De clones, cyborgs y sirenas. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 55 p.
- Meltzoff, A. N., & Gopnik, A. (1993). The role of imitation in understanding persons and developing a theory of mind. *Understanding other minds: Perspectives from autism*, 335-366.
- Mesquita, B., Barrett, L. F., & Smith, E. R. (Eds.). (2010). *The mind in context*. Guilford Press.
- Minervino, R. A., Adrover, J. F., y de la Fuente Aranz J. (2006). Los límites del modelo estándar acerca del componente semántico en el establecimiento de correspondencias analógico. *Anales de psicología*, 22, 120-131.
- Minervino, R. A., López Pell, A. y Oberholzer, N. y Trench, M. (2009). A continuist approach to promoting creativity: Generating novel metaphorical expressions through varying conceptual metaphors. En B. Kokinov, K. Holyoak y D. Gentner, *New frontiers in analogy research, NBU Series in Cognitive Science* (443-442). Sofía: New Bulgarian University.
- Mithen, S (1998). Capítulo 3. La arquitectura de la mente moderna. En libro: *Arqueología de la mente: orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*. Grijalbo, Barcelona.
- Mithen, S (2001). The evolution of imagination: An archaeological perspective. *Substance*, Special Issue. On the origin of fiction. 92/95, 28-54.
- Mumme, D. Fernald, A. Herrera, C. (1996) Infants' Responses to Facial and Vocal Emotional Signals in a Social Referencing Paradigm. *Child Development*, Vol. 67, No. 6 (Dec.), pp. 3219-3237.

- Murray, L. et al (2008) Intergenerational Transmission of Social Anxiety: The Role of Social Referencing Processes in Infancy. *Child Development*, July/August, Volume 79, Number 4, Pages 1049 – 1064.
- Peirce, C. S., Hartshorne, C., & Weiss, P. (Eds.). (1935). *Collected papers of Charles Sanders Peirce* (Vol. 1). Harvard University Press.
- Pessoa, F (1989) *Fausto: Tragedia subjetiva*. Madrid. Tecnos.
- Piaget, J (1979) Relations between psychology and other sciences. *Annual Review of Psychology* . 30:1-9.
- Piaget, J (1980) *El estructuralismo*. Oikos-Tau ediciones. Barcelona.
- Pinker, S. (1997). *How the mind works*. Trad. cast. de F. Meler-Orti: *¿Cómo funciona la mente?*. Barcelona: Destino, 2001. [Cap. 5: “*Buenas Ideas*”]
- Pinker, S. (1992). *Tabula Rasa: La negación moderna de la naturaleza humana*. Paidós: Barcelona.
- Popper, K (1972/2007) *Conocimiento objetivo. Un enfoque evolucionista*. Editorial Tecnos. Madrid. Trad. Carlos Solís Santos.
- Pozo, J. I. (1989). *Teorías cognitivas del aprendizaje*. Madrid: Morata. [Cap. 2: “*El conductismo como programa de investigación*”]
- Rabinow, P (2009) Pasos hacia un laboratorio antropológico. *Revista de Antropología Experimental*. Universidad de Jaén. Jaén. Pp. 137-151. Disponible en: <http://ujaen.es/huesped/rae/articulos2009/10rabinow09.pdf>
- Redes (Abril, 2011) Catálogo en Línea. [Archivo de Video]. Recuperado de http://www.youtube.com/watch?v=7AcHO_mCB_k
- Reynoso, C (1993) *De Edipo a la máquina cognitiva: Introducción crítica a la antropología psicológica*. Universidad de Buenos Aires. Argentina.
- Reynoso, C. (1995). *El lado oscuro de la descripción densa*. *Revista de Antropología*. Buenos Aires.
- Reynoso, C (1998) *Corrientes en Antropología contemporánea*. Biblos. Argentina.
- Reynoso, C. (2008). *Hacia la complejidad por la vía de las redes. Nuevas lecciones epistemológicas*. *Desacatos*, 28, 17-40.
- Reynoso, C. (2009). *Modelos o metáforas: crítica del paradigma de la complejidad de Edgar Morin*. Alfagrama Ediciones.

- Reynoso, C. (2011) *Redes Sociales y Complejidad: modelos interdisciplinarios en la gestión sostenible de la sociedad y la cultura*. Editorial SB. Buenos Aires.
- Reynoso, C. (2012a). *Antropología y estadísticas: Batallas en torno de la hipótesis nula*. Saarbrück, LAP Lambert Academic Publishing.
- Reynoso, C. (2012b). A propósito de la muerte de la antropología: reporte de una autopsia demorada. *PUBLICAR-En Antropología y Ciencias Sociales*, (10).
- Reynoso, C. (*En prensa*) Hitos fundacionales de la Hipótesis del Relativismo Lingüístico. En: *Lenguaje y pensamiento: Tácticas y estrategias del relativismo lingüístico*. Universidad de Buenos Aires. Pp. 59-93.
- Rincón Velásquez, C.L. (*En preparación*) Madres afrocolombianas tejiendo emociones. FLACSO Argentina. Área de Educación. Universidad Autónoma de Madrid. Facultad de Psicología. Manuscrito de Tesis de Maestría no publicado.
- Rivière, A. (1986/2003). Interacción precoz. Una perspectiva vygotskiana a partir de los esquemas de Piaget. En M. Belinchón, A. Rosa, M. Sotillo & I. Marichalar (comp.) *Ángel Rivière. Obras Escogidas, Vol II*, pp. 109-142. Madrid: Panamericana.
- Rivière, A (1987) *El sujeto de la psicología cognitiva*. Alianza. Madrid.
- Rivière, Ángel (1991a). Orígenes históricos de la psicología cognitiva: paradigma simbólico y procesamiento de la información. *Anuario de Psicología*, no 51, 129-155. Facultat de Psicologia Universitat de Barcelona.
- Rivière, A (1991b) Capítulo 4. Cuatro respuestas al desafío de Turing. En libro: *Objetos con mente*. Alianza editorial. Madrid.
- Rivière, A. (1999/2003). Desarrollo y educación: El papel de la educación en el diseño del desarrollo humano. En M. Belinchón, A. Rosa, M. Sotillo e I. Marichalar (Eds.), *Ángel Rivière. Obras escogidas, Vol III*. Madrid: Panamericana. (pp.203-242).
- Rochat, Ph. (2001/2004). *El mundo del bebé*. Madrid: Morata.
- Rodríguez, C., & Moro, C. (2002). Objeto, comunicación y símbolo. Una mirada a los primeros usos simbólicos de los objetos. *Estudios de psicología*, 23(3), 323-338.
- Rodríguez, C. (2007). Object use, communication and signs. The triadic basis of early cognitive development. In J. Valsiner & A. Rosa (Eds.). *The Cambridge handbook of socio-cultural psychology* (pp. 257-276). New York: Cambridge University Press.

- Rodríguez, C. (2012). El adulto como guía: ¿el eslabón perdido de desarrollo temprano? *Padres y Maestros*. Publicación de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, (344), 23-26.
- Goldsmith, D. F., & Rogoff, B. (1997). Mothers' and toddlers' coordinated joint focus of attention: variations with maternal dysphoric symptoms. *Developmental psychology*, 33(1), 113.
- Rogoff, B. (2003). *The cultural nature of human development*. Oxford University Press.
- Rosaldo, R. (2005). Reflexiones sobre la interdisciplinariedad. *Revista de Antropología Social*, 13, 197-215.
- Sacks, Oliver (2002) *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. Anagrama. Barcelona.
- Samaja, J. (1994). *Epistemología y Metodología: Elementos para una teoría de la investigación científica (Edición ampliada)*. EUDEBA. Argentina.
- Searle, J (2002) Why I am not a property dualist. *Journal of Consciousness Studies*, 9, No. 12, pp. 57-64.
- Searle, J. (1997). *La construcción de la realidad social*. Paidós: Barcelona.
- Skinner, B.F (1974) *Ciencia y Conducta Humana*. Editorial Fontanella, Barcelona. Caps. III [Por qué actúan los organismos] pp. 53-71 y XIX [Conducta social] pp. 323-337.
- Sperber, D. (1985). Anthropology and psychology: Towards an epidemiology of representations. *Man*, 73-89.
- Sperber, D (1988) *El simbolismo en general*. Anthropos. Barcelona.
- Sperber, D (1994/2002) La modularidad del pensamiento y la epidemiología de las representaciones. En: Hirschfeld, L & Gelman, S (eds.) *Cartografía de la mente: La especificidad de dominio en la cognición y en la cultura*. Gedisa. Barcelona. Pp. 71-108.
- Sperber, D. (2000). Metarepresentations in an evolutionary perspective. *Metarepresentations*.
- Spiro, M (1996) Postmodernist Anthropology, Subjectivity, and Science: A Modernist Critique. *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 38, No. 4, (Oct.), pp. 759-780.

- Stenberg, G. (2003) Effects of Maternal Inattentiveness on Infant Social Referencing. *Infant and Child Development*. 12: 399–419.
- Stenberg, G. & Hagekull, B. (2007) Infant Looking Behavior in Ambiguous Situations: Social Referencing or Attachment Behavior? *INFANCY*, 11(2), 111–129.
- Striano, T. & Rochat, P. (2000) Emergence of Selective Social Referencing in Infancy. *INFANCY*, 1(2), 253–264.
- Thomaz, A. L., Berlin, M. and Breazeal, C. (2005) “An Embodied Computational Model of Social Referencing.” *Proceedings of Fourteenth IEEE Workshop on Robot and Human Interactive Communication (Ro-Man-05)*, Nashville, TN. 591-598.
Disponibile en: http://www.cc.gatech.edu/~athomaz/papers/Lockerd_etal_RoMan05.pdf
- Tomasello, M (1999) Human adaptation for culture. *Annual Review of Anthropology*. 28. Pp. 509-29.
- Tomasello, M., & Rakoczy, H. (2003). What makes human cognition unique? From individual to shared to collective intentionality. *Mind & Language*, 18(2), 121-147.
- Tomasello, M. (2007). For human eyes only. *The New York Times*. January 13, 2007.
Disponibile en: <http://www.nytimes.com/2007/01/13/opinion/13tomasello.html>
Consultado el 30 de Agosto de 2011.
- Tulving, E & Pstotka, J (1971) Retroactive Inhibition in Free Recall: Inaccessibility of Information Available in the Memory Store. *Journal of Experimental Psychology*, 87, 1, 1-8, Jan.
- Tyler, S. A. (Ed.). (1969). Preface. En: *Cognitive anthropology: readings*. New York: Holt, Rinehart and Winston. Pp. ix-x.
- Vygotsky, L. V. (1978). Tool and Symbol in Child Development. U M. Cole, V. John-Stainer, S. Scribner & E. Souberman (Ur.) *Mind in Society–The Development of Higher Psychological Processes*.
- Walden, T.A, and Baxter, A. (1989) The Effect of Context and Age on Social Referencing. *Child Development*, Vol. 60, No. 6 (Dec., 1989), pp. 1511-1518
- Walden, T.A, and Ogan, T.A (1988) The Development of Social Referencing. *Child Development*, 59, 1230-1240.

- Weisner, T. S. (1997). The ecocultural project of human development: Why ethnography and its findings matter. *Ethos*, 25(2), 177-190.
- Weisner, T. S., & Edwards, C. P. (2001). Introduction: Honoring the Contributions of Beatrice B. Whiting. *Ethos*, 29(3):239-246.
- Wertsch, J. V. (1995). *Vygotsky y la formación social de la mente* (Vol. 17). Editorial Paidós.
- White, L (1982) *La ciencia de la cultura: Un estudio sobre el hombre y la civilización*. Paidós. Buenos Aires.

7. AGRADECIMIENTOS

La realización de este trabajo de tesis fue posible sólo a través de varios años y esfuerzos. Paralelo al transcurso de recorrer Buenos Aires existencialmente, obtuve un proceso de formación académica del que no me he cansado de hablar desde 2010 y sobre el que espero no tener completamente agobiadas a mis compañías habituales. Mis padres y mi hermana son el núcleo de la fuerza que apliqué en los esfuerzos a los que me refiero en la primera línea de estos agradecimientos. María Felisa Lozano tiene en este texto la importancia de un cimiento: un apoyo que se mantiene firme a lo largo del tiempo. El Profesor Carlos Reynoso, -cuyas lecciones de antropología intenté capitalizar sin lograrlo del todo por ser tan abundantes-, es parte vital del proceso que dio lugar a este documento y de que yo descubriera el sendero de los aprendedores compulsivos. Daniel Acosta, que a pesar de acertar sobre Baudelaire sigue creyendo en la amistad, me sigue ofreciendo desde hace ya media década, una presencia crítica y racional en la vida. La compañía de Constanza Piedrahíta favoreció constructivamente el cierre saludable de este escrito y la etapa que dicho cierre representa para mi vida. *Porque ella misma es construcción.*

Camilo Ernesto L.R.

Manizales, Colombia, Marzo de 2014